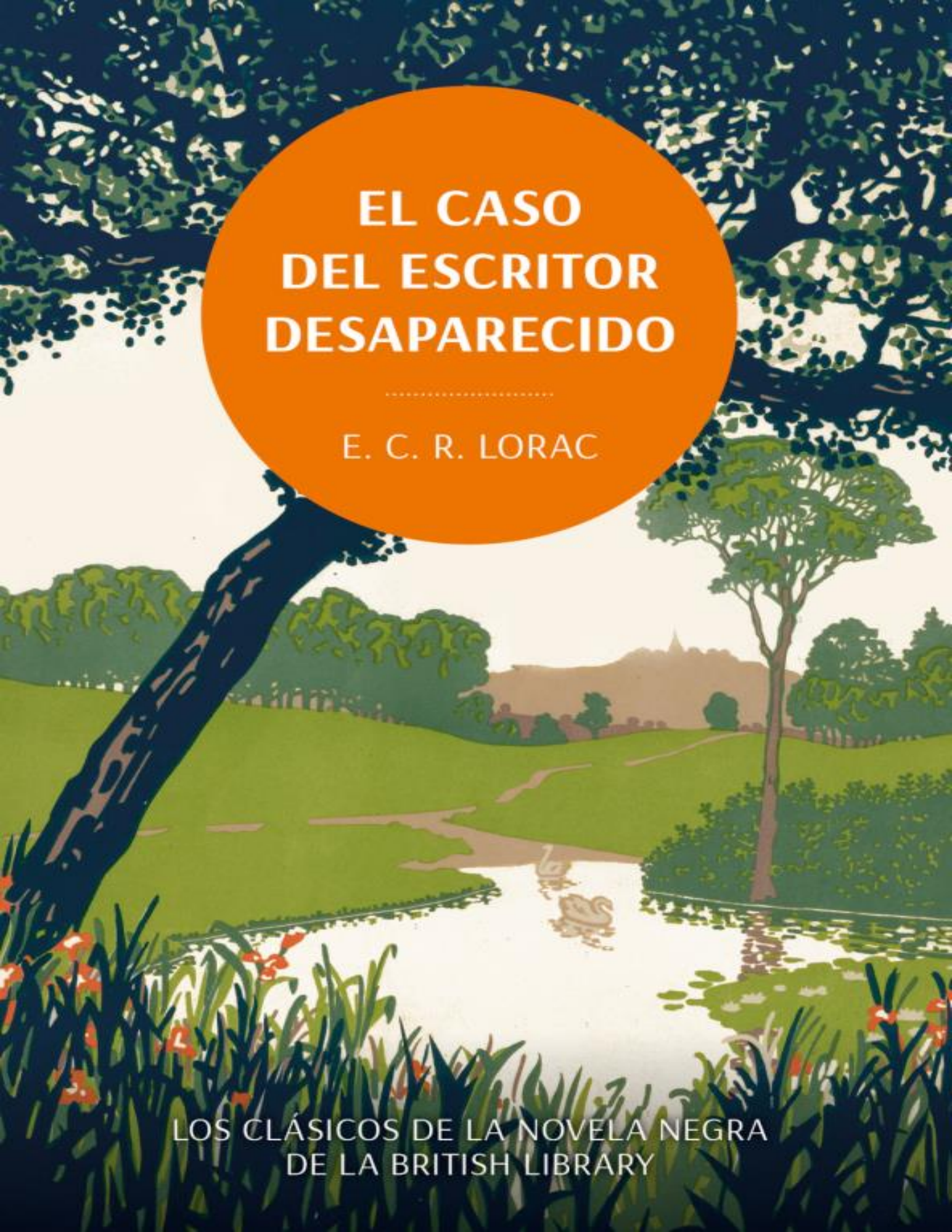

EL CASO
DEL ESCRITOR
DESAPARECIDO
E. C. R. LORAC
LOS CLÁSICOS DE LA NOVELA NEGRA
DE LA BRITISH LIBRARY

Vivian Lestrange, un escritor de novelas de suspense de éxito que vive recluido, desaparece de repente. Su ama de llaves, también se esfuma enigmáticamente. ¿Se trata de una maniobra publicitaria para anunciar su próximo libro? La policía local y Scotland Yard se verán obligados a unir fuerzas para resolver este misterio, que pronto se confirmará como un claro caso de asesinato.

Publicada por primera vez en 1935, una novela de misterio llena de humor y de falsas pistas en la que la escritora se burla de sus contemporáneos que, erróneamente, estaban convencidos de que el pseudónimo de Lorac escondía a un autor masculino.

EL CASO DEL ESCRITOR DESAPARECIDO

E. C. R. LORAC

EL CASO DEL ESCRITOR DESAPARECIDO

.....

Con una introducción de Martin Edwards

Traducción de Isabel de Miquel

Duomo ediciones
Barcelona, 2024

Título original: *Death of an Author*

Publicada en 2023 por The British Library, 96 Euston Road, Londres, NW1 2DB, y originalmente, por Sampson Low, Londres en 1935.

© del texto, 1935, The Estate of E. C. R. Lorac
Volume Copyright © The British Library Board
© de la introducción, 2024, Martin Edwards
© de la traducción, 2024, Isabel de Miquel
© de esta edición, 2024, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: septiembre de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10346-16-1
Código IBIC: FA
DL: B 12.295-2024

Diseño de interiores y composición: Emma Camacho
Imagen de cubierta: © The London Picture Archive
Adaptación de la cubierta: Hernán Verdinelli
Conversión a formato digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Índice

Introducción, por Martin Edwards

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII

Introducción

MARTIN EDWARDS

El caso del escritor desaparecido es un raro ejemplo de una novela escrita por E. C. R. Lorac (principal alias literario de Carol Rivett) que no tiene como protagonista a su popular y veterano detective el inspector Macdonald. Sin embargo, la historia es tan entretenida que no lo echamos de menos, sobre todo porque Lorac nos presenta en su lugar a dos investigadores eficientes y encantadores, el inspector Bond y el inspector jefe Warner, del Departamento de Investigación Criminal.

La novela, publicada por primera vez en 1935, hace gala de una trama sofisticada y original y, sobre todo, describe con brillante agudeza el mundillo literario de mediados de la década de 1930. No cabe duda de que el tema fascinaba a Lorac, quien lo aborda más de una vez en ulteriores novelas, entre ellas *These Names Make Clues*, que se reeditó dentro de la colección British Library Crime Classics. En la novela que nos ocupa, las escenas iniciales resultan especialmente deliciosas de leer y casi podemos paladear el placer con el que las escribió su autora.

La historia se inicia con un encuentro entre Andrew Marriott, editor, y su autor estrella, Michael Ashe, convertido en celebridad gracias a sus éxitos editoriales. Autor y editor mantienen una maravillosa conversación en la que Ashe amenaza con escribir una novela de misterio, a lo que Marriott responde: «Las novelas policiacas son una rama legítima de la ficción, pero resultan muy efímeras: hoy se venden a carretadas y mañana ya no se las recuerda».

Era esta una opinión ampliamente extendida en la época, incluso

de un gran número de autores de novelas detectivescas. Entre los contemporáneos de Lorac, tanto el poeta Cecil Day-Lewis (que publicaba sus novelas de misterio bajo el seudónimo de Nicholas Blake) como el sacerdote y escritor Ronald Knox consideraban sus novelas policiacas algo efímero, aunque Day-Lewis no tardó en apreciar el potencial literario del género y le sacó rendimiento económico. En *Cartas sobre la mesa*, una obra de 1936 con Hércules Poirot, Agatha Christie ofrece pistas referidas a cuatro de sus primeras novelas policiacas, con lo que nos da a entender que incluso ella creía que habían pasado de moda. Hoy en día esta modestia parece fuera de lugar.

Toda la información que he recogido sobre Lorac durante años de investigación me lleva a concluir que confiaba plenamente en el valor de su obra, aunque no me cabe duda de que se mostraría no solo encantada, sino también sorprendida ante las cifras de ventas (y las buenas críticas) de sus novelas desde su reedición dentro de la colección Crime Classics.

El editor y Ashe cambian de tema y pasan a comentar una novela escrita por otro de los autores de Marriott. Se trata del libro *El caso Charterhouse*, de Vivian Lestrange. Como dice Ashe, Lestrange ha «logrado lo imposible, o por lo menos lo más improbable, al escribir una historia policiaca que puede situarse entre las mejores obras literarias. Su estilo, la descripción de sus personajes y la trama, todo es impecable».

Lestrange es, al parecer, un ermitaño de cuya vida personal nada se sabe, un escritor que se niega a que le hagan fotografías con fines publicitarios. Marriott y Ashe se preguntan si es posible que una novela de tan alta calidad sea obra de un autor novel y debaten si la autenticidad del entorno carcelario de la historia debe necesariamente basarse en la experiencia personal del autor o puede ser el resultado de un minucioso trabajo de investigación. Marriott reconoce que «los "vendedores de novelas policiacas" se toman mucho trabajo para comprobar todos los datos. La calidad está subiendo rápidamente...».

Ashe convence a su editor para que organice una cena donde le puedan presentar al misterioso Lestrange. Sin embargo, le espera

una gran sorpresa, porque Lestrange resulta ser una joven. Marriott asegura que no ha conocido «a una persona más fría» en toda su vida.

Lo que sigue es una conversación interesante y muy relevante para la trama de la novela que al mismo tiempo nos permite entender cuál era la postura de Lorac con respecto al tratamiento que tanto los críticos como la industria editorial en general dispensaban a las escritoras. El día en que conoce a la autora, Marriott dijo: «Pensar que llevo años convencido de que podía distinguir la escritura de un hombre de la de una mujer...». La respuesta de ella es cortante: «Es una teoría que me revienta. En cuanto un crítico lee algún chisme acerca de que tal escritor es una mujer, se apresura a escribir que "se percibe un toque femenino en los escritos de fulanito. Aunque sus descripciones son impecables, sus diálogos delatan que es una mujer". ¡Es un absurdo sin pies ni cabeza!».

Ashe se queda sin palabras cuando —en compañía de Marriott y su colega Bailley— conoce a la joven escritora. Ella se muestra muy cáustica. «¿Qué otra cosa sino la vanidad masculina pudo llevarle a afirmar la imposibilidad de que una mujer hubiera escrito esa obra que usted admiraba? ¿Piensa lo mismo de todas las mujeres?». También hace un contundente alegato en pro de la igualdad entre hombres y mujeres: «Sigue creyendo que las mujeres son seres emocionalmente frágiles, necesitadas de la protección de los hombres. Pero la mujer de hoy empieza a comprender que eso es mentira. [...] Todavía nos pesan los siglos de historia en que considerábamos que únicamente el varón con talento podía alcanzar la genialidad, pero yo me río de su visión de la mujer como "sexo débil", ¡la rechazo totalmente y sin reservas!».

Sin embargo, tres meses después de esa cena una mujer se presenta en la comisaría de policía de Hampstead y declara que teme que le haya pasado algo a Vivian Lestrange. Asegura que ni el autor ni su ama de llaves se encuentran en casa.

El intrincado misterio que poco a poco se va desplegando es un auténtico reto para las capacidades detectivescas de Warner y Bond, aunque hay que decir que ambos se muestran a la altura del

desafío. Es prácticamente imposible añadir algo más sin desvelar parte de la trama. Hay que decir que, si bien este libro ha estado casi desaparecido hasta ahora, las personas que han tenido la suerte de leerlo han quedado gratamente impresionadas.

Warner (que detesta enviar delincuentes a la horca y se muestra favorable a la abolición de la pena capital, algo poco habitual en un policía de su tiempo) y Bond son un simpático dúo. Por qué Lorac los abandonó después de esta novela es un pequeño misterio. Puede que la razón se encuentre en el hecho de que esta fue su última novela con la editorial Sampson Low. A partir de aquí, Lorac pasó a publicar sus libros con la firma Collins Crime Club, de más prestigio, y es posible que sus nuevos editores prefirieran que la autora siguiera con Macdonald, que ya era un personaje popular.

Edith Caroline Rivett (1894-1958), conocida normalmente como Carol Rivett, publicó su primera novela de detectives en 1931. Resulta bastante evidente —como se desprende de la conversación en este libro— que adoptó el ambiguo alias literario de E. C. R. Lorac porque sospechaba que había un prejuicio contra las autoras. Fue tan eficiente a la hora de esconder su identidad que, años más tarde, el crítico Harry Keating confesó por escrito cuánto le había sorprendido descubrir que en realidad era una mujer.

Y no era la única en recelar de los prejuicios. En *The Life of Crime: Detecting the History of Mysteries and their Creators* (*La vida del crimen: desvelando la historia de las novelas de misterio y sus creadores*), hablo de otras autoras que se escondieron tras un alias masculino. Entre las más famosas se encuentran Elizabeth Mackintosh (más conocida como Josephine Tey, cuya primera novela de misterio apareció con el seudónimo de Gordon Daviot) y Lucy Malleson (que escribió la mayoría de sus novelas detectivescas bajo el nombre de Anthony Gilbert). Incluso Agatha Christie jugó un breve tiempo con la idea de adoptar un seudónimo masculino. En 1936, sin embargo, Carol Rivett se sintió lo bastante segura de sí misma como para crear una nueva identidad literaria utilizando su nombre de pila, y así nació Carol Carnac. Uno de los títulos de Carnac, *Crossed Skis*, se ha reeditado dentro de la colección British Library Crime Classics.

Cómo habrá disfrutado Lorac al poner estas palabras en boca de Warner: «Si elevara una petición al Parlamento para que promulgaran una ley prohibiendo escribir bajo un alias y obligando a reproducir las huellas dactilares en la página de créditos, ¿cree que la aceptarían, Bond?». Cuando Bond le recuerda que algunos escritores publican bajo diferentes nombres dependiendo del tipo de libro, Warner masculla: «En mi opinión son delincuentes habituales..., reincidentes, los llamaría yo».

Años más tarde, Carol Rivett utilizó un nuevo alias literario, Mary Le Bourne, para escribir *Two-Way Murder*. Sin embargo, dicha novela no se publicaría hasta sesenta años después, cuando vio la luz por primera vez dentro de la serie Crime Classics bajo el nombre literario E. C. R. Lorac. Este es otro ejemplo de la extraña e impredecible existencia de la autora, un tema central en esta novela llena de vida.

CAPÍTULO I

A Andrew Marriott, director ejecutivo de Langston's, la editorial, se le oía a menudo decir que, tras treinta años de experiencia, conocía tan bien la peculiar mentalidad de los autores que había desarrollado una técnica especial para tratar con ellos. Marriott era un hombre inteligente, con una facilidad natural para llevarse bien con sus semejantes y para conducirlos por el camino correcto. En opinión de Marriott, «el camino correcto» solía coincidir con el que beneficiaba a Langston's, y puesto que la prosperidad de un autor estaba unida a la de su editor, se trataba de una asociación en la que negocio y generosidad podían ir perfectamente de la mano.

Dado que Langston's era una empresa exitosa, Marriott era un hombre muy ocupado, pero sabía que en ocasiones la mejor forma de ahorrar tiempo es mostrarse disponible, y cuando Michael Ashe venía a verle, Marriott despachaba a su taquimecanógrafa, apartaba su cuaderno de notas y se preparaba para una hora de chismorreo sobre asuntos literarios e intelectuales. Ashe se había convertido en un autor famoso. Aunque no había publicado más de seis novelas, ya se las consideraba las mejores en su género después de Conrad, ¡y se vendían! ¡Ya lo creo que se vendían! Un papelito sujeto bajo el secante del escritorio de Marriott detallaba las ventas del último mes, y la cordialidad con la que el director escuchaba las críticas de Ashe hacia sus colegas escritores guardaba no poca relación con las sorprendentes cifras que revelaba la nota oculta.

—Lo cierto es que en cuanto uno cae en los estereotipos, se desliza por una pendiente —dijo Ashe—. Le ocurrió incluso a Galsworthy, pese a su facilidad para dar con la palabra adecuada y a su capacidad de dibujar personajes. Sin embargo, sus últimos trabajos no tienen la calidad de los anteriores. En mi próximo libro

quiero hacer algo totalmente nuevo; estoy adquiriendo un estilo artificioso y ese es el primer paso hacia la fosilización a través de la coagulación. Voy a soltar los frenos y a salir corriendo; me saltaré todas las normas y me dedicaré a escribir sobre criminales.

—¡Mi querido Ashe! —exclamó Marriott en tono escandalizado, ya que había seguido perfectamente el razonamiento de su interlocutor —. Si teme quedarse estancado, lo que desde luego yo no percibo, váyase de viaje. Compre un billete para Australia, Tristán de Acuña o Tierra de Fuego, preferiblemente en un velero, pero no profiera semejantes amenazas. Las novelas policiacas son una rama legítima de la ficción, pero resultan muy efímeras: hoy se venden a carretadas y mañana ya no se las recuerda.

—¿Y qué hay de estas, mi erudito amigo? —Ashe se acercó a la librería y cogió uno de los libros, todos publicados por la editorial Langston's, colocados en ordenadas hileras—. *El caso Charterhouse*, de Vivian Lestrange —leyó—. ¿Es esta su definición de efímero, oh, sabio Daniel? Tengo entendido que se publicó hace tres años, y sigue teniendo buenas ventas, ¿no es así?

—Oh, se vende muy bien, desde luego —dijo Marriott—. Es un libro estupendo. ¿Lo ha leído?

—Sí. Lo he leído y releído —respondió Ashe—. Lo cogí por casualidad en el salón de un hotel en Juan-les-Pins, y desde entonces leo todo lo que ha escrito este individuo. Es un pedazo de escritor, y en su caso no importa que escriba una novela policiaca o una obra literaria. Escribe como los ángeles. Este libro es una obra de arte, se mire como se mire. Ha logrado lo imposible, o por lo menos lo más improbable, al escribir una historia policiaca que puede situarse entre las mejores obras literarias. Su estilo, la descripción de sus personajes y la trama, todo es impecable.

—Sí, sí —se apresuró a decir Marriott—. Estoy de acuerdo en que Vivian Lestrange es excepcional, pero no debe dejarse influenciar por su estilo solo porque le profese admiración...

—¡Vaya, vaya, vaya! Nunca pensé que me acusarían de querer plagiar a un autor —interrumpió Ashe—. ¡Y me limito a repetir lo que acaba de decirme! Pero dígame una cosa. ¿Me equivoco si digo que Vivian Lestrange es el seudónimo bajo el que se ocultan las

digresiones de un autor reconocido?

—No, no, en eso se equivoca —dijo Marriott—. Lestrange es un ermitaño, y estoy obligado a respetar su deseo de privacidad. Como habrá observado, no aparece nada sobre él en publicaciones como *El Anuario de los Autores*, y ningún fotógrafo ha conseguido hacerle un retrato, pero no desvelo ningún secreto si le digo que *El caso Charterhouse* es la primera novela de Lestrange.

—Curioso —dijo Ashe pensativo—. Parece un libro demasiado maduro, y sin embargo demasiado fácil para ser una primera novela. Desde luego, es una idea original empezar con el juicio y la sentencia, continuar con la vida en prisión y hacer que tu delincuente convicto se convierta en detective una vez cumplida su pena y equilibre la balanza al cometer el mismo delito del que fue falsamente acusado. Sinceramente, creo que la descripción de la vida del convicto en Dartmoor es uno de los mejores textos que he leído jamás. Me pregunto cómo diablos ha conseguido Lestrange describirlo todo con tanto detalle y realismo. Da la sensación de que ha vivido la experiencia personalmente.

Marriott dejó escapar una carcajada auténtica y espontánea, en absoluto forzada.

—Siento mucho desilusionarle, querido amigo —dijo una vez superado su acceso de risa—, pero le aseguro que está muy equivocado. La descripción de Dartmoor es producto de una fértil imaginación y del atento estudio de muchos informes sobre la vida en las cárceles y sus reformas que amablemente nos ha proporcionado la Oficina de Información del Sector Público.

Viendo que Ashe parecía un poco molesto, Marriott se apresuró a cambiar de tono. Había sido un error reírse de la sugerencia del escritor; tenía que haberle hecho reír primero para unirse luego a sus carcajadas.

—En realidad —dijo ya más serio—, nos tomamos la descripción de la vida en la cárcel muy al pie de la letra. Está bien escrita, con sentimiento, de manera que ¿cómo podemos decir por propia experiencia: «No, eso no es así, eso no es cierto»? No lo podemos decir porque nunca hemos estado «ahí dentro». Únicamente podemos juzgar esos capítulos desde el punto de vista del estilo

literario y la probabilidad razonable. Y visto de esa manera —dijo Marriott moviendo la mano con elegancia— no cabe duda de que Lestrange ha hecho una descripción maravillosa.

Michael Ashe pareció apaciguado por este nuevo enfoque y asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, lo entiendo —dijo—. Lo mismo ocurre con las historias de detectives de Scotland Yard, que nos parecen reales siempre que no resulten totalmente inverosímiles. Sin embargo, no creo que los autores de novelas policiacas sepan en general más sobre Scotland Yard de lo que yo sé, que es un lugar donde uno espera encontrar el paraguas que perdió, aunque en realidad nunca lo encuentra.

Marriott rio entre dientes.

—Así es, así es —murmuró—, aunque hay que reconocer que los «vendedores de novelas policiacas» se toman mucho trabajo para comprobar todos los datos. La calidad está subiendo rápidamente...

—Sin duda, sin duda —le interrumpió Ashe con cierta brusquedad —, pero volviendo a lo que hablábamos, me interesa ese tal Lestrange, y debido a lo que usted denomina su cualidad de «ermitaño» y a su deseo de «privacidad» entiendo que no es fácil llegar a él. Mire, Marriott, ¿podría organizar una cena y presentarnos? Doy por supuesto que el hombre no es ningún bicho raro ni padece alguna extraña enfermedad...

—Nada de eso, nada de eso —se apresuró a decir Marriott—. Vivian Lestrange es a mi entender una persona perfectamente sana y amable. En cuanto a su sugerencia de cenar con él, lo único que puedo hacer, por supuesto, es invitarle...

—Oh, desde luego depende de él —respondió Ashe—. No quisiera que se sintiera obligado, pero hágale saber que me gustaría mucho conocerle, y si le disgusta que hablen de él, estoy más que dispuesto a respetar su deseo.

—Déjelo en mis manos, querido amigo —repuso amablemente Marriott—. Haré lo que esté en mi mano para que se produzca el encuentro... Hablemos ahora de esa edición limitada.

Durante los minutos siguientes hablaron de «altas finanzas» —derechos de autor, derechos de publicación por entregas, ediciones baratas y cosas así—, asuntos que a ambos les encantaban, y por fin

Ashe se levantó para marcharse.

—Haga lo que pueda con respecto a Lestrange —dijo antes de salir—. La verdad es que me gustaría mucho conocerle.

En cuanto el autor se marchó, una sonrisa traviesa apareció en el rostro de Marriott. Se acercó el teléfono que había sobre la mesa y pulsó el botón que le comunicaba con la oficina de su colega, Robert Bailley. Este último era el responsable de la publicidad y el departamento de ventas, en tanto que Marriott se ocupaba de los contratos de los autores, los lectores y demás.

—Hola. ¿Ashe ya se ha marchado? —preguntó Bailley cuando oyó la voz grave de Marriott.

—Así es. Acaba de irse. ¿A que no adivinas lo que se le ha metido en la cabeza? Quiere conocer a Vivian Lestrange.

—Vaya, por todos los... —exclamó Bailley—. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea? ¿Y qué narices le has dicho...?

—Me limité a responder que comunicaría su mensaje a Lestrange. Ya sabes que llevo un tiempo pensando que este asunto de la privacidad es un poco pesado. La gente extrae las conclusiones más absurdas. Ashe ha salido con la ridícula ocurrencia de que Vivian Lestrange es un expresidiario, y la prensa tampoco está contenta con este secretismo.

—Es un poco difícil, desde luego —dijo Bailley pensativo—, pero no podemos divulgar el secreto sin permiso.

—¡No, no, claro que no! No se me ocurriría hacer tal cosa —protestó Marriott—, pero creo que le escribiré y le sugeriré una cena tranquila entre nosotros cuatro. Ashe es un hombre digno de confianza y no dirá nada, pero si insinuara que ha conocido a Lestrange, si se lo hiciera saber al PEN Club, la asociación de escritores, por ejemplo, sería estupendo. Además, Ashe tiene mucha personalidad y se ha convertido en una figura conocida por el público. En todo caso, no estaría mal comprobar qué efecto tiene la sugerencia.

—Bueno, lo dejo en tus manos —respondió Bailley—, pero no creo que la cena llegue a concretarse.

—Ya lo veremos —dijo Marriott antes de colgar.

Se reclinó en el asiento y se dedicó a rememorar escenas pasadas.

Cuando Langston's publicó *El caso Charterhouse*, que se convirtió en el mayor éxito editorial del año, Marriott invitó al autor a su casa a cenar. Lestrange le respondió con una breve carta en la que rechazaba cortésmente la invitación alegando que estaba medio inválido y que rara vez traspasaba los límites de su jardín. También decía que le desagradaba cualquier tipo de publicidad y que el público solo debía conocer al autor a través de su obra. La situación permaneció inalterable tres años durante los cuales la fama de Lestrange creció mientras el público seguía sin saber nada del autor. Hasta que, unos seis meses atrás, sucedió algo que requirió una entrevista personal. Un determinado párrafo en la nueva novela de Lestrange —que ya estaba en la imprenta— provocó la consternación de Marriott. Por supuesto, como apuntó el corrector de la editorial, todo era una cuestión de interpretación, pero con el público nunca se sabía y los críticos eran imprevisibles. Había que procurar que nada empañara la reputación de Langston's, y luego estaban las bibliotecas...

Marriott, que era un hombre sensato, inclinó la cabeza y le escribió a Vivian Lestrange una carta donde le explicaba con mucha diplomacia que tenían un problema y le rogaba que se aviniera a presentarse en la editorial para hablarlo con calma. Lestrange le respondió que iría a ver a Marriott para hablar siempre que los editores firmaran un acuerdo de confidencialidad y no revelaran nada a nadie sobre su auténtica identidad.

Sumamente intrigado, Marriott firmó el acuerdo solicitado y esperó expectante el encuentro con el autor cuya fama se extendía a tres continentes.

La misma mañana de la cita, el secretario entregó a Marriott una carta marcada como «Urgente y personal». Al abrirla encontró una tarjeta de visita:

VIVIAN LESTRANGE
Temple Grove
Hampstead

—Dígale al caballero que pase —le dijo Marriott al mensajero que

le había traído la carta. El joven lo miraba con ojos como platos.

—Pero, señor... —empezó a decir, pero Marriott no le dejó continuar.

—Ahora mismo —dijo con firmeza.

Sin saber lo que esperaba —desde el primer ministro hasta el príncipe de Gales—, Marriott se quedó mirando la puerta con una curiosidad tan intensa como no había experimentado jamás y tuvo la mayor sorpresa de su vida al ver entrar a una mujer alta y delgada que le tendió la mano con una sonrisa en su mirada franca.

—Lamento que esto sea una conmoción para usted, señor Marriott —dijo la mujer con perfecta calma—, pero la culpa es suya, en realidad. Nunca dije que fuera un hombre. Me limité a no contradecir su suposición.

Marriott estalló en carcajadas —no pudo evitarlo— y Vivian Lestrange rio con él, y así se desvaneció cualquier sentimiento de incomodidad en su primer encuentro.

—¡Madre mía! —exclamó el editor—. Pensar que llevo años convencido de que podía distinguir la escritura de un hombre de la de una mujer...

—Pues mejor que sepa que no puede —replicó ella, riendo—. Es una teoría que me revienta. En cuanto un crítico lee algún chisme acerca de que tal escritor es una mujer, se apresura a escribir que «se percibe un toque femenino en los escritos de fulanito. Aunque sus descripciones son impecables, sus diálogos delatan que es una mujer». ¡Es un absurdo sin pies ni cabeza!

Marriott volvió a reír.

—Mi querida señorita, usted es la excepción que confirma la regla.

—Reconozca que ha sido derrotado —replicó Vivian Lestrange—. Se ha encontrado con la horma de su zapato. Y, por cierto, no soy tan joven ni tan señorita en algunos aspectos, como puede haber deducido de mis libros. Ahora pongámonos manos a la obra. Estoy de acuerdo con usted en que ese párrafo requiere alguna modificación. Cuando lo escribí, no pretendía aludir a ninguna perversión, no es mi estilo en absoluto.

Tomó asiento frente al editor, sacó de su bolso un papel escrito y empezó a sugerir versiones alternativas para el párrafo en cuestión.

Marriott estaba cada vez más admirado por la inteligencia y la agudeza mental de su exposición. Vivian Lestrange resultaba ser una joven muy agradable, alta y delgada, de espaldas anchas y cuerpo estilizado, sin muchas curvas. Tenía el cabello claro y sedoso, y lo llevaba corto, casi oculto bajo un sombrerito azul, de modo que las orejas le quedaban despejadas. Tenía un cutis sano y fresco, realmente precioso, con apenas un toque de maquillaje, y sus ojos de un azul grisáceo no se apartaban de Marriott y lo miraban abiertamente, con absoluta serenidad. Llevaba un traje azul marino, de corte impecable, una blusa azul celeste y una corbata oscura. Al poder verla más de cerca, Marriott calculó que tendría algo más de treinta años. Su figura juvenil y la frescura de su piel le habían dado la impresión de que era más joven, pero sus palabras denotaban madurez y una mente bien ordenada.

Tras solucionar el problema que había motivado su visita, la joven empezó a describir en líneas generales la novela en la que estaba trabajando. Sentada a un costado de Marriott, con la silla un poco apartada del escritorio, los pies cruzados uno sobre otro y la mirada puesta en los aguafuertes de la pared opuesta, la joven hablaba en voz baja y clara, con una perfecta dicción. Contemplando atentamente su hermoso perfil, Marriott concluyó que el rostro y la voz estaban en perfecta armonía, pero que carecían de emoción, estaban tan faltos de pasión como la mente de un matemático. Cuando Marriott expresaba entusiasmo por alguna de las ideas que la joven le exponía, Vivian Lestrange sonreía amablemente, pero transmitía la sensación de que no había más opinión válida que la suya propia.

—¡Te aseguro que no he conocido a una persona más fría en toda mi vida! —exclamó Andrew Marriott cuando le describió el encuentro a Bailley—. Una mujer inteligente, guapa y educada, pero impasible como una escultura de piedra. Era imposible acercarse a ella. Cada vez que yo intentaba decirle una palabra amable, me dedicaba una sonrisa fría y distante.

Cuando Ashe se marchó, Marriott rio entre dientes al recordar su primera entrevista con Vivian Lestrange. Se preguntó qué pensaría de ella Ashe, un hombre que enamoraba a todas las mujeres, que

estaba acostumbrado a ser objeto de la admiración femenina. Se incorporó en el asiento para coger una hoja de papel y empezó a escribir una carta, algo bastante inusual en un hombre para quien el dictado era una segunda naturaleza.

Estimada señorita Lestrange:

Acabo de mantener una conversación con Michael Ashe. Hace algún tiempo manifestó usted su admiración por la obra de Ashe, y esta misma mañana él me ha comentado que admira su trabajo. (Puede considerarlo un éxito, porque es un crítico implacable). Me comentó también que le gustaría mucho conocer a Lestrange y me pidió que se lo hiciera saber.

No necesito decirle que no le he comentado nada a Ashe sobre su identidad, pero le comuniqué que le haría llegar su deseo de reunirse con usted.

Tengo la impresión —es más, la certeza— de que Ashe le parecería una persona interesante. Es de los que saben guardar un secreto y puede tener la seguridad de que no dará a conocer el suyo. No le sugeriría el encuentro si no estuviera convencido de ello, pero tengo experiencia con la naturaleza humana, y la experiencia es de ayuda en estos casos.

Si la idea es de su agrado, será para mí un honor invitarla a cenar conmigo y con mi colega, el señor Bailley, a fin de presentarle al señor Ashe. A los dos nos complacería mucho, y puede estar segura de que nuestro encuentro no pondrá en peligro su secreto.

Con mis mejores deseos, se despide cordialmente,

ANDREW MARRIOTT

Cuando Marriott le habló de la carta, Bailley sonrió con escepticismo.

—Eres un optimista —le dijo a su colega—. Quieres convencer a Vivian Lestrange de que salga de su concha y utilizas a Michael Ashe como señuelo. No funcionará, querido amigo, no funcionará.

El propio Marriott no confiaba en que funcionara, pero abrigaba en

el fondo de su corazón una vaga esperanza. Cuando mencionó a Michael Ashe, Vivian Lestrange mostró un indudable interés, por un momento salió de la frialdad con la que oía hablar de otros asuntos. Marriott sabía perfectamente que había pocos escritores capaces de resistirse a los elogios de los escritores que admiraban.

No tuvo que esperar mucho. A la mañana siguiente le llegó la carta de respuesta.

Estimado señor Marriott:

Muchas gracias por su misiva. Con mucho gusto acepto la invitación para cenar con usted y con el señor Bailley, y para conocer al señor Ashe. Estaría disponible cualquier día de la semana próxima.

Por supuesto, acepto sus garantías de que el señor Ashe respetará tanto mi privacidad como usted mismo.

Reciba un cordial saludo,

VIVIAN LESTRANGE

Riendo por lo bajo, le mostró la carta a Bailley.

—Después de todo, es humana —comentó—. Eso me tranquiliza, la verdad. Todas mis teorías acerca de las mujeres se estaban viniendo abajo, estaban siendo destruidas por la actitud glacial de esa joven tan especial. Ahora debo hablar con Ashe para decirle que podrá ver cumplido su deseo si se compromete a respetar el antojo de su colega escritor.

CAPÍTULO II

La tarde de la cena, Andrew Marriott recorría de un lado a otro su bonito apartamento en Bloomsbury, hasta alterar los nervios de su ama de llaves.

—Cualquiera diría que está esperando al rey, la reina y el príncipe de Gales, los tres a la vez —le confió a su marido.

La señora Edge era una magnífica cocinera y una eficiente ama de llaves, en tanto que su marido ejercía como sirviente, mayordomo y hombre de mantenimiento, tareas que realizaba con tanta maestría como la que tenía su esposa ante los fogones.

—Algunos tienen ideas muy raras sobre las reuniones —comentó la señora Edge—. Una cosa es que se reúnan todo hombres, pero si hay hombres y mujeres deberían ser un número par. Una mujer con tres caballeros lo encuentro bien extraño, la verdad.

Por una vez, Michael Ashe llegó puntual y echó una mirada burlona al salón. (Marriott era un hombre soltero, pero tenía un salón muy bonito). Con un gesto de asentimiento hacia los dos editores, preguntó:

—Bueno, ¿cuál de ustedes es el autor?

—Soy inocente, estimado muchacho, soy inocente —respondió Bailley con una carcajada, moviendo sus arqueadas cejas—. Pruebe uno de los cócteles de Marriott. Le ayudará a conservar la calma ante lo que le espera...

Vivian Lestrange también llegó puntual. En cuanto Ashe hubo tomado la copa que le ofrecían, el mayordomo abrió la puerta y anunció:

—La señorita Lestrange.

Marriott atravesó raudo el salón con las manos extendidas y una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Mi querida señorita Lestrange! Es un honor para nosotros y un placer largamente esperado. Permítame que le presente a un colega escritor, el señor Michael Ashe, la señorita Vivian Lestrange.

Durante unos instantes el silencio fue abrumador. Atónito, con la copa en la mano y la boca entreabierta, Ashe enmudeció como un chaval al que hubieran pillado en falta. Sin apartar la mirada de la mujer frente a él, que lo observaba tranquilamente con una sonrisita burlona, tartamudeó incrédulo:

—Pero es... es imposible.

Vivian Lestrange se encogió de hombros, enarcó las rubias cejas y se volvió hacia Marriott:

—No puede ser Michael Ashe —murmuró—, no el auténtico Michael Ashe. ¡Es... es imposible!

Su tono ligeramente burlón así como el aplomo con el que se comportaba estaban tan bien calculados que Marriott y Bailley estallaron en risas, en tanto que Ashe se ruborizó, avergonzado por su falta de modales.

—Señorita Lestrange, le pido disculpas de todo corazón, le suplico que me perdone. ¡Ha sido imperdonable de mi parte, me he comportado de forma detestable!

—Es cierto —respondió ella con calma y un brillo burlón en los ojos—. ¡Ha sido imperdonable y detestable! Pero explíqueme por qué ha utilizado la palabra «imposible». ¿Tan imposible soy? Estoy dispuesta a aprender.

Marriott hubiera podido aplaudir. La voz de la mujer era tan agradable y resultaba tan elegante su aspecto, desde la cabeza de pelo corto y rubio hasta las puntas de sus zapatos plateados, que tenía al hombre ante ella en una situación de inferioridad como sin duda nunca había experimentado.

—¡Me está humillando! —protestó Ashe en un tono que había recuperado cierta presencia de ánimo—. Como reza el salmo, me he convertido en gusano, y no hombre..., y, sin embargo, ¡el gusano se revuelve al verse acorralado! He dicho «imposible», y con esta palabra pronunciada en un momento de tensión emocional he expresado mi íntima convicción de que ninguna mujer podía haber escrito *El caso Charterhouse*.

—«Acabar con lo imposible y facilitar lo que parecía lejos de hacerse realidad»[1] —citó ella en respuesta. Acto seguido, se sentó en la silla que le acercaba Bailley y rechazó con un gesto de la mano el cóctel que le tendía Marriott—. Hay un proverbio que se refiere a una mujer que ha sido objeto de desprecio —dijo, mirando hacia el techo y esbozando una sonrisa—. Seguramente hay otro sobre un hombre que ha cometido un error. «No levantes la mano contra la vanidad del hombre», dice el libro no escrito de nuestro Job moderno, «no sea que el acceso de rencor le lleve a olvidar sus principios».

—No, no se trata de vanidad —protestó Ashe, inclinándose hacia ella con una sonrisa en su atractivo y delgado rostro.

Marriott y Bailley contemplaban el espectáculo, por así llamarlo, de la lucha de palabras entre los dos leones más famosos de la editorial. Vivian Lestrange decidió aprovechar su ventaja y disparó antes de que Ashe pudiera pronunciar una palabra más.

—Igual que el diablo en otra ocasión, ha citado usted las Sagradas Escrituras —continuó—. Y yo voy a hacer lo propio. «¡Yo te preguntaré y tú me lo harás saber!». ¿Qué otra cosa sino la vanidad masculina pudo llevarle a afirmar la imposibilidad de que una mujer hubiera escrito esa obra que usted admiraba? ¿Piensa lo mismo de todas las mujeres? ¿Acaso su madre, sus hermanas y sus tías eran taradas de nacimiento? ¿Eran sus primas medio tontas, era estúpida su abuela?

Los tres hombres estallaron en carcajadas. A pesar de la dureza de sus palabras, la ligereza y la jovialidad con que las pronunció borraba cualquier indicio de acritud, y Ashe levantó las manos en señal de derrota.

—¡Pido tregua, *Kamerad*, pido tregua! —exclamó—. ¡Os lo haré saber, oh dios de los tornados! Mi madre, mis inexistentes hermanas, mis tías y mis primas poseían una sólida inteligencia y estaban dotadas de «tan brillante ingenio como sin par sensatez». Sin embargo, ninguna de ellas, oh temible polemista, podría haber escrito diez páginas sin dejar traslucir su pertenencia al sexo femenino, ya fuera en la selección de palabras, en la descripción de

los personajes o en sus juicios éticos. Las mujeres poseen sin duda algunas cualidades admirables de las que carecen los hombres, pero son cualidades propias de su sexo.

—A menudo me pregunto de dónde nace esa curiosa convicción de que la mente de una mujer es distinta a la de un hombre —respondió Vivian Lestrange—. Cuando creo al personaje de una novela, tengo en cuenta las influencias del ambiente y las de la herencia. Todos mis personajes tienen padre y madre, y ambos tienen su influencia. En cuanto a mí, sé que me parezco a mi padre, al que ni siquiera recuerdo, tanto en lo físico como en mis gustos y aversiones y en mi forma de razonar. Siendo esto así, ¿es sensato pensar que mi estilo de escritura deba ser puramente femenino y muestre un razonamiento heredado en exclusiva de mi madre, a la que no me parezco en absoluto? Doy por sentado —continuó, dulcificando el tono— que admite usted la validez de mi primer argumento, que cada ser humano proviene a la vez de padre y madre, y que sus características mentales pueden estar más cercanas a uno de los dos progenitores.

Ashe soltó de nuevo una carcajada.

—No cabe ninguna duda —respondió—, pero en nuestra mente no influyen solamente las características heredadas. El entorno tiene mucha importancia. Una mujer ve únicamente una parte del punto de vista del hombre y, por lo tanto, por regla general, solo es capaz de interpretar una parte de su pensamiento.

—Me temo que no se ha librado usted del enfoque de la época victoriana —protestó Vivian, sonriendo— y que necesita un curso de biología. Sigue creyendo que las mujeres son seres emocionalmente frágiles, necesitadas de la protección de los hombres. Pero la mujer de hoy empieza a comprender que eso es mentira. Digamos que hemos empezado a pensar por nosotras mismas y a entender que heredamos características de nuestro padre y nuestra madre, lo que nos permite augurar que un día esperaremos tanta creatividad artística, o genialidad incluso, del hombre como de la mujer. Todavía nos pesan los siglos de historia en que considerábamos que únicamente el varón con talento podía alcanzar la genialidad, pero yo me río de su visión de la mujer como «sexo débil», ¡la rechazo

totalmente y sin reservas!

Durante años, Marriott recordaría esa velada como una de las más interesantes de su vida. Vivian Lestrange tenía demasiado *savoir faire* —y una educación demasiado exquisita— como para monopolizar la conversación durante mucho rato. Tras exponer su particular opinión, invitó a Marriott y a Bailley a tomar parte en la conversación, y tenía el don de lograr que los demás se expresaran correctamente. Lanzaba la pelota a uno y a otro con admirable rapidez y un ingenio que resultaba en sí mismo una delicia, además de una muestra de que poseía una mente cultivada, acostumbrada a los juegos de palabras. Solo hacia Ashe mostraba una actitud burlona como la que había tenido en la conversación previa a la cena, y en alguna ocasión lo dejó sin palabras en una discusión, le señaló que había caído en una generalización demasiado burda o le afeó falta de rigor en la exposición de los hechos.

Marriott contempló el grupito de personas tan dispares sentadas a la mesa y se dijo que allí había material para una novela; de hecho, bastaba con las personalidades de los dos escritores. Vivian Lestrange vestía un sencillo vestido negro de crepé que se ajustaba como un guante a su esbelto cuerpo. Sus brazos y sus hombros eran de un blanco deslumbrante y su dorada cabeza estaba tan bien dibujada que Marriott, pese a que detestaba a las mujeres de aire «masculino», tuvo que reconocer que el pelo corto le sentaba estupendamente. Llevaba unos pendientes largos de lapislázuli y un collar de las mismas piedras alrededor del cuello, los labios pintados de rojo sin exceso, hasta donde permitía el buen gusto, y el rostro ligeramente espolvoreado para darle una cualidad mate.

Michael Ashe era un hombre alto, de rostro bronceado y pelo claro y rizado. Tenía la cara alargada y los huesos grandes de un noruego, y sus ojos azules se clavaban a veces en la mujer sentada frente a él con una franqueza que habría ofendido a cualquier dama menos independiente y con menos sangre fría que el objeto de su descaro.

Hubo momentos en los que Marriott se vio asaltado por temores, como si estuviera jugando con fuerzas que escapaban a su control. Ashe no era ningún puritano, y Vivian Lestrange era lo bastante

provocativa como para despertar sus demonios interiores. Sin embargo, la calma con la que actuaba la joven acabó por tranquilizar a Marriott. Estaba claro que no era una muchacha inexperta que pudiera perder la cabeza por un hombre dominante, y al recordar la frase que Vivian pronunció en su primer encuentro, tuvo que ahogar una carcajada. «Ashe ha encontrado la horma de su zapato. Será divertido ver cómo reacciona».

Cuando Vivian Lestrange se levantó para marcharse, poco después de las once de la noche, Ashe se ofreció a llevarla a casa. Ella rechazó el ofrecimiento con su característica franqueza y pidió un taxi. Al despedirse de él, añadió:

—Hoy le han confiado un secreto porque el señor Marriott, que es un buen amigo, me aseguró que era usted un hombre íntegro. Si en algún momento llega a mis oídos el rumor de que Vivian Lestrange es una mujer, sabré que ese rumor viene de usted, y pronunciaré dos palabras: «Vanidad masculina». Sabemos que las mujeres son incapaces de guardar un secreto porque así nos lo han dicho los hombres. ¡Conserva tus laureles, oh hombre íntegro!

—Puede estar segura de que así lo haré —dijo Ashe con un brillo de picardía en sus ojos azules—. Pero esta despedida es demasiado definitiva. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¿Quién sabe? —Rio ella—. Ya sabe que soy una ermitaña, como le habrá dicho el señor Marriott. Hoy he salido de casa para conocer a Michael Ashe. Como dicen los cuáqueros, «tenía interés en conocerle». Lo he pasado bien esta noche, pero regreso a mi casa a reflexionar. Pese a lo que se suele decir sobre la intuición femenina, yo baso mis decisiones en juicios muy meditados. De momento, debo decirle adiós.

Haciendo gala de todo su encanto, Vivian agradeció a Andrew Marriott su hospitalidad y sujetó la mano del viejo Bailley con un gesto tan cálido que los taciturnos ojos azules de Ashe parpadearon bajo sus espesas cejas. Partió con la misma elegancia que sabía imprimir a todos sus gestos, y cuando se hubo marchado, una especie de nube mortecina descendió sobre los tres hombres.

Marriott le ofreció a Ashe otro vaso de *whisky* con soda y le dijo:

—Bueno, ahora ya lo sabe.

—¿Qué es lo que sé? —preguntó Ashe—. Conocer a esta joven llevaría un trabajo endemoniado. Todavía estoy lleno de dudas.

—Una joven encantadora —intervino Bailley—. ¡Por todos los demonios! Es una de las mujeres más encantadoras que he conocido jamás. Puede ser en lo teórico tan feminista como quiera mientras en la práctica siga resultando tan atractiva. Es una lástima que esté empeñada en esconderse. Esta muchacha podría conquistar el Londres literario si se lo propusiera.

—¿Muchacha? —protestó Ashe—. No hay nada infantil en...

Al observar la expresión de Marriott, se detuvo y continuó en un tono menos agresivo:

—Vivian Lestrange quiere que todo sea a su manera. Reivindica la igualdad intelectual con los hombres, pero conserva sus privilegios como mujer. Si la hubiera evaluado por sí misma y le hubiera hablado sin tener en cuenta su sexo, se habría quedado desnuda, sin defensa alguna. Se protege con las convenciones de la educación y luego habla quejumbrosa de la igualdad entre sexos. ¡Por Dios!

Bailley dejó oír una tosecilla de reproche.

—Mi querido amigo, la señorita Lestrange se refería solamente a un tipo de igualdad, la intelectual. Negaba que fuera posible distinguir un texto escrito por una mujer del escrito por un hombre, un argumento que quedó demostrado incluso antes de que usted se lo oyera exponer. Por otro lado, no insistió sobre este asunto. Es más, subrayó el hecho de que la igualdad entre hombres y mujeres solo era posible en las condiciones de la civilización moderna. No podemos aplicar a este debate los criterios de la Edad de Piedra. Somos una comunidad civilizada...

—¡Es usted un auténtico bobo, Bailley! —exclamó jovialmente Ashe—. Es posible que usted sea civilizado. Yo no lo soy. La inteligencia y la civilización no son sinónimos. Bueno, muchas gracias por una velada tan interesante y tan instructiva. Al igual que la dama en cuestión, me voy a casa a pensar.

Cuando Ashe se hubo marchado, Marriott se rascó la cabeza con aire perplejo.

—Una velada ciertamente interesante e instructiva —empezó a decir.

Bailley le interrumpió:

—Pero en el fondo no te has quedado contento, ¿verdad? Yo tampoco.

Marriott no lo negó.

—No sabe dónde vive —observó— y no veo claro cómo lo piensa averiguar... No creo que lo comente con nadie, aprecia demasiado su reputación de hombre discreto.

Bailley empezó a reírse por lo bajo, y su risa fue en aumento hasta que echó atrás la cabeza y las risotadas agitaron todo su cuerpo.

—¡Vanidad masculina! —exclamaba entre los espasmos de la risa —. ¡Vanidad masculina! ¡Qué impertinencia la de esta joven!

La risa de Bailley era contagiosa, y Marriott rio también, pero de forma más contenida.

—Tan natural es suponer que un individuo tiene su vanidad como que un círculo tiene su centro —sentenció, y Bailley le dio un codazo en las costillas.

—Esta frase es de Anatole France, no tuya, amigo mío —dijo—. Sirve otro trago, Andrew. ¡Brindemos por la «vanidad masculina»!

---

1. Una cita de la tragedia *Coriolano*, de Shakespeare: «*Murdering impossibility, to make what cannot be, slight work*». *(Todas las notas son de la traductora).*

CAPÍTULO III

Era un lunes por la mañana, unos tres meses después de la cena en casa de Andrew Marriott. Una joven entró en la comisaría de policía de Hampstead y preguntó por el oficial al mando. El sargento Lumsden, un hombre corpulento, educado y muy observador, le sonrió con benevolencia.

—El inspector está ocupado, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, salvo que quiera ayudarme a llevar a cabo un allanamiento de morada —respondió ella—. Verá, sargento, el asunto va más allá de mi responsabilidad; se trata de un tema confidencial y no quiero meter la pata.

—Lo entiendo muy bien, señorita —replicó el sargento, un poco perplejo, pero sin abandonar su actitud amable—. No resulta agradable meter la pata. ¿Qué le parece si me explica brevemente el problema para que el inspector juzgue por sí mismo la importancia del asunto? ¿Se trata de lo que podríamos llamar un asunto delictivo o de una simple molestia?

—Bueno, desde luego es una molestia, una molestia importante, en realidad —dijo ella—, pero el caso es que también podría tratarse de un delito. Dígale al inspector que una mujer respetable quiere verle para explicarle un tema que podría constituir un asesinato o un secuestro. Una desaparición, en otras palabras. He aquí mi tarjeta de visita, y dígale que estoy totalmente *compos mentis*.[2]

El sargento se quedó un instante boquiabierto.

—Mire, señorita. A nuestro inspector no le gusta que le gasten bromas.

—A mí tampoco. De hecho, detesto las bromas —respondió su interlocutora—. Puede decírselo también, si quiere.

Pese a la actitud casi despreocupada de la joven, algo en su tono de voz hizo que el sargento llevara la tarjeta de visita al inspector. Minutos más tarde, la visitante se sentaba en una incómoda silla de un despacho casi vacío frente a un hombre uniformado con aspecto eficiente y expresión más severa que benevolente.

—Dígame en qué puedo ayudarla, señorita —dijo.

La mujer inspiró profundamente, como si fuera a tirarse a una piscina.

—Me llamo Eleanor Clarke y soy la secretaria de Vivian Lestrange, que vive en Temple Grove. He venido porque en la casa de mi jefe no me contestan y me temo que le haya pasado algo.

—¿Qué le lleva a suponer eso? —preguntó el inspector en tono escéptico.

La mujer sentada frente a él entrelazó las manos desnudas sobre el regazo. Las apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, observó el inspector Bond.

—El señor Lestrange es un hombre un tanto excéntrico y no sale nunca de casa —dijo ella—. De la casa se ocupa una mujer llamada señora Fife, que llega cada mañana a las ocho y se marcha a las ocho de la tarde. Yo llego cada día a las diez de la mañana. Esta mañana no me ha contestado nadie cuando he llamado al timbre y he golpeado la puerta con los nudillos. He ido a dar un paseo de media hora, pero a mi regreso seguían sin contestarme. No habían metido en casa la botella que les deja el lechero cada mañana, y mientras estaba allí ha llegado el chico de la carnicería y me ha dicho que a él tampoco le contestaban. Entonces he ido a ver a la señora Fife a la dirección que me había dado en el número 28 de Canterbury Villas, pero allí nadie había oído hablar de ella.

—A lo mejor se ha equivocado con el número —dijo el inspector, pero la mujer negó con la cabeza y sacó un papelito del bolso.

—No —dijo—. Le pedí que me lo escribiera ella misma. No hay error posible.

El inspector contempló a su visitante con atención.

—Muy bien, señorita Clarke. Dice que esto ha ocurrido por la mañana y son las seis de la tarde. ¿Por qué no avisó antes si le parecía que era preciso investigar?

—Porque no quería parecer una estúpida —se apresuró a replicar ella—. Mi jefe es un excéntrico. Es un ermitaño, no sale de casa y nunca recibe visitas. Es un escritor y le espanta la publicidad. Nadie sabe quién es. Pregunte a cualquier periodista de Londres quién es Vivian Lestrange, y verá que conocen su nombre, pero ninguno lo ha visto ni sabe nada sobre él. Darían cualquier cosa, todos y cada uno de ellos, por conocer su identidad. ¿Entiende ahora por qué me he pasado el día yendo de un lado a otro, agitada por una mezcla de miedo e indecisión? Si acudía a la policía, revelaba el secreto de mi jefe, que me había comprometido a respetar. Todo lo que se me ocurría, cualquier plan parecía conducirme a un problema mayor todavía. Finalmente he decidido venir porque era preciso que hiciera algo, y porque siempre he pensado que la policía inglesa era considerada y honesta. Tenía que decírselo a alguien, y de entre todas las alternativas, acudir a la policía me parecía la menos mala.

A Bond se le escapó una sonrisa, pero pronto adoptó de nuevo su expresión de seriedad.

—Considerando que usted prácticamente reside en la casa, ¿no le pareció que estaba justificado forzar la entrada?

—¡Oh, no diga bobadas! Habría hecho cualquier cosa, habría roto lo que hiciera falta para entrar, pero no se puede. Un muro de tres metros de altura con pinchos de seguridad en lo alto rodea tres lados del jardín, y en el cuarto se levanta la pared del estudio de Lee Vernon. Si le hubiera pedido a un constructor que me prestara una escalera para pasar al otro lado del muro, la noticia habría dado la vuelta a Hampstead en menos de media hora, y con ella el secreto del señor Lestrange. Mi jefe no permite que los repartidores traspasen la cancela del jardín, ninguno de ellos lo ha visto nunca, ni siquiera conocen su existencia. La señora Fife y yo nos encargamos de hacer los pedidos y de pagar las facturas.

El inspector seguía mirándola con suspicacia.

—¿Su jefe no le dijo nada de que pensaba marcharse?

—Este hombre piensa que soy idiota —masculló Eleanor Clarke, y era evidente que no se refería a su jefe—. ¿Cree usted que yo vendría a verle con una historia semejante arriesgándome a que me despidieran de un trabajo estupendo? ¿Entiende usted que el señor

Lestrange estaba en mitad de un libro, que trabajaba duramente todo el sábado y que estaba deseando acabar? Yo soy su amanuense, soy la que escribo y le paso a máquina los textos. Él tiene las manos agarrotadas por el reuma. ¡Marcharse de casa! ¡Por todos los santos! ¡Voy a estallar de un momento a otro!

—Olvida usted que no soy clarividente —le recordó Bond con suavidad—. Puedo entender cuanto me explique, pero no puedo anticiparme a la información que tengo. Considerando lo que me acaba de contar, entiendo que es preciso investigar el asunto. Me gustaría saber los nombres de los familiares cercanos del señor Lestrange, si usted conoce a alguno.

Eleanor Clarke exhaló un suspiro.

—¡A mí también me gustaría, lo mismo que a Fleet Street,[3] lo mismo que a Langston's y así *ad infinitum*! —replicó—. No tiene familiares. No puedo darle el nombre de una sola persona que le conozca, porque no le conoce nadie. Nunca recibe visitas y en todo el tiempo que he trabajado para él, y ya van tres años, no he tenido que escribir ni una carta personal.

—Es una historia muy extraña —dijo Bond.

—Sí que lo es —respondió ella—. ¡De hecho es una historia de Lestrange! Y le voy a dar una información importante. Si telefonea a Fleet Street y les dice lo que le acabo de contar, ganará el dinero suficiente como para poder retirarse. Vivian Lestrange es NOTICIA, noticia en letras mayúsculas, y en Fleet Street pagan por las noticias...

—No solemos telefonear a Fleet Street para aumentar nuestro salario —dijo Bond con suavidad.

—Ya sé que no lo hacen —respondió ella—. Por eso he venido. La historia que le acabo de contar es el mejor cumplido que le han hecho jamás a la Policía Metropolitana.

Bond mantuvo la mirada fija en la mesa y no hizo ademán de agradecer el cumplido.

—Imagino que habrá avisado a los editores de su jefe —dijo.

La señorita Clarke exhaló un hondo suspiro.

—No puedo hacerlo —explicó—. En Langston's creen que yo soy

Vivian Lestrange. Por deseo expreso de mi jefe, me he hecho pasar por él, porque tiene la extraña manía de esconderse de todos. Si alguno de los directores de Langston's estuviera aquí, me identificarían a mí como Vivian Lestrange... ¿Entiende ahora el lío en el que me he metido? —estalló—. Llevo todo el día preguntándome cómo podría desaparecer, y en cada ocasión he comprendido que no podría hacerlo hasta entrar en la casa y descubrir lo que había pasado. ¿No tiene usted imaginación? —preguntó suplicante—. ¿No comprende que puede haber ocurrido algo terrible detrás de esos muros?

—Yo trabajo a partir de los hechos —respondió Bond—. Conteste por favor a esta pregunta: ¿cuántas personas saben de la existencia de su jefe, el señor Vivian Lestrange?

—Yo, la señora Fife y usted —dijo ella—. Aparte de nosotros tres, no tengo constancia de que lo sepa nadie más. ¡No me diga que no piensa hacer nada! ¡Estoy a punto de ponerme a gritar! ¡Me he pasado el día reuniendo el valor necesario para venir aquí y ahora usted no quiere creerme!

Bond encogió levemente sus anchos hombros.

—No quisiera sembrar dudas sobre la veracidad de sus afirmaciones —dijo, y Eleanor Clarke estalló en carcajadas.

—¡Tiene usted un verbo impecable! —exclamó entre risas—. No se preocupe por las dudas. Venga a comprobarlo.

Bond sacó su pluma y se dispuso tranquilamente a tomar notas.

—Su nombre y dirección, por favor —dijo en tono irónico—. Dado que este asunto lleva un día entero de retraso, no creo que unos minutos más importen demasiado.

Al comprender que sus burlas y carcajadas habían tenido un efecto opuesto al deseado, Eleanor Clarke se esforzó por responder en un tono más sereno. Bond no tardó mucho en tomar notas, se levantó y se puso la gorra del uniforme.

—En breve le pediré que me acompañe hasta la casa —dijo con sequedad, y la dejó esperando en aquel horrible despacho vacío.

Un cuarto de hora más tarde, dos vehículos se detuvieron en el callejón sin salida donde se encontraba Temple Grove. El primero era una furgoneta cargada con un par de escaleras, el segundo, un

automóvil cerrado en el que viajaban el inspector Bond, un agente y Eleanor Clarke. Antes de bajar del coche, Bond se volvió hacia su visitante.

—Haga el favor de quedarse un momento en el coche —le dijo—. Ya la avisaré cuando la necesitemos.

Bajó del automóvil, se dirigió a la puerta que daba al jardín, golpeó con los nudillos, llamó al timbre y esperó. Al no recibir respuesta, hizo un gesto a los dos hombres de la furgoneta para que descargaran las escaleras. Eleanor Clarke se quedó esperando dentro del automóvil retorciéndose los dedos con nerviosismo y el rostro blanco como el papel. Los hombres apoyaron una de las escaleras en el muro, uno de ellos trepó a lo alto y desde allí izó la segunda escalera. Pasarla por encima de los pinchos que remataban el muro requirió algunas maniobras, pero finalmente la apoyó al otro lado. Bond subió el primero, evitó con habilidad los pinchos y bajó al jardín seguido por el agente Hewitt.

Bond era un policía muy eficiente. Aunque resabido en su forma de hablar y un tanto lento a la hora de tomar decisiones, no era ni tan poco observador ni tan poco imaginativo como Eleanor Clarke había temido. La había estado observando atentamente y achacaba su aparente frivolidad a un estado nervioso. Pensó que se trataba de histeria, y que el relato de la señorita Clarke resultaría ser uno más de esos casos —bien conocidos por la policía— en que una persona contaba una historia repleta de misterios que finalmente carecía de fundamento alguno. Bond había leído algunos libros de psicología, y sabía algo de las condiciones mentales que llevaban a la pérdida de memoria, por una parte, y a las aspiraciones de notoriedad, por otra. De modo que se sentía bastante escéptico cuando pasó al otro lado del muro y echó un vistazo al agradable jardincito mientras esperaba a que el fornido agente se reuniera con él. Temple Grove era una acogedora casa de dos plantas, rodeada por un jardín privado y totalmente oculta desde la carretera. La casa miraba al sur, y al final del jardín se levantaba la pared del estudio que Eleanor Clarke había mencionado. La pared estaba tapizada de enredaderas y un precioso arbusto de glicinia que acababa de llenarse de flores. Uno de los muros del jardín daba a la carretera y una hilera de tilos

recientemente podados lo ocultaban de la casa vecina.

Cuando el agente Hewitt se unió a él, Bond miraba atentamente la puerta ventana que daba al jardín. Hewitt siguió la mirada de su jefe y resopló.

—¿Ha visto algo? —preguntó.

El cristal de la ventana estaba quebrado en forma de una estrella con múltiples radios y un agujero negro en el centro que destacaba a la luz de la tarde.

—Tal vez sí y tal vez no —respondió Bond, y se encaminó hacia la casa.

Descubrió que la puerta ventana estaba abierta, bastaba con empujar. Entró en la habitación, alargada y amueblada como un estudio. A mano derecha según se entraba, había un escritorio con cajones perpendicular a la ventana y en la pared de la izquierda un hogar con un «fuego eléctrico» flanqueado por dos pesadas butacas. Frente a la ventana había una mesa de trabajo con una máquina de escribir cubierta por una funda. Casi todas las paredes estaban forradas de estanterías de libros hasta media altura y encima de ellas, en los espacios color crema que quedaban libres, colgaban algunos grabados. Todo estaba limpio y perfectamente ordenado. El suelo de parqué pulido, las alfombras en su sitio, nada extraño que turbara la paz, salvo el cristal roto de la ventana.

Tras examinar cuidadosamente el suelo impecable, Bond atravesó la habitación, pulsó un interruptor con la mano cubierta por un pañuelo y volvió a echar un vistazo alrededor. Le pidió a Hewitt que se quedara donde estaba y empezó a buscar debajo del escritorio, detrás de las butacas, debajo de un banquito que había contra la pared y detrás de la cortina que tapaba la puerta de la esquina.

—No hay nada —dijo secamente—. Puedes entrar. Procura pisar sobre mis huellas.

Hewitt ya se había dado cuenta del detalle. El suelo estaba tan bien pulimentado que las huellas dejadas por las suelas de Bond, polvorientas tras pisar los secos caminos y los senderos del jardín, se marcaban con claridad en la inmaculada superficie. Y no había más huellas que las suyas.

Pisando sobre las huellas de Bond, atravesó la habitación y salió

por la puertecita de la esquina. Los dos policías se encontraron en un pequeño y agradable recibidor, un poco oscuro hasta que Bond encendió la luz. Había una cómoda tallada de oscura madera de roble, una mesita sobre la que había un gong y un par de sillas. Un abrigo masculino colgaba de un gancho junto a la puerta y en el rincón había varios bastones. Bond abrió otra puerta y se encontró en un pequeño comedor con una mesa cuadrada, cuatro sillas, un aparador y un carrito auxiliar. Sobre el aparador había una hilera de jarras de peltre frente a una serie de relucientes bandejas del mismo metal. De las paredes pintadas de gris colgaban algunos platos en tonos blancos y azules, y unos candelabros de hierro forjado con bombillas eléctricas flanqueaban el hogar. En la planta había varios saloncitos amueblados con lo que Hewitt denominó «restos», en su mayor parte muebles viejos de aquí y de allá, confortables, pero lejos del buen gusto que imperaba en el resto de las estancias. También había una cocina y una antecocina, ambas confortables, limpias y bien surtidas en cuanto a vajilla y cubertería.

Sin pronunciar palabra, Bond subió al primer piso y examinó las cuatro habitaciones. La primera se encontraba justo encima del estudio y era un dormitorio de aspecto confortable. Sobre el tocador había varias brochas de afeitar, algunos objetos para el cuidado de las manos y una botella de tónico de malagueta para el cabello. Un pijama perfectamente doblado sobre la cama parecía esperar a su dueño, y de la puerta pendía una bata de color azul oscuro. En el amplio armario colgaban varios trajes masculinos, y en los cajones de la cómoda se guardaba ropa interior, corbatas, camisas, calcetines, cuellos falsos y todo tipo de accesorios de vestimenta masculina. Bond escudriñó el interior de los cajones, pero no encontró nada extraño. Allí había todo lo que uno pudiera esperar y nada más. Zapatos con sus hormas para que no se deformaran, zapatillas, tirantes, gemelos, ligas para calcetines y agujas de corbata.

—No hay útiles de afeitado —murmuró Hewitt.

Sin embargo, había cepillos de dientes y otros efectos para el aseo personal.

Bond se apresuró a inspeccionar el resto de las habitaciones y

comprobó que solo una de ellas contaba con un tocador, un canapé, una poltrona, un armario ropero y un lavamanos, pero ninguna cama. Sobre el tocador había un bote de crema y unos polvos faciales, un cepillo y un peine. En el armario ropero había únicamente una chaqueta de punto para mujer, un paraguas, un impermeable y unas zapatillas. De los toalleros colgaban toallas perfectamente dobladas, y en la jabonera había jabón y un cepillo de uñas. Las otras dos habitaciones, más pequeñas, estaban completamente vacías, y el cuarto de baño, con su brillante depósito de agua caliente, tenía un aspecto tan normal como el resto de la casa.

—¿Qué deduce de esto, señor? —preguntó expectante Hewitt, pero Bond se limitó a encogerse de hombros.

—Nada. Lo único que se sale de lo común es el agujero en el cristal. Lo pueden haber hecho con una piedra o con un disparo. Salga por la puerta principal y pídale a la señorita Clarke que entre. Dígales a los hombres de la furgoneta que se pueden marchar con sus escaleras. Permanezca junto a la puerta del jardín hasta que yo le llame.

Hewitt hizo lo que le habían ordenado y recorrió el sendero empedrado que atravesaba el jardín y llevaba a la puerta del muro que daba a la calle. Tenía dos cerrojos, uno arriba y otro abajo, pero los dos estaban echados. De la puerta colgaba un buzón más grande de lo normal, cerrado con un candado. Una rejilla con un panel deslizante permitía observar a los que pretendían acceder al jardín. Hewitt advirtió también que esa era la única puerta de acceso al jardín y a la casa. Los repartidores que dejaban los pedidos en la puerta de la cocina, al otro lado de la casa, debían pasar por la puerta principal si querían alcanzar la entrada trasera.

La puerta del jardín se abría girando un pomo. Al salir a la calle, Hewitt vio a Eleanor Clarke que lo miraba con ojos como platos desde el interior del coche. Estaba pálida y parecía preocupada. El agente era un buen hombre, de modo que olvidó las sospechas de su jefe y procuró tranquilizarla.

—Todo parece en orden, señorita —le dijo para darle ánimos—. El inspector quiere que entre para hablar con él.

La joven salió de inmediato del automóvil con el alivio pintado en el rostro y prácticamente corrió por el sendero hasta la puerta de entrada, que estaba abierta. Al ver a Bond en el vestíbulo, exclamó:

—Entonces, ¿todo está en orden? ¿Me he preocupado por nada?

—No hay señales de ningún tipo de violencia o altercado —respondió Bond—, pero ¿por qué arrojó usted una piedra contra la ventana del estudio?

Si esperaba pillarla desprevenida, no tuvo suerte.

—No he arrojado ninguna piedra contra nada —respondió ella—. Y si me toma por una loca o una histérica, se equivoca de medio a medio. Soy tan sensata como pueda serlo usted mismo. ¿A qué se refiere con arrojar una piedra?

Bond la condujo al estudio y se apartó para que viera el cristal quebrado. Tras contemplarlo atentamente con el ceño fruncido, la joven se volvió hacia el inspector.

—¿Cómo se ha roto el cristal? Si lo hubiera roto usted al entrar, habría cristales en el suelo, y el agujero no es lo bastante grande...

—Estaba así cuando llegamos, y la puerta ventana estaba abierta —respondió Bond—. Aparte de eso, todo está en orden, y no hemos visto nada ni a nadie.

La señorita Clarke inspiró hondo.

—El señor Lestrange no se habría marchado dejando la ventana abierta —aseguró—. Tiene que haberle pasado algo. Supe que había pasado algo cuando no encontré a la señora Fife.

Bond se rascó la cabeza, pensativo.

—Es todo demasiado vago —observó—. La ventana rota es el único indicio de que pasa algo. No hay nada ilegal en que un hombre se marche sin avisar y cierre su casa.

—Pero ningún hombre dejaría abierta la ventana de su estudio cuando se va de casa —señaló ella en voz baja—. Si el señor Lestrange hubiera querido marcharse o desaparecer discretamente, le habría bastado con decirme que se iba o con despedirme sin más. No me habría dejado acudir a la policía por miedo a que le hubiera pasado algo.

—Es posible que tenga razón —admitió Bond—. ¿Sabe si había en la casa algo de valor, algo que hubiera podido provocar un robo

con violencia?

La señorita Clarke negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. El señor Lestrange guardaba en casa cierta cantidad de dinero, pero no demasiado. Tenía una cuenta en el Westminster Bank y creo que la señora Fife se encargaba de retirar el dinero con sus cheques.

Bond se tranquilizó al oír esto, porque supuso que en el banco podrían confirmar la existencia de Lestrange y se relajó un poco.

—¿Por qué no toma asiento y me cuenta todo lo que sepa acerca de su jefe? —propuso—. Luego podemos recorrer la casa para comprobar si ve algo fuera de lugar. Por el momento, como comprenderá, no podemos acusar a nadie de nada. Ha hecho bien en informarnos porque le parecía que había algo sospechoso, pero hemos de actuar con cautela. Por el momento está todo muy confuso.

La señorita Clarke le dirigió una breve sonrisa, aliviada de que el inspector admitiera que ella había actuado con sensatez. Se quitó el ajustado sombrerito, se pasó los dedos por el corto cabello y se sentó frente al escritorio con la máquina de escribir.

—Si las circunstancias de mi trabajo no hubieran sido tan extrañas, no habría acudido a ustedes —admitió—, pero todo el mundo tiene derecho a mirar por su propio interés y me encuentro en una situación complicada. A petición del señor Lestrange, me hice pasar por él ante sus editores, y si aquí hubiera pasado algo terrible y yo no hubiese ido a la policía, me vería en un tremendo problema. De no haber ido inmediatamente, no me habría atrevido a ir más tarde. Lo único que tiene usted es mi palabra.

—Sí, ha resumido usted muy bien la situación —dijo Bond—. Ahora le pido que me cuente todo lo que sepa. ¿Cómo empezó a trabajar aquí?

—Hace tres años, respondí a un anuncio en un diario local. Un autor que decía llamarse Thomas Browne buscaba una secretaria y mecanógrafa competente. Yo respondí al anuncio y me pidieron que me presentara en esta dirección. Cuando llegué, la señora Fife me hizo pasar a esta habitación y vi al señor Lestrange sentado frente a ese escritorio. Era un hombre alto, pero delgado y encorvado, con el

pelo entre canoso y castaño y una barbita. Tenía dos bastones a su lado y llevaba guantes en las dos manos, que parecían rígidas y torpes, como si estuviera aquejado de reumatismo. Tenía una voz agradable y unos bonitos ojos. Me gustó. Me dijo que era escritor y que necesitaba que alguien tomara sus dictados y los pasara a máquina. Tras poner a prueba mi velocidad como taquígrafa y hacerme bastantes preguntas, me dijo que le parecía adecuada para el trabajo siempre que le prometiera no comentar con nadie sus asuntos. Eso me molestó un poco, porque no soy chismosa ni amiga de propagar escándalos, pero me explicó que detestaba cualquier tipo de publicidad y que solo podría contratar a una secretaria que supiera guardar secretos y no comentara su trabajo con nadie.

Mientras la señorita Clarke hablaba, Bond la observaba con atención. Le gustaba su voz queda y la manera simple y directa en la que explicaba su historia. Tuvo que admitir que el asunto le parecía cada vez más interesante.

—Al principio lo tomé por una especie de neurótico —continuó ella—. Su insistencia en el anonimato me pareció bastante patética. No sabía de ningún Thomas Browne en el mundo literario actual, y eso que leo bastante. Pensé que sería un chalado, un oscuro académico que se creía muy importante en un mundo que ni siquiera concede atención a los auténticos escritores. Conseguí convencerlo de que yo era una mujer discreta, de modo que escribió a las personas que podían darle referencias de mí y una semana más tarde empecé a trabajar con él.

—¿Supo entonces que Thomas Browne era Vivian Lestrange y viceversa? —preguntó Bond, pero Eleanor Clarke negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no lo supe hasta pasado casi un año. Al principio me encargó trabajitos sin importancia, historias cortas y artículos. Me dictaba, yo tomaba notas taquigráficas y luego las mecanografiaba. En ocasiones me daba un texto manuscrito para que lo pasara a máquina. Descifrar su letra era bastante difícil, porque era enmarañada y extraña, pero me las arreglé y pronto me acostumbré. Por supuesto, me di cuenta de que escribía maravillosamente, incluso sus escritos menores tenían un sello de excelencia, pero no

sabía quién se los publicaba. Durante el día estaba muy ocupada y como no leo revistas nunca encontré uno de los textos cortos que le publicaban. Creo que durante ese tiempo estuvo poniéndome a prueba, decidiendo si podía confiar en mí y si quería conservarme.

—¿Y decidió que sí? —preguntó Bond.

La señorita Clarke asintió.

—Así es. Nos llevábamos muy bien, y un día, unos seis meses después de mi llegada, me entregó una pila de manuscritos y me dijo que eran parte de una novela que estaba escribiendo. Fue tremendamente interesante, en especial porque quería conocer el punto de vista de una mujer sobre los personajes femeninos de sus escritos. Cuando la novela estuvo acabada, me explicó que su auténtico nombre era Vivian Lestrange. Todos esos meses le había estado llamando señor Browne. A partir de entonces pareció confiar totalmente en mí. Yo pasaba a máquina la correspondencia con sus editores, comentaba con él sus contratos y le ayudaba en general con sus asuntos. Y, como ya le he explicado, fui a Langston's, los editores del señor Lestrange, y me hice pasar por él con bastante éxito.

—Pero ¿por qué le pidió algo así? —preguntó Bond—. La colocaba en una situación delicada y me extraña que usted accediera.

Ella se encogió de hombros.

—La situación se complicó. Los directores de Langston's insistían en conocerle y el señor Lestrange temía que uno de ellos se presentara en su casa sin avisar. No puede imaginarse cuánto detestaba la idea de perder su anonimato. Siempre pensé que en ese punto estaba un poco majareta. Bueno, me dijo que los de Langston's no le dejaban en paz, que no descansarían hasta saber quién era, y que yo sería una secretaria perfecta si le ayudaba a salir del aprieto. Su insistencia era un poco lastimosa. Sin embargo, ya me había acostumbrado a ocuparme de las innumerables pequeñas molestias que aquejan a los escritores, de modo que acepté y, como si se tratara de un juego, interpreté el papel de Vivian Lestrange. No le concedí ninguna importancia, y solo más tarde comprendí que me había colocado en una situación muy delicada.

—¿Alguna razón especial despertó sus escrúpulos y le hizo cambiar de opinión respecto a lo que le había parecido un juego? —preguntó Bond.

—No, nada. Pero el señor Marriott y el señor Bailley, los directores de Langston's, habían sido muy amables conmigo, y comprendí que considerarían mi comportamiento como una especie de traición. Todo transcurrió sin problemas hasta esta mañana, y entonces me asusté, como le he explicado.

—Estoy intentando comprender su comportamiento —dijo Bond —. Si estaba usted preocupada, ¿por qué no lo habló con su familia?

—Porque no tengo a nadie con quien hablarlo —respondió ella—. No tengo ningún pariente, que yo sepa, ni tengo tampoco amigos íntimos. Vivo en Londres desde 1920, crecí en Australia. Viví con mi madre hasta su muerte en 1930, y como era prácticamente una inválida no nos relacionábamos con nadie. Cuando mi madre falleció, me inscribí en una escuela de secretariado y allí hice algunas amistades, pero ninguna muy estrecha. El viejo abogado de mi madre era un buen amigo mío cuando llegué a Londres, pero murió hace más de dos años. Vivo en un pequeño apartamento con servicios de limpieza incluidos en Finchley Road. No tenía a nadie a quien pedir consejo. Lo estuve meditando todo el día y finalmente decidí que era la policía o nada. Fui a verle a comisaría para quedarme tranquila.

—Sí, sí —dijo Bond—, pero usted sabía que su jefe era excéntrico. Hay que ser un hombre muy raro, y me quedo corto, para pedirle a usted que se haga pasar por él. El hecho de desaparecer de repente sin dejar rastro podría considerarse otro rasgo de su excentricidad.

—Podría —dijo ella lentamente—, pero no lo creo. Sé que era muy especial, nadie lo sabe mejor que yo. Llevaba una vida de reclusión, nunca tenía visitas ni se dejaba ver jamás. Nadie puede comportarse así salvo que tenga miedo de algo. Cuando esta mañana no me contestó nadie y tampoco pude encontrar a la señora Fife, tuve la certeza de que pasaba algo malo. Lo noté en los huesos. Y ahora que he visto la ventana rota, sé que tenía razón. Ha ocurrido algo... Si los repartidores le dijeran que la casa lleva una

semana cerrada y que no tenían orden de interrumpir el reparto de la leche y los periódicos, ¿no habría hecho usted lo que ha hecho hoy, entrar en la casa para inspeccionarla? ¿Y no me habría citado para preguntarme por qué no le había dicho nada a la policía?

—Sin duda —respondió con serenidad Bond—. No digo que su inquietud no me parezca normal, pero en ocasiones hay explicaciones perfectamente naturales para historias que suenan muy raras. Creo que lo mejor será que me acompañe en la inspección de la casa y me diga si ve algo que falta o está fuera de lugar, y a partir de aquí haremos indagaciones. Además, me gustaría que me pusiera en contacto con la señora Fife.

—De acuerdo —dijo Eleanor Clarke, poniéndose en pie—. También a mí me gustaría. No sé si cree en las intuiciones, inspector, pero yo tengo una. Creo que nadie volverá a ver a la señora Fife ni al señor Lestrange. Han desaparecido y me han dejado en la inopia... ¿Le importaría escribir un informe sobre mí como testigo diciendo que soy una secretaria trabajadora, seria y respetable? No hace falta añadir que mis jefes desaparecen a veces sin explicación alguna.

—Creo que es usted aficionada a dar rienda suelta a su imaginación, señorita Lestrange —dijo secamente Bond.

Eleanor Clarke dio un respingo.

—Y a usted le encanta conjeturar —replicó—. Por cierto, lo hace fatal.

---

2. *Compos mentis*, expresión en latín que significa «en su sano juicio».
3. Fleet Street fue durante muchos años la calle de la prensa británica por excelencia.

CAPÍTULO IV

—El caso es que me encuentro en un atolladero del demonio, señor —dijo el inspector Bond en tono quejoso.

Había pasado una semana desde la visita de Eleanor Clarke a la comisaría de policía y Bond, que llevaba ese tiempo investigando la desaparición de Vivian Lestrange, había acudido a Scotland Yard para informar sobre el caso y comentarlo con el inspector jefe Warner, del Departamento de Investigación Criminal. Warner era un hombre alto, rubio y bien plantado, con un rostro bronceado y un perfil anguloso; justo el tipo de hombre que podemos ver montado en un hermoso caballo y dirigiendo el tráfico en Hyde Park Corner, haciendo que los omnipresentes turistas americanos comenten lo «apuestos que son estos policías londinenses». Vestido de civil, Warner tenía un aspecto tan pulcro y cuidado como cuando llevaba el abrigo de uniforme. Era un regalo para los ojos porque tenía un aspecto limpio, elegante y competente y sus astutos ojos grises miraban divertidos la expresión alicaída de Bond.

—No, no está en un atolladero —respondió—. Esa es una analogía demasiado estática. Tiene un dilema porque oscila entre dos opciones, como la aguja de una brújula que sufriera interferencias. Las pruebas lo llevan a considerar que se ha producido un acto delictivo, de naturaleza inespecífica, pero interiormente tiene la convicción de que una joven con imaginación y carente de principios intenta tomar el pelo al Cuerpo de Policía. Explíqueme los puntos importantes de su investigación y le diré si veo algo que no encaja.

Bond procedió a contar su historia:

—De acuerdo con lo declarado por la señorita Clarke, en Temple Grove había tres personas: su jefe, Vivian Lestrange, que vivía allí; la

señora Fife, el ama de llaves, que estaba cada día de las ocho de la mañana a las ocho de la tarde, y ella misma, que llegaba a las diez de la mañana y se marchaba a las cinco. Describe a Vivian Lestrange como un hombre alto y con barba, entre los cincuenta y los sesenta años, con una leve cojera y cuerpo muy rígido, con las manos algo deformadas por el reumatismo y que siempre llevaba guantes. Esta es la descripción que nos hace la señorita Clarke, pero no encontramos a nadie que lo haya visto, por lo que no tenemos más pruebas de que ha existido, o existe todavía. La señora Fife, en cambio, es real. Los repartidores dicen que es una mujer de pelo oscuro, corpulenta y decidida, de unos cincuenta años; sabía lo que quería, era exigente comprando y cada semana pagaba en metálico las facturas. Los comerciantes de Heath Terrace chismorreaban mucho sobre ella porque nunca dejaba que los chicos repartidores traspasaran la puerta de Temple Grove. Los únicos que llegaron a entrar en la casa, por lo que he podido deducir, son los hombres que hacen la lectura de los contadores de gas y electricidad, y mientras trabajaban la señora Fife los vigilaba de cerca como un dragón. En los libros de cuentas de los tenderos aparece únicamente el nombre del señor Thomas Browne, el mismo que al parecer utilizó el jefe de la señorita Clarke para contratarla.

—Una historia interesante —murmuró Warner—. Tengo ganas de conocer a la señorita Clarke. Parece una mujer única.

Bond gruñó.

—Es muy lista, desde luego. No sé si logrará pillarla en falso. Yo no puedo. En cuanto a la señora Fife, no la encontramos por ninguna parte y nadie nos ha dado ni la más mínima información. Estaba cada día en Temple Grove hasta el último sábado. Esa misma tarde la vieron en Temple Place dirigiéndose a Heath Street. Después de eso, nada.

—Dejemos a un lado al personal desaparecido, ya hablaremos más tarde con la señorita Clarke —dijo Warner en tono desapasionado—. Háble me ahora de la casa. Parece una casa muy bonita, el tipo de casa con la que sueño desde hace tiempo.

Este comentario ingenioso suscitó cierta irritación en Bond. Si tenía un punto flaco era que no soportaba que se rieran de él, y se

sentía especialmente vulnerable con el caso de Vivian Lestrange, porque intuía que le estaban tomando el pelo y sin embargo no podía probarlo.

—Temple Grove es una vivienda independiente de dos plantas, sin sótano, construida en la década de 1880 —dijo en el tono más oficial posible—. Estos son los planos que he dibujado de las dos plantas. El estudio está tan limpio que no hemos encontrado ni una huella dactilar en ninguno de los muebles, ni en las placas o en las manijas de las puertas y las ventanas. El suelo parece haber sido fregado y a continuación pulido y nadie lo había pisado desde entonces, salvo con zapatillas limpias que no dejaran huella. En la habitación hay muchos libros, pero la mayoría son de segunda mano, muchos comprados en Foyles y algunos en Hatchards, de modo que tienen abundantes huellas dactilares de diversas procedencias. En el escritorio había varios manuscritos y notas escritas a máquina, facturas, todas con acuse de recibo, libros de consulta y folletos, así como la habitual colección de lápices y plumas. Las únicas huellas dactilares halladas en los textos mecanografiados y en los manuscritos son las de la señorita Clarke.

—Ya veo —murmuró Warner—. El problemático autor llevaba guantes, una precaución inteligente.

—Mucho —dijo secamente Bond—. El caso es que no hemos encontrado nada en la habitación que demuestre que un hombre con barba llamado Lestrange ha vivido allí. Había, como le he dicho, gran cantidad de manuscritos. La letra, vea una muestra, tiene un estilo extraño y enmarañado.

Le entregó el papel a Warner, que lo estudió con atención.

—¿Es zurdo? —preguntó.

—Sin ninguna duda —respondió Bond—. Los expertos coinciden en eso, y la señorita Clarke lo ratificó al decirnos que su jefe siempre escribía con la izquierda. Esto —dijo entregándole otro papelito— es una muestra de la escritura de la señorita Clarke, con la mano izquierda y con la derecha.

Warner estudió las nuevas pruebas con los labios entreabiertos, como si leyera en voz baja. Una de las muestras, escrita con una letra elegante y claramente legible, resultaba agradable de leer, ya

que cada letra estaba bien formada y todas tenían la misma inclinación. La segunda mostraba unos garabatos redondeados, infantiles y torpes como los de una criatura que aprendiera a escribir. Las líneas eran irregulares, subían y bajaban como si su autora estuviera borracha. «No puedo escribir con la izquierda —había garabateado la señorita Clarke—. Este garabato no es fingido sino una auténtica incapacidad. Lo intento, pero no puedo hacer nada mejor que esto».

Warner dejó oír una carcajada.

—Si es cierto que nos toma el pelo, se lo estará pasando muy bien —dijo—. Su escritura normal denota que es una persona detallista. Y si sus sospechas son acertadas, hay que reconocer que ha previsto todas las posibilidades. ¿Cuál es la conclusión de sus expertos?

—Ninguna —dijo Bond con indignación—, pero eso no quiere decir nada. Dicen que las escrituras de Lestrange y de la señorita Clarke no se parecen en nada, pero el sentido común indica que cualquiera puede aprender a escribir con la mano izquierda y que cualquiera podría escribir esos estúpidos garabatos. Resulta que es capaz de escribir una carta en un minuto y luego dice que no puede controlar la pluma con su mano izquierda. Mire esto...

Bond cogió papel y lápiz, y escribió lenta y trabajosamente con la mano izquierda su nombre y dirección. Luego escribió lo mismo con la mano derecha y finalmente volvió a escribir con la izquierda, pero esta vez haciendo unos garabatos infantiles que se parecían a los de Eleanor Clarke.

—Hace un par de años me rompí la muñeca de la mano derecha y aprendí a escribir con la izquierda —dijo—. Ningún experto detectaría un parecido entre las escrituras de mi mano derecha e izquierda, ni podría deducir que este garabato infantil tiene relación con los otros escritos. Está tan claro como el agua.

—Tal cual —asintió con entusiasmo Warner—. Ha demostrado usted satisfactoriamente que, en lo que a escritura se refiere, la señorita Clarke puede perfectamente ser la autora del manuscrito hallado en Temple Grove. Y en el estudio tampoco había pruebas de la existencia del señor Lestrange. ¿Y el dormitorio? ¿Estaba también

limpio y despojado de todo?

—Tal cual —dijo Bond, imitando a Warner, y el inspector jefe sonrió.

—No se lo tome a mal —dijo con amabilidad—. Personalmente, creo que disfrutaré con este caso. Parece que esa señorita tiene mucho ingenio.

—En el dormitorio había todo lo que tenía que haber y nada que no debiera estar allí —dijo Bond—. Había un equipo completo de prendas de caballero: trajes usados pero llevados recientemente a la tintorería, pantalones, chaquetas, cuellos falsos y demás, todo bien limpio. En la cama había sábanas limpias, pero no usadas, y las toallas estaban también sin usar. No había marcas de sastre en ninguna prenda y todos los trajes estaban hechos por empresas distintas. Había dos que no estaban hechos a medida, sino comprados ya confeccionados, y uno de ellos fue adquirido en Estados Unidos con casi total seguridad. Puede ser de cualquier casa de ropa de segunda mano, como Peter Dean's en Edgware Road. Lo mismo ocurre con los zapatos, son todos del número cuarenta y tres y bastante usados.

—¿Le parece que todas las prendas, ropa interior, cuellos y zapatos, han tenido un uso parecido, que las puede haber llevado el mismo hombre? —preguntó Warner.

Bond asintió.

—Sí, sí. Si mis sospechas se acercan a la verdad, tengo que darle a la mujer un sobresaliente en atención al detalle. En esas prendas no hay nada que pueda inculpar a la mujer, y le aseguro que lo he mirado todo con especial atención. Le pedimos a Baines que se probara las prendas, porque mide un metro ochenta y dos, pesa unos ochenta y cuatro kilos y es más bien delgado. La ropa le iba muy bien, lo mismo que los zapatos. Aquí no hay más que investigar.

—Me gustaría que me explicara con más detalle su teoría —dijo Warner—. Entiendo lo esencial: piensa que Vivian Lestrange y Eleanor Clarke son la misma persona.

Bond se recostó en la butaca.

—Creo que no está bien de la cabeza —dijo—. Mi idea es que escribió esos libros de Lestrange y que al principio le gustó que la

tomaran por un hombre y procuró no desvelar su identidad. Luego empezó a aburrirse del tema y buscó a su alrededor otras maneras de adquirir notoriedad. En términos psicológicos es una buena explicación —protestó, como si Warner le hubiera dicho lo contrario —. Los psicólogos le dirían que el apetito de notoriedad es bastante habitual, no es más que una desviación de una mente normalmente original. La señorita Clarke alquiló la casa, más tarde le hablaré de este punto, convenció al ama de llaves para que fuera su cómplice y preparó las bases de su doble vida, a la que esperaba sacar algún provecho más adelante, por pura diversión. Aprendió a escribir con la mano izquierda, abrió su propia cuenta bancaria como Vivian Lestrange y poco a poco fue reuniendo las pruebas que necesitaría según su plan. Compró las prendas masculinas en tiendas de segunda mano y, a continuación, cuando ya estaba preparada, se presentó en la comisaría, nos contó su historia y se divirtió viéndonos investigar.

»La verdad es que no pude evitarlo —concluyó Bond en un tono de voz que dejaba traslucir su exasperación—. La ventana del estudio estaba abierta y tenía el agujero de una bala en el vidrio. Es posible que haya sido un asesinato, no puede descartarse...

—Desde luego —dijo Warner, y en esta ocasión no sonrió—. Ha dibujado usted un caso perfectamente posible, Bond, y aprecio su razonamiento. Todavía no me he sumergido en el caso, pero le daré mi opinión por si le sirve de algo. No creo que esos libros de Vivian Lestrange los haya escrito una mujer, y no será fácil hacerme cambiar de opinión. Por otra parte, no me imagino a Vivian Lestrange buscando notoriedad o publicidad, no me parece acorde con su personalidad. La única publicidad son sus libros, y la mente que ideó esos libros está lejos de atraer a los aficionados al sensacionalismo. Sin embargo, no cabe duda de que hay algo extraño en las personas de Temple Grove. Todas tienen algo misterioso y furtivo, y estoy dispuesto a creer que hay algo extraño en esta historia.

De repente, Warner sonrió al rostro que le miraba con escepticismo al otro lado de la mesa.

—El caso es que tanto usted como yo tenemos un sesgo de

partida —dijo—, y eso no es bueno, pero es posible que su sesgo y el mío acaben por corregirse el uno al otro. Ahora quiero que siga y me explique todo lo que ha descubierto acerca de la persona que arrendó Temple Grove, quiero que me hable de la casa, los agentes inmobiliarios, los bancos y todo eso.

Bond asintió.

—Temple Grove fue alquilada en 1925 por sus propietarios a un hombre llamado Rogerson —dijo—. El contrato era de diez años. En 1931 se tuvo que marchar al extranjero y dejó la casa de repente con parte de los muebles. Los agentes inmobiliarios que negociaron la interrupción del contrato, Blacks, de Baker Street, me explicaron que la señora Fife los llamó y les dijo que quería visitar Temple Grove en nombre de su jefe, el señor Lestrange, ya que este era un inválido. Pronto les llegó la noticia de que era justo lo que el señor Lestrange estaba buscando. Les pidió un contrato de un año, que pagaría por adelantado, con una opción a renovar el contrato al final del año. Si la casa le convencía, se quedaría hasta agotar el contrato de Rogerson y le compraría los muebles a un precio tasado. Dio como referencia sus banqueros.

»Dado que tenía prisa, Rogerson aceptó enseguida la oferta, se embolsó el año de alquiler y abandonó el país sin ver siquiera a su inquilino. Al acabar el año, Lestrange aceptó quedarse el tiempo restante hasta agotar el contrato, compró los muebles y todo el mundo quedó contento, pero nadie le vio nunca en carne y hueso.

»En cuanto a los banqueros, Lestrange les escribió en 1930, tras la publicación de *El caso Charterhouse*. Dijo que quería abrir una nueva cuenta bancaria y les dio el nombre de sus editores. De nuevo apeló a su invalidez para esquivar una visita en persona, y desde entonces fue ingresando los cheques de sus editores y manteniendo la cuenta siempre bien provista, con lo que sus banqueros lo consideran un excelente cliente. De vez en cuando retiraba una cantidad importante de dinero y se sabía que tenía tratos con una empresa de agentes de bolsa llamada Rank, en Lombard Street.

»El sábado pasado, la señora Fife retiró, previo acuerdo, cuatrocientas libras de la cuenta corriente del señor Lestrange, dejando solamente cincuenta libras y ningún depósito. Pidió que le

entregaran el dinero en billetes de una libra. No hace falta decir que no hay ningún rastro de este dinero en la casa.

—¿Los billetes eran de numeración consecutiva? —preguntó Warner.

Bond asintió.

—El banco nos ha dado las numeraciones y estamos atentos. Hasta ahora no hay nada.

—¿Han preguntado en la oficina de pasaportes? —inquirió Warner.

Bond asintió.

—Sí. Ningún Vivian Lestrange. Diez Thomas Browne. Ninguno de ellos es nuestro hombre.

—No se le ha escapado nada —dijo Warner.

—He hecho cuanto se me ocurría —respondió Bond—, y a pesar de eso estoy en el mismo punto que cuando esa joven entró en mi oficina la semana pasada y me contó que su jefe había desaparecido.

—Por cierto, no me ha dicho nada sobre lo que le han contado en Langston's —dijo Warner.

Bond se encogió de hombros.

—Me resultan de tan poca ayuda como los demás —dijo—. Los dos jefes, Marriott y Bailley, ya tienen cierta edad; son simpáticos a su manera literaria, y no me cabe duda de que son competentes en su trabajo. Pero este asunto les desborda, sencillamente, y me han dicho con franqueza que no saben qué pensar. Cuando les llegó el primer manuscrito de Lestrange, saltaron de alegría, porque intuyeron su potencial. Lo aceptaron de inmediato y le ofrecieron un contrato muy decente que incluía una opción sobre sus dos siguientes libros. Es una buena editorial y trata bien a sus autores. Naturalmente, dieron por sentado que Vivian Lestrange era un hombre, y toda la correspondencia se basa en este supuesto. Y el año pasado la señorita Eleanor Clarke se presenta en la editorial fresca como una rosa y les dice que se llama Vivian Lestrange...

—¿Se lo tragaron? —preguntó Warner en tono incrédulo.

—Se lo tragaron sin más. Vivian es tanto un nombre de hombre como de mujer. Además, no cabe duda de que ella es una persona

fuera de lo común, capaz de hablar con un aplomo que resulta muy convincente. El caso es que en Langston's la creyeron. Ahora dice que no es Vivian Lestrange y que se hizo pasar por él por expreso deseo de su jefe. En la editorial no están nada contentos con este asunto. A nadie le gusta que le engañen, y sea cual sea la verdad no cabe duda de que les han tomado el pelo. Marriott me dice: «Tiene que encontrar a Vivian Lestrange, es un autor demasiado valioso para esta casa». Es una situación endiablada —concluyó Bond en tono desesperanzado.

—Por lo menos tiene la frescura de la novedad —dijo Warner—. Estoy harto de estafadores, abogados que no pagan a los procuradores y locos asesinos. Este caso nos lleva a apartarnos de las tareas habituales y los pequeños delitos, y que me aspen si no es uno de los más interesantes en los que he trabajado jamás. Háble me ahora de su *bête noire*, la seudoautora de maneras convincentes.

Bond resopló.

—Mejor que hable usted personalmente con ella. A lo mejor le cae mejor que a mí. Esta es su historia.

»Nació en 1900 en una granja en la parroquia de Stanway, Gloucestershire. Su madre se llamaba Elizabeth Clarke, y el bebé nació fuera del matrimonio. En 1902, su madre se fue con el bebé a Australia, donde se reunió con el padre en un poblado cerca de Ballarat hasta principios de 1914. Luego regresaron a Europa, la madre decía que había recibido una herencia, y vivieron en Suiza hasta 1920. Regresaron a Inglaterra y alquilaron parte de una casa en Finchley Road, cerca de la vieja taberna Eyre Arms, demolida hace unos años, donde ahora se levanta el edificio Eyre. En 1925, la madre falleció, y la hija se encontró en una difícil situación económica. Se formó como secretaria en Grosvenor Bureau y fue viviendo de trabajos eventuales hasta 1930, cuando, según cuenta ella misma, la contrató Vivian Lestrange. Vive en un pequeño apartamento con servicios incluidos, en ese edificio nuevo que hay en Finchley Road. Pero ahora viene la parte extraña de su historia, y es que en su mayor parte nadie la puede corroborar. Cuando la señora Clarke y su hija vinieron a vivir a Inglaterra, no conocían a

nadie salvo a un abogado de edad avanzada llamado Franks, que les llevaba los asuntos legales. Franks murió en 1929, de modo que no nos puede ayudar. Al parecer, madre e hija se llevaban muy bien y no buscaban la compañía de otras personas. Más tarde la madre quedó casi inválida y la hija dedicaba su tiempo libre a ocuparse de ella. Únicamente al morir su madre supo Eleanor Clarke que ella era hija ilegítima y que no recibiría herencia alguna. Naturalmente, había hecho algunas amistades mientras estudiaba secretariado, pero es una de esas escasas mujeres independientes que no sienten especial simpatía por su propio sexo. Según su propio testimonio, no tenía ninguna buena amiga y se define como "un bicho raro". Cuantas más vueltas le doy, más convencido estoy de que se lo puede haber inventado todo —concluyó Bond—. Es una de esas mujeres peculiares, amantes de los secretos, que pueden tener ansias de notoriedad. Mucha inteligencia y poca conciencia.

—Es una historia muy extraña, pero no le falta lógica si asumimos determinadas premisas —dijo Warner pensativo—. Si aceptamos que Vivian Lestrange es tal como ella lo describe, un hombre con un deseo enfermizo de anonimato, entonces Eleanor Clarke es justo el tipo de mujer que le convenía como secretaria. Una mujer sin familia, de natural poco sociable y acostumbrada al secretismo debido a las circunstancias en las que ha vivido. Es posible que estas dos personas tan extrañas y solitarias hayan encajado perfectamente. Estoy dispuesto a aceptar todo eso salvo que encontremos alguna incongruencia en la historia. Y hay otra cosa que se me acaba de ocurrir. Debería usted confirmar el hecho de la muerte del padre de Eleanor Clarke.

Bond se quedó boquiabierto y miró a su interlocutor con expresión de incredulidad.

—Es un poco rebuscado —protestó, pero al momento se quedó pensativo—. Es un asunto intrigante —comentó—. Dice que su padre se llamaba John Clarke y que murió tras caer de un caballo que lo pateó cuando estaba en el suelo. Han pasado ya más de veinte años y Australia se ha desarrollado un poco desde entonces. De todas formas, haré que averigüen algo más.

—Lo que está claro es que Vivian Lestrange conocía bastante

bien Australia, o por lo menos escribía como si la conociera —dijo Warner—. Nunca se sabe. Es posible que las piezas de la historia encajen de una forma que no habíamos previsto.

—No olvidemos tampoco que Eleanor Clarke conocía Australia, y podía haber escrito con conocimientos de primera mano —dijo Bond.

Warner asintió con la cabeza.

—Le doy la razón —dijo—. No crea que intento banalizar su teoría. Ha formulado usted su razonamiento de una forma científica, y hasta ahora, nada de lo que ha descubierto en sus investigaciones invalida su teoría original. Si consideramos que Eleanor Clarke es una mujer con una extraordinaria capacidad literaria, puede haber hecho lo que usted sugiere. Primero escribió *El caso Charterhouse*, y una vez publicada la novela, cuando había alcanzado un enorme éxito, preparó el plan para el asunto de la doble personalidad. Aprendió a escribir con la mano izquierda y reclutó a la señora Fife como su cómplice. Como había abierto su cuenta bancaria con las referencias de la editorial para borrar su rastro, alquiló Temple Grove y se inventó a Thomas Browne. Mientras tanto vivía en un lugar cercano y acudía todas las mañanas a Temple Grove como si fuera la secretaria. No es imposible que hiciera todo eso, pero de ser verdad esta mujer es extraordinaria. Es un plan muy complicado y con un desarrollo muy largo. Si lo ha llevado a cabo como usted sugiere, tiene que haber algún motivo que desconocemos todavía.

—He estado leyendo las novelas de Lestrange —dijo Bond—. No pretendo decir que mi juicio en materia literaria sea gran cosa, ya sé que no, pero no puedo evitar pensar que solo una mente retorcida y brillante sería capaz de idear esas historias. Si Eleanor Clarke inventó los misterios de Lestrange, este jueguecito sería para ella coser y cantar. Las novelas son magníficas, todo está calculado y previsto hasta el más mínimo detalle. No hay ningún cabo suelto, por lo menos en lo que yo he podido observar. Si las comparamos con las novelas de misterio corrientes, la diferencia es sorprendente.

—Tiene usted toda la razón, Bond —respondió Warner—. Sigamos ahora con el razonamiento basado en su supuesto de que Eleanor Clarke es Vivian Lestrange y viceversa. Pongamos que consideramos que el asunto no es más que una broma pesada que

nos ha gastado una persona para reírse de nosotros. Por lo tanto, no seguimos investigando. ¿Cree que la situación se detendría aquí, que el caso simplemente chisporrotearía y se apagaría como un petardo mojado?

—¡Maldita sea, claro que no! —protestó indignado Bond—. ¡Lo entiendo perfectamente! Le auguro que el próximo paso de la señorita Clarke será acudir a la prensa para ponerla de su parte. ¡Imagínese los titulares! «¿Dónde está Vivian Lestrange? ¡La policía aletargada! ¡Un famoso autor víctima de un crimen!». ¡Qué diablos, nos tiene en sus manos! —se lamentó—. Y nos hará bailar al son de su música hasta que se canse de nosotros.

Warner asintió.

—Una vez más, tiene usted toda la razón. Si queremos salir bien parados, es preciso que profundicemos en esta historia hasta que averigüemos si es falsa o verdadera. Es indispensable, sobre todo si alguien acude a la prensa. Admito que, si su teoría es cierta, esto le proporcionará a esa joven la publicidad que busca. Sin embargo, hay un inconveniente. Si ella se mantiene en sus trece, no podrá beneficiarse económicamente. No podrá embolsarse los derechos de autor de Lestrange ni seguir escribiendo libros de Lestrange. De alguna forma, habrá caído en su propia trampa.

—Le resultará sencillo salir del aprieto —dijo Bond en tono taciturno—. Cuando tenga a toda la prensa pendiente de ella, sufrirá una crisis nerviosa y cuando se recupere dirá que todo se debía a un episodio de amnesia y que después de todo sí que es Vivian Lestrange, y que si la policía hiciera bien su trabajo se habrían dado cuenta desde el principio de que estaba enferma.

Warner soltó una carcajada.

—Le había menospreciado, Bond. Pensaba que era usted uno de esos tipos prácticos y cabezotas que no se permitían dar alas a su imaginación. Pero usted no es solo un buen observador de los hechos, sino que puede imaginar cómo evolucionan. No se preocupe acerca de la capacidad de la señorita Clarke para el engaño. Me ocuparé de que haga una declaración bajo juramento, y si se demuestra que ha mentido, puede acabar en el banquillo acusada de perjurio. Además, haré que la examinen un neurólogo y un alienista.

Si está mintiendo, puede encontrarse con que la mentira se vuelve contra ella. Es el procedimiento en el caso de que su teoría se revele cierta, y el veredicto es «quien ríe el último ríe mejor». Ahora exploremos la teoría opuesta.

—De acuerdo —dijo Bond, ya más apaciguado—. Estoy dispuesto a mirar este caso desde todos los ángulos posibles con tal de que esa astuta mujer no se salga con la suya.

—No se saldrá con la suya, se lo prometo —dijo Warner—. Supongamos ahora que Vivian Lestrange es un hombre alto y con barba de unos cincuenta años con un deseo enfermizo de permanecer oculto, no solo a sus editores, sino a cualquier posible observador. Si damos por hecho que ese hombre existe, ¿qué podemos deducir a partir de los datos que tenemos?

Bond se incorporó en la silla y enderezó las anchas espaldas.

—En primer lugar, ningún hombre mental y físicamente sano se escondería de esa manera salvo que tuviera miedo de algo —empezó—. O Vivian Lestrange le ha hecho algo muy grave a alguien y tiene miedo de recibir su merecido, o tiene miedo de la justicia. Sus libros son tan inteligentes y cuerdos que nadie los puede atribuir a un loco escapado del manicomio, pero no podemos descartar la teoría de que sea un delincuente que se esconde de la justicia.

—Excelente —dijo Warner—. Ha hecho un buen resumen de los posibles escenarios. Me recuerda a ese caso del mes pasado en Southend, cuando se descubrió a un abogado moroso que llevaba una vida tranquila como escritor. Antes de que lo identificaran, también había tenido bastante éxito como autor. Supongamos, para seguir con este hilo, que Lestrange hubiera cometido una estafa o cualquier otro tipo de delito antes de ponerse a escribir. Es posible que alguien lo identificara a partir de algún dato en sus libros y le siguiera la pista hasta sus editores. Por más que en Langston's respetaran el deseo de anonimato de su autor, algún empleado debía conocer la dirección y pudo irse de la lengua. Y luego está el ama de llaves desaparecida, claro, no debemos olvidarnos de ella. ¿Qué podemos concluir de estos supuestos?

—Que siguieron la pista de Lestrange hasta Temple Grove, le dispararon a través de la ventana y se lo llevaron, ya fuera vivo o

muerto.

—Exactamente —dijo Warner—, aunque deberíamos considerar la posibilidad de que escapara al descubrir que su secreto había dejado de serlo. Los puntos principales en este aspecto del caso son el agujero en la ventana y el estado del estudio, que demuestra que alguien lo limpió a fondo para borrar cualquier huella que indicara que se había cometido un crimen.

Esta vez fue Bond el que soltó una carcajada.

—No soy en absoluto un hombre sediento de sangre —dijo—. Detesto los asesinatos y detesto a los asesinos, pero debo admitir que el hallazgo de un cadáver barbudo sería un estímulo para mi saturada mente.

Warner sonrió. Había llegado a la conclusión de que Bond le caía bien. Tenía una mente lógica, hacía un trabajo concienzudo y no carecía tanto de imaginación como aparentaba.

—El estímulo en cuestión no es más que una posibilidad remota de momento —dijo—. Pero lo tendremos en cuenta. Y ahora dígame, a juzgar por su informe, Temple Grove no parece una casa donde se pueda entrar a robar fácilmente. Se puede pasar al otro lado de los muros con escaleras, pero las escaleras son un engorro importante para un hombre cuya vida dependerá probablemente de su capacidad de pasar inadvertido. Creo probable que el enemigo de Lestrange entrara en el jardín por la puerta que se abre en el muro, y esto requiere de la colaboración de la señora Fife, suponiendo que la señorita Clarke no mintiera al decirnos que no tenía las llaves. Si el intruso tenía la llave del jardín, es muy probable que tuviera también la de la casa. Veamos ahora el hipotético disparo. Tenemos varios escenarios posibles. Tal vez el intruso entró por la puerta del estudio y disparó a Lestrange mientras este estaba ante su mesa de trabajo. También es posible que le disparara a través de la ventana. Otra teoría sería que Lestrange viera al visitante y disparara contra él. Entiendo que no hay forma de determinar si el disparo provenía del interior o del exterior, ¿no es así?

Bond sacudió la cabeza.

—Imposible saberlo. No hay fragmentos de vidrio en el suelo del estudio ni en el camino exterior. Ambas superficies han sido

limpiadas a fondo.

Warner reflexionó un momento.

—El siguiente paso en la reconstrucción de los hechos implica un cadáver del que es preciso deshacerse —dijo al cabo de un rato—. Me parece poco probable que uno de los duelistas, por así llamarlos, resultara herido y se limitara a salir de allí. De haber resultado herido Lestrange, la única persona que hubiese podido ayudarle sería el ama de llaves...

—La misma que podría haberle disparado..., imposible saberlo.

—¡Por Dios! Menudo enredo —se lamentó Warner—. En cualquier caso, la señora Fife tiene que haber sido cómplice. Vamos a ceñirnos de momento a las posibilidades más evidentes, Bond, o nos hundiremos en un cenagal de suposiciones. O bien Lestrange recibió un disparo y el ama de llaves le ayudó a deshacerse del cadáver, o bien fue Lestrange quien disparó al intruso.

—¿Y el ama de llaves colaboró igualmente? —sugirió Bond en tono inocente.

—Muy bien —dijo Warner—. Dejémoslo así. Otra posibilidad es que hubiera un cadáver, desconocido, y un ama de llaves que ayudara a hacerlo desaparecer. El paso siguiente sería la limpieza de primavera. Viendo lo bien que se hizo, deduzco que fue una iniciativa femenina. También tuvo que haber alguien esperando fuera en un coche, alguien vigilando la carretera y alguien que ayudara a meter rápidamente el cuerpo inanimado en dicho coche..., que podía ser un amplio sedán o, todavía mejor, un bonito coche de paseo con asientos tapizados de tela resistente al agua con botones. Nadie se atrevería a preguntar qué hay bajo la tela.

»Si aprueban la ley de sedición, nos habrá tocado la lotería..., la tapicería de los lujosos Packard despierta mis instintos detectivescos. Soy capaz de ponerme a buscar libros sediciosos o cadáveres ocultos a cualquier hora del día o de la noche. Lo siento. Esto ha sido una digresión.

—Así es —replicó fríamente Bond—. Que sepamos, Vivian Lestrange no tenía coche. Y sería demasiado arriesgado comprar uno a toda prisa.

—¿Y esas cuatrocientas libras? —preguntó burlonamente Warner

—. ¿Pagar a tocateja sin que te hagan preguntas? Tal vez un Rolls Royce de 1920 o un Daimler de segunda mano. Mi departamento podría ocuparse de hacer las investigaciones oportunas.

—Me parece que nos aventuramos demasiado —dijo Bond—, pero si aceptamos que hay un cadáver y no hemos encontrado ninguno en la casa, mi teoría es que el intruso efectuó el disparo y que el coche estaba preparado de antemano. Si Lestrange hubiera matado a alguien en su propia casa con la colaboración de la señora Fife, podría haber enterrado el cadáver en el jardín y haberse marchado tranquilamente, con previo aviso a su secretaria de que se iba al extranjero por motivos de salud.

—Sí —dijo Warner pensativo—. Es como un juego de sustituciones y transformaciones...; las posibilidades son tantas que podríamos pasarnos toda una vida enumerándolas. Menuda historia podría haber escrito Lestrange con este material... Mientras tanto, ¿tienen sus hombres alguna información sobre automóviles frente a Temple Grove o sobre cualquier indicio de movimiento en la casa durante el fin de semana?

Bond negó con la cabeza.

—Nada en absoluto. La señorita Clarke dice que salió de la casa el sábado a las cinco y media de la tarde y llegó a su apartamento diez minutos después. No volvió a salir hasta el domingo por la tarde para, según dice, dar un paseo hasta Ken Wood. Alrededor de las cuatro y media la vieron entrar en su apartamento de Clare Court, pero eso es todo lo que he podido confirmar acerca de su declaración. La señora Fife estuvo en Temple Grove todo el sábado por la tarde, como ya le he contado que solía hacer, y se marchó a la hora acostumbrada. No hay ni un solo detalle que sugiera algo anómalo durante el fin de semana. Ni los vecinos ni los guardias de tráfico nos han señalado nada raro.

—Bien, ya hemos explorado lo desconocido con el vehículo de nuestra imaginación —dijo Warner en tono animoso—. Ahora tenemos que concentrarnos en lo que sabemos sobre la señorita Clarke y la señora Fife. Primero contactaré con los gurús de la psicología para que investiguen la fértil mente de nuestra informante. Cuando den a conocer su informe sobre ella, la prensa

debería ponerse de nuestra parte. Le felicito por el tremendo trabajo que ha llevado a cabo, Bond. Ha hecho una fantástica labor preparatoria. Será interesante ver si lo que tenemos entre manos requiere un análisis psicológico, es un caso de perjurio o de asesinato.

Bond se levantó de la silla con un suspiro.

—Bueno, si se trata de un caso de asesinato, necesitaría un cadáver para seguir trabajando —dijo—. Una investigación es un asunto lógico, limpio y ordenado. Detesto estos jueguecitos absurdos.

Warner canturreó:

—Dijo Bond: "En una investigación quiero que todo esté limpio y ordenado. Tanta indefinición me produce incomprensión. Necesito un cadáver diseccionado"».

—¿Cree que el *Morning Post* me daría un dinerito por esto, como aportación al poema humorístico de la semana? El crimen sin cadáver, policías demasiado crédulos, nuestros criminales fantasmas y todo eso...

Bond resopló.

—Y como inspector jefe una persona como la señorita Clarke —añadió—. Confío en que le guste. Los gustos son muy personales.

—*De gustibus*... Estoy seguro de que me gustará. ¡Clarke de Clare Court, por supuesto! El método aliterativo es de una gran lucidez...; hay que crear patrones, como diría Ellery Queen. ¡Muy bien, Bond! Pondré en marcha el tema de los psicópatas para asegurar el tanto.

—Muy bien, señor —dijo Bond sin entusiasmo, y abandonó el lugar sin una sonrisa.

CAPÍTULO V

—Nos ha planteado usted un problema muy espinoso, señorita Clarke —dijo el inspector jefe Warner dedicando una amistosa sonrisa a la mujer a la que había descrito como la «seudoautora».

Como prefería estudiar a la gente en su entorno personal, Warner se presentó sin previo aviso en casa de Eleanor Clarke el martes por la mañana, justo una semana después de que ella hubiera hecho su primera declaración al inspector Bond. La mujer se mostró serena, sin signos de nerviosismo. Sentada frente a él en el pequeño salón del apartamento, clavaba en el inspector jefe sus penetrantes ojos grises.

—Puesto que los problemas son su especialidad, podría empezar por considerar el hecho de que esta situación ha sido un problema para mí —le dijo con sequedad—. Tengo que ganarme la vida y estaba muy contenta con el empleo que tenía. Me enfrento a la pérdida de mi empleo sin ningún testimonio ni referencia que me ayude a conseguir otro, y al dilema de quebrantar la promesa hecha a mi jefe o convertirme en una sospechosa a ojos de la policía en caso de que haya habido un accidente, o incluso un crimen, en Temple Grove. Es un problema muy espinoso. Me incliné por hacer lo que me pareció más sensato y ahora me veo como sospechosa de ser una impostora, un caso psicológico o una loca.

»No sé si servirá de algo asegurarle que esas sospechas son infundadas. El inspector Bond no cree una sola palabra de lo que le he contado, y no tengo manera de demostrar que he dicho la verdad.

—Tal como yo lo veo, no podría haber hecho usted una mejor introducción a esta charla —dijo Warner con amabilidad—. Comprendo muy bien su punto de vista y creo que podemos

simplificar algunos aspectos del problema si colabora con nosotros. No me parece usted una persona psicológicamente frágil, y mucho menos una loca, pero yo soy un profano y mi opinión no es relevante, en realidad.

Eleanor Clarke rio abiertamente.

—Es usted una bocanada de aire fresco —dijo—. Me gusta la gente que dice lo que piensa, y deduzco que quiere usted la opinión de un experto sobre mi estado mental, ¿no? Estoy dispuesta a colaborar con ustedes, siempre que no me internen en un centro psiquiátrico sin justificación alguna.

—Detestaría hacer semejante cosa —replicó Warner—, y estoy convencido además de que es más difícil ingresar a alguien cuerdo en un frenopático que sacar de allí a un perturbado. Quiero que se instale en la situación de una testigo de cuya buena fe no hay ninguna duda. Sugiero que, en primer lugar, consulte con un psicólogo especializado. Estoy convencido de que le extenderá un certificado de buen estado mental desde su punto de vista. Una breve entrevista con el psiquiatra convencerá al facultativo, de nuevo, hablo con total convicción, de que no tiene nada que hacer en su caso.

—¡Qué bien lo explica! —exclamó ella, y una sonrisa volvió a iluminar su semblante—. Estoy dispuesta a acceder, porque no me asusta en absoluto que me tomen por una enferma mental, salvo si quien me evalúa está mentalmente enfermo. Entiendo que su departamento se hará cargo de los gastos. Y en cuanto a la sugerencia de que soy una impostora, ¿es cierto que tienen ustedes un aparato parecido a un tensiómetro que hace sonar una campanilla eléctrica cuando el sujeto examinado miente? Un veritómetro, por darle un nombre.

—Me temo que todavía no lo tenemos, no —dijo Warner—. Y cualquier paso en esa dirección nos llevaría a un debate con los filósofos y a la inmortal pregunta de un irónico Poncio Pilato... Nuestro procedimiento en estos casos no está en absoluto a prueba de errores, pero es todo lo que podemos hacer por el momento. Usted hace una declaración de su testimonio bajo juramento ante un comisionado especial y nosotros investigamos a fondo su

declaración. En caso de discrepancias, la llevamos a juicio por perjurio.

—Comprendo —dijo Eleanor Clarke—. Como usted dice, es un *pis-aller*, pero estoy dispuesta a complacerle, aunque no puedo prometerle nada en cuanto a brindarle una condena...

—No se preocupe por eso —dijo Warner con seriedad. Estaba disfrutando de la conversación, y la tranquila frivolidad de su interlocutora le resultaba divertida, en tanto que a Bond simplemente le irritaba—. Siempre resulta difícil analizar a alguien con objetividad —continuó—, porque, aunque intentemos ser imparciales, todos tenemos el sesgo de nuestras convicciones. Ahora ha puesto en nuestras manos la tarea de encontrar a Vivian Lestrange..., todo se reduce a esto, ¿no le parece?

—Expréselo así si quiere —respondió ella—. Cuando fui a comisaría lo hice por dos motivos. Quería hacer algo para ayudar al señor Lestrange, suponiendo que hubiera sufrido algún tipo de agresión, y quería aclarar mi situación con la policía en caso de que hubiera algún problema en el futuro.

—Sí. Lo entiendo perfectamente —dijo Warner—, y desde el principio le resultó inquietante que Bond sostuviera, basándose en una teoría bastante comprensible, que usted y Vivian Lestrange eran la misma persona. En lo que a mí respecta, mi propio sesgo personal me lleva a ver el caso desde otro punto de vista. Yo no puedo creer que una mujer sea la autora de *El caso Charterhouse* o de cualquiera de los otros libros de Lestrange. En este sentido, no temo que la hallen culpable de perjurio. Si se demuestra que estoy en un error, mi *amour propre* sufrirá un severo golpe.

De nuevo Eleanor rio de corazón.

—¡Otra vez la inevitable manzana de la discordia! —replicó—. No le haré perder el tiempo discutiendo sobre este asunto, pero empiezo a lamentar tener la misma inclinación que mis padres. Imagínese los buenos ratos que habría vivido si me hubiera hecho pasar públicamente por el señor Lestrange. Me habría resultado sencillo, ¡y qué molestos se sentirían todos esos literatos aficionados al ver cómo se derrumbaban sus absurdas teorías sobre el estilo literario masculino!

—¡Exactamente! —se apresuró a asentir Warner—. Por lo que yo alcanzo a ver, su actual situación no le beneficia en nada, y por ello estoy aquí reuniendo pruebas acerca de un hombre que a mi entender existió y que, según la alegación, ha desaparecido por completo.

—Qué bendita palabra, «alegación» —murmuró Eleanor Clarke, enarcando sus finas cejas—. De todas formas, puesto que está dispuesto a tomarse mis alegaciones en serio, le garantizo mi cooperación en la relajada investigación que propone.

Los ojos de Warner brillaban con picardía cuando respondió:

—Y ahora que hemos despejado el terreno, ¡pongámonos manos a la obra! Durante tres años ha sido la secretaria de Vivian Lestrange, y me aventuro a suponer que es usted una persona observadora. Quiero que me diga todo lo que sabe o ha podido deducir acerca de su jefe. Puede añadir tantos detalles como desee. Soy un buen oyente.

Antes de responder, Eleanor Clarke encendió un cigarrillo con expresión pensativa, empujó el paquete de cigarrillos sobre la mesa hacia Warner y esperó a que él encendiera un pitillo para empezar a hablar.

—El señor Lestrange es un hombre de unos cincuenta años —dijo —. Mide alrededor de un metro ochenta de estatura, pero va bastante encorvado. De joven debió de tener una buena planta, pero ahora cojea un poco y se mueve con torpeza. Yo diría que su cojera y su rigidez se deben al reumatismo o a una artritis incipiente más que a una herida, porque había días en que se movía mucho mejor que otros. En sus días malos solía llevar una bata gruesa y le gustaba tener la habitación a una temperatura demasiado alta para mi gusto. Tiene una voz agradable, grave y profunda, con cierto titubeo, no un tartamudeo, al inicio de las frases. Por su voz yo lo clasificaría como un hombre de universidad, probablemente de Oxford. En una ocasión intenté despejar esa duda hablando con entusiasmo de Cambridge. Lo único que descubrí es que conocía bien ambos lugares.

Warner rio entre dientes y Eleanor Clarke siguió hablando:

—Tal como le expliqué al inspector Bond, al principio de trabajar

en Temple Grove pensé que el señor Lestrange era un tipo muy raro. El énfasis que ponía en el anonimato me resultó algo patético. Además, era muy puntilloso con el orden de los objetos en su estudio, quería que todo estuviera siempre exactamente en el mismo lugar.

Warner escribió algo en la libreta de notas que había sacado cuando ella empezó a hablar.

—Creo que puedo adivinar lo que va a preguntarme: ¿estaban las cosas en su lugar habitual el lunes por la tarde? Sí, así es. No había nada fuera de lugar... Por supuesto, a medida que iba conociendo al señor Lestrange modifiqué mi primera impresión sobre él. Comprendí que sus libros eran tan conocidos que si su identidad y su dirección se hubieran hecho públicos tendría un sinfín de visitas y recibiría un alud de invitaciones que le horrorizarían, sencillamente. Creo que es un hombre sensible y tímido, y que apreciaba de verdad esa paz sin interrupciones que le aseguraba su estilo de vida.

—Sí —dijo Warner, recostándose todavía más en el respaldo—. Entiendo que se haya acostumbrado a una situación un tanto extraña hasta aceptarla como algo natural, pero cuando llegó a Temple Grove, ¿no se permitió algunas conjeturas sobre la situación? Le dijo a Bond que Lestrange no salía nunca de la casa ni recibía visitas, que nunca escribió ninguna carta personal. Eso le debió de parecer extraño.

—Por supuesto —dijo ella—. Y si le interesan mis conjeturas, se las contaré. En realidad, todas eran muy evidentes, incluida la teoría del convicto huido de la cárcel, de haber sido así no habría escrito su descripción de Dartmoor, ya que podía delatarle. No estaba loco, de eso no cabía duda, ya que tenía una mente especialmente clara, pero su presunta invalidez me intrigaba un poco. A casi todos los hombres inválidos les gusta que los médicos se ocupen de ellos, pero al señor Lestrange nunca le visitaban médicos en casa. El invierno pasado estuvo muy acatarrado y con fiebre, no cabía duda de que estaba bastante enfermo, pero se negó en redondo a llamar a un médico.

—¿Y qué decía acerca de esto el ama de llaves?

—¿La señora Fife? Siempre se mostró bastante huraña conmigo,

y cuando le dije que corría un riesgo al no llamar al doctor, me respondió con dureza que no era asunto mío. Añadió que sabía bastante sobre cuidados y que no necesitaba de mis consejos. Desde luego, parecía adorar al señor Lestrange y hacía cualquier cosa por él... Dígame, ¿ha averiguado dónde vive?

Warner negó con la cabeza.

—No, no hemos descubierto nada sobre ella. Al igual que su jefe, se ha desvanecido.

—La verdad es que todo este asunto es una pesadilla —dijo ella —. Sinceramente, tengo ganas de que me visite el psicoanalista, porque estoy empezando a dudar de mi cordura.

—¡Oh, no! No puede hacerme esto —protestó Warner en tono lastimero—. Además, tenemos un testimonio independiente que corrobora la existencia de la señora Fife. El chico de la verdulería la vio abriendo la puerta de Temple Grove para que usted entrara, de modo que no podemos suponer que la señora Fife sea otra faceta de su interesante personalidad.

—Le agradezco estas amables palabras —dijo Eleanor Clarke con una sonrisa aleteando en los labios—. Lamento ser tan aburrida. Siento que debería tener algo sorprendente que contarle, pero la vida en Temple Grove era de absoluta tranquilidad. Nunca pasaba nada emocionante, salvo en los libros de Vivian Lestrange.

—Dígame exactamente qué pasaba —dijo Warner—. Cuénteme cómo transcurría un día normal de trabajo.

—Llegaba cada mañana a las diez —explicó ella— y la señora Fife me abría la puerta. Subía las escaleras, me quitaba las prendas de abrigo y las dejaba en la habitación que me servía de vestidor, en la primera planta. Luego me dirigía al estudio y siempre encontraba al señor Lestrange trabajando ante su escritorio. En ocasiones me entregaba una pila de manuscritos que había escrito desde mi partida el día anterior; otras veces me pedía que le leyera en voz alta algunos de los capítulos ya mecanografiados y debatíamos sobre algunos puntos. Le gustaba examinar a fondo sus teorías sobre la caracterización de los personajes; a menudo daba vueltas a la forma de una oración y me pedía que consultara el Fowler y otros libros de referencia. He aquí un detalle que le puede resultar interesante —

dijo de repente—. Usted ha leído los libros del señor Lestrange y sabe que, además de tener un bello estilo literario, su inglés es siempre correcto. El primero le viene de un talento natural, el segundo de un trabajo muy exigente. Tenía una intuición natural para usar las palabras, pero a menudo percibí en él una extraña ignorancia sobre las normas que dictan su uso. Me preguntaba mi opinión sobre una gran variedad de temas, y luego me pedía que los verificara en un contexto.

—Eso está muy bien —dijo Warner en tono apreciativo—. No era un académico ni un perfeccionista por formación.

Eleanor Clarke encendió otro cigarrillo y continuó:

—Luego solía darme un fajo de cartas por contestar. Le escribía mucha gente, a la dirección de Langston's, claro, y las cartas podían ser de distintas categorías. Había notas de elogio o de crítica, invitaciones, solicitudes de entrevistas, peticiones de donativos y anuncios. De esas dos últimas categorías hacía caso omiso y a las restantes respondía aplicando siempre la misma fórmula, expresada en tercera persona. «El señor Vivian Lestrange agradece su misiva al señor Tal y Cual. Sus elogiosas palabras han sido motivo de gran satisfacción para el autor». Nunca vi que se alargara más en una carta, aunque recibía algunas realmente interesantes. Pero, bueno, volviendo a mi día de trabajo, siempre escribía a máquina en el estudio, y el sonido de las teclas no parecía importarle, aunque nunca me dejaron allí a solas. A la una de la tarde me iba normalmente a casa a comer y volvía al trabajo a las dos. A las cuatro, la señora Fife nos servía la merienda, siempre en una bandeja para él y otra para mí, y hablábamos un rato del trabajo que teníamos entre manos. En alguna ocasión intenté hacerle hablar de otros temas, las noticias de la prensa, política, religión o libros, pero el resultado era siempre el mismo: me alentaba a expresar mi opinión personal, me hacía mil preguntas, a veces muy astutas, y cerraba la conversación sin haber dicho nada de lo que pensaba. Normalmente yo me quedaba trabajando hasta las cinco y media, más o menos, y luego volvía a mi casa.

En este punto interrumpió su discurso por un momento, se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas y descansó la

barbilla en las manos. Reclinado en su silla, Warner la contemplaba como si fuera un amigo que hubiera pasado un momento para charlar un rato y la estudiaba con disimulo. Apreció su figura esbelta y refinada, la forma elegante de sus pies y sus manos y el estiloso efecto de su ajustado vestido azul marino con el cuellecito de algodón del que emergía un cuello muy bonito. El corte de pelo estilo *garçon* le sentaba de maravilla, y Warner pensó en lo elegante que resultaba en comparación con los elaborados rizos de «media melena» que tan a menudo estropeaban la apariencia de las mujeres modernas. Sin embargo, lo que le interesaba no era tanto su atractiva apariencia como la personalidad que a su entender había detrás. La bien dibujada cabeza, las cejas perfectamente parejas y los ojos de mirada seria pertenecían a una pensadora; los labios firmes y la enérgica mandíbula hablaban de determinación y grandes reservas de energía. Además, sabía estar inmóvil, sin vanas agitaciones, y cuando se movía sus gestos eran deliberados y controlados. Al apartar la mirada de la mujer para observar la habitación donde estaban, observó la misma nota de orden y elegancia. Paredes pintadas en un tono gris, adornadas con algunas litografías en color de la escuela posimpresionista, cuadros de flores de Gauguin y Van Gogh; mesas y sillas sencillas, estas últimas tapizadas de pana gris, con almohadones y cortinas de seda amarilla; una biblioteca baja y bien surtida, con libros en pequeño formato y en edición uniforme —Hardy, Conrad y Jane Austen, Trollope y George Eliot, además del verde oscuro de las últimas obras de Galsworthy—, todo encajaba perfectamente con la imagen de la mujer inteligente y reservada a la que pertenecían. En la sala, libre de adornos y baratijas, reinaba la pulcritud. El único adorno permitido era un ramo de tulipanes amarillos de largo tallo, y no parecía que tuviera gramófono ni aparato de radio.

Tras unos momentos de silencio, Eleanor Clarke se volvió de nuevo hacia Warner.

—Cuando el señor Lestrange me pidió que fuera a Langston’s y me hiciera pasar por él, le puse reparos diciéndole que era una acción claramente fraudulenta, pero él me explicó su punto de vista y me convenció. Me dijo que no había ninguna razón para que la

vida privada de un escritor se aireara por motivos publicitarios, como a menudo ocurre hoy, y que ni el público ni la editorial tienen por qué saber de un escritor más que lo que está contenido en su obra, y si Marriott solicitaba una entrevista personal para debatir sobre un párrafo controvertido era por simple curiosidad. Yo le respondí: «En ese caso, trátelo como tal y envíele una educada negativa», pero el señor Lestrange me aseguró que había dicho que no tantas veces a Marriott y a Bailley que a cada petición de entrevista se mostraban más insistentes. «Yo no pienso ir a verlos», me dijo con una especie de obstinación infantil. «He trabajado en paz y en silencio porque me gusta. No quiero tener que tratar con ellos. Hágalo como un favor y le estaré eternamente agradecido. Véalo como una broma; es usted joven y tiene sentido del humor, seguro que se divierte con ello. Saldrá de la situación sin problemas, ¡eso no me preocupa en absoluto!».

Se encogió de hombros y miró a Warner con actitud desafiante.

—Y fui, como ya sabe —dijo—. Me resultó todo muy fácil porque ya conocía la correspondencia entre el señor Lestrange y Langston's. Me lo pasé bien, no lo niego, pero también sentí cierta vergüenza, porque el señor Marriott se mostró encantador conmigo. Sin embargo, cuando después se lo conté todo al señor Lestrange, le pareció tan divertido y estaba tan encantado que ya no me preocupé más. Sabía que era un tipo raro, pero también era muy amable y divertido.

—Aun así, ¿no pensó que su comportamiento era lo bastante extraño como para requerir alguna explicación? —preguntó Warner —. No es justo pedirle a tu secretaria que haga este tipo de suplantaciones.

—Ya lo sé —dijo ella lentamente—. Sí que lo pensé, en el fondo sabía que tenía que haber algún motivo para tanto secretismo. Y eso es en parte lo que me llevó a presentarme en comisaría. Estaba asustada, aunque no sabría decirle qué es lo que me asusta.

Warner asintió.

—Imagino que esa fue la única vez en que hizo su exitosa suplantación de identidad, ¿no?

—¡Oh, no! Fui a cenar al piso del señor Marriott y me encontré

allí con el señor Ashe... Suena cada vez peor, ¿verdad? El señor Marriott escribió una carta encantadora dirigida a Vivian Lestrange Esq., como de costumbre, pero con una invitación para la señorita Lestrange... Tras debatirlo largo rato, aceptamos la invitación y resultó una velada de lo más estimulante y divertida... Ya entiendo que no fue muy honesto y que abusé de la hospitalidad del señor Marriott —dijo con tristeza—, pero no pude evitar pasármelo bien. No se me presentan muchas ocasiones de acudir a fiestas, ¡y esa fue muy entretenida! Era evidente que Michael Ashe no me creía, pero no podía decirlo abiertamente porque debía guardar las apariencias por respeto al señor Marriott y al señor Bailley, dos hombres encantadores, anticuados y de lo más puntillosos con la etiqueta. Me descubrí confiando con no encontrarme nunca a solas con Ashe, porque presiento que en tal caso no habría salido tan airosa de la situación.

—¿Por qué? —preguntó bruscamente Warner—. Si los dos editores la habían creído, ¿por qué no Ashe?

—En parte porque es un hombre muy pagado de sí mismo y no acepta ninguna opinión que no coincida con la suya, y en parte porque hay en él un elemento de brutalidad. Tiene un barniz de cortesía, pero si rascas un poco, asoma el tipo de hombre que me hace hervir la sangre de rabia, y cuando te enfadas bajas la guardia.

Warner asintió.

—Muy cierto. ¿El señor Lestrange expresó interés por la fiesta?

—¡Oh, desde luego! Quiso que se la contara en detalle y le divirtió mucho la conversación que le repetí tan literalmente como me fue posible. ¡Le hizo mucha gracia la forma en que me encaré con Ashe y pareció estar muy contento conmigo! De hecho, me subió de inmediato el salario, aunque le advertí que no pensaba volver a sustituirle.

—¿Y qué respondió a eso?

—Oh, soltó una carcajada y me dijo que lo había hecho tan bien que no harían falta más demostraciones. Creo que le complacía muchísimo haber podido engañarlos y se sentía muy satisfecho de su propia astucia.

Se hizo un momento de silencio entre los dos, hasta que Warner

declaró:

—Ha sido usted una estupenda testigo, señorita Clarke. Personalmente, encuentro su relato no solo interesante sino también convincente, y ahora le planteo la pregunta más importante de todas. ¿Tuvo alguna sospecha durante las últimas semanas de que pasara algo fuera de lo común en Temple Grove? ¿Cuando nadie le respondió al timbre el lunes por la mañana, se dijo usted: «Sabía que iba a pasar algo, y ahora que ha pasado no sé qué hacer»?

La señorita Clarke negó con la cabeza.

—No. Se lo puedo asegurar con total convicción. Tuve ese sentimiento algunas veces cuando empecé a trabajar allí. Lo he pasado mal trabajando en oficinas que detestaba, y llevaba dos meses sin empleo. Así que, cuando conseguí ese trabajo que me gustaba tanto, solía decirme a mí misma: «Esto es demasiado bueno para ser verdad. Supongo que a este hombre le falta un tornillo y que un día estallará todo»... Pero no fue así. Llevaba tres estupendos años trabajando allí y pasándolo muy bien, sin que las excentricidades del señor Lestrange me preocuparan en lo más mínimo. No, esto ocurrió precisamente cuando más seguridad tenía de que todo iba bien.

—¿Y qué cree que ocurrió?

—No sabía qué pensar. Se me aparecían horribles imágenes en las que ese hombre tan amable estaba tendido en el suelo, muerto o herido. La idea de que le hubiera pasado algo me causaba desazón.

«Si esto es puro teatro —se dijo Warner—, hay que reconocer que es una actriz excelente». En voz alta preguntó:

—¿Y qué papel le adjudicaba a la señora Fife en sus divagaciones?

—Desde luego, no el de alma caritativa —respondió—. No tengo nada contra ella, era un ama de llaves muy eficiente y parecía absolutamente fiel a su jefe, pero siempre sentí que no confiaba en mí... y tampoco me tenía simpatía. En consecuencia, yo tampoco se la tenía a ella. Cuando por las tardes salía de la casa, me parecía detectar en su rostro una mueca de satisfacción. Siempre se despedía educadamente con un «Buenas tardes, señorita», pero si hubiera dicho en voz alta lo que pensaba en realidad, habría sido

más bien «Por fin, qué alivio».

—Hay otra cosa que quiero preguntarle —dijo Warner—. ¿Qué vacaciones le daba su jefe?

—Por contrato tenía quince días al año, además de los días de fiesta oficiales —respondió Eleanor Clarke—. Pero estos dos últimos años me dieron un mes de vacaciones, las dos veces el mes de junio, porque yo quería viajar al extranjero. El señor Lestrange me pagó las dos veces el mes entero y me dio además un extra de cinco libras. ¡Ya se puede imaginar lo mucho que he lamentado perderlo!

—Por supuesto —dijo Warner comprensivo—. ¿Y qué hacía el señor Lestrange mientras usted estaba fuera?

—Nunca se lo pregunté y nunca me lo explicó. Siempre pensé que una de las cosas por las que me apreciaba era que me abstenía de hacerle preguntas.

Warner sonrió.

—Desde luego es una cualidad poco habitual —dijo—. En cambio, Bond y yo nos ganamos la vida haciendo preguntas y comparando las respuestas. A través de sus indagaciones, Bond ha averiguado que Temple Grove estuvo cerrado durante el mes en que usted estuvo ausente. Dondequiera que estuvieran el señor Lestrange y la señora Fife el pasado mes de junio, no fue en Temple Grove.

—¡Por todos los santos! —exclamó Eleanor Clarke—. ¿Y cómo lo averiguó?

—«Toc, toc. ¿Quién es? El cartero» —canturreó Warner—. En otras palabras, el repartidor de la leche conoce las vacaciones de todos los vecinos. No puedes dejar que veintiocho botellas de leche se acumulen en la entrada de tu casa. Tienes que suspender el reparto para que no suceda.

—¡Tonta de mí! —exclamó Eleanor Clarke—. Está claro que no tengo una mente detectivesca. Carezco del toque de imaginación que te lleva a preguntarte «cómo» y «por qué». Por eso no podría escribir novelas. No es por falta de palabras, sino por falta de ideas. Creo que sería capaz de escribir con el estilo de Vivian Lestrange por pura imitación, pero no podría tener ni una idea original. Puedo colocar las cosas en orden de forma bastante inteligente, pero no puedo crear nada nuevo.

—Si sabía que lo más probable era que el señor Lestrange se marchara de vacaciones, ¿no es posible que saliera por las tardes y los fines de semana, cuando usted no lo veía?

—Supongo que sí. Pero todo esto me ha desconcertado tanto que ya no sé qué pensar. ¿Por qué no pueden encontrar a la señora Fife? Es absurdo pensar que ha desaparecido sin más.

—Totalmente ridículo —asintió Warner—. Y puesto que no hemos encontrado ni rastro de ella, la única posibilidad es esta. No hemos sido capaces de obtener información alguna sobre una mujer que vivía de alquiler en Hampstead y que se fue recientemente, por la simple razón de que la señora Fife no vivía de alquiler en Hampstead. Nadie sabe dónde vivía por la simple razón de que vivía en Temple Grove.

—¡Por todos los santos! —exclamó Eleanor Clarke—. Pero... —dijo, y se detuvo a media frase.

—Exacto —dijo Warner con los ojos llenos de picardía—. Supongo que estaba encantada de que usted se marchara por la tarde y la dejara sola, en compañía de su señor.

—Esto es un cuento contado por un idiota —dijo Eleanor Clarke.

Warner rio con ganas.

—¿Y quién es el idiota, usted o yo?

—Ninguno de los dos, salvo si la vida nos convierte a todos en idiotas.

—Oh, me niego a creer eso —dijo Warner—. «Mi cabeza ensangrentada jamás se ha postrado».

—Si ha terminado ya con su exposición sobre el pensamiento inquisitorial y oracular, permítame que le ofrezca una taza de café. Tengo sed y la cabeza me da vueltas.

—Muchas gracias —dijo Warner—. Una taza de café sería ideal.

CAPÍTULO VI

Dos días después de la charla de Warner con Eleanor Clarke llegó a Scotland Yard la noticia del incendio en la casa de campo de *sir* Duncan Grant. Bond, convocado para informar a Warner de lo sucedido, parecía menos contrariado de lo que se había mostrado últimamente.

—Esto nos da algo en lo que ocuparnos —dijo en tono animado —. Esta última semana he estado dando más vueltas que una peonza sin llegar a ninguna conclusión.

—Si quería usted un cadáver del que ocuparse, ya tiene uno —dijo Warner—, aunque todavía es pronto para saber ver si el que nos han proporcionado en Ross nos ayudará en algo. Los fragmentos de huesos de un robusto *Homo sapiens* dejan mucho lugar a la imaginación.

Los hechos eran los siguientes. Un granjero llamado Lewis, que vivía en Kirkham-on-Wye, Herefordshire, había informado al policía local de un incendio en la casa de campo de *sir* Duncan Grant, una vieja casa de piedra en el valle del Wye.

La casa se levantaba a unos doscientos metros del río, en un claro del bosque que ascendía abruptamente desde los fértiles prados del río. Lewis cultivaba los pastizales del valle, propiedad de *sir* Duncan Grant, y de vez en cuando echaba una mirada a la cabaña —Kirkham Barns, se llamaba— en nombre del propietario.

Grant vivía en Ross y la casita de campo era su lugar de retiro algunos fines de semana, cuando aprovechaba para cazar y pescar en las aguas del Wye. Durante la mayor parte del año la cabaña estaba vacía, y como era vieja y un poco incómoda, los vecinos del minúsculo pueblecito de más arriba —Kirkham, en lo alto de los montes de la margen derecha del Wye— la menospreciaban un

poco.

Lewis caminaba por el sendero junto al río, examinando con ojo crítico sus pastizales y pensando en lo que haría con su ganado, cuando echó un vistazo hacia el claro donde se levantaba la casita y se quedó horrorizado. Bastaba ver las ventanas rotas y ennegrecidas y el agujero donde antes había estado el tejado para comprender lo ocurrido; Kirkham Barns había ardido por completo, tanto como lo permitían sus gruesas paredes de piedra. El granjero atravesó el prado, abrió la cancela del muro que rodeaba el jardín, se acercó a una de las ventanas y miró al interior. Le asaltó un acre olor a quemado, y comprobó que todo lo que podía quemarse había ardido hasta quedar reducido a fragmentos carbonizados. El tejado se había derrumbado y el cielo asomaba a través del hueco.

—Bueno, menudo destrozo, desde luego —dijo para sí—. Me pregunto quién..., uno de esos vagabundos, seguramente...

Con la vieja gorra echada hacia atrás, dejando al descubierto su pelo canoso, se rascó pensativo una oreja. Era una lástima ver una propiedad echada a perder, pero sabía que no había nada de valor allí. A ojos del poco imaginativo granjero, el hecho de que se tratara de una casa vieja le restaba valor.

—Menudo destrozo. —Fue su veredicto.

Acto seguido, dio media vuelta y continuó caminando junto a los prados.

Acabada su inspección, subió por la empinada ladera desde el valle junto al río hasta el pueblo en lo alto. Seguía pensando en su descubrimiento al ritmo de algún ocasional «¡Qué carajo!». Lewis se había organizado la mañana y no tenía ganas de cambiar sus planes. El policía más cercano vivía en Ledwain, a casi cinco kilómetros de distancia, pero una propiedad era una propiedad, y *sir* Duncan Grant era su arrendador. Lewis solucionó el problema enviando al «chico» a Ledwain en la bicicleta, con una notita donde informaba de lo ocurrido a Walsh, el agente de policía. Una vez hecho esto, Lewis prosiguió sus tareas matinales sin comunicar a nadie más su descubrimiento. Ningún vecino del pueblo iba a molestarse en bajar «la cuesta», como la llamaban, sin una razón de peso, y por otra parte el granjero, un hombre más bien hosco, prefería guardarse las

cosas para sí. Aquel mismo día por la tarde, llegó Walsh para inspeccionar la cabaña incendiada. Le pareció que era su deber redactar un informe completo, de modo que apartó los restos de la puerta principal y sacudió la cabeza al ver el suelo cubierto de apestosos restos: baldosas, el armazón de la cama y la vajilla, todo mezclado entre vigas carbonizadas y trozos desprendidos de yeso. La primera planta constaba de dos habitaciones. La pared divisoria —un muro de mampostería de más de sesenta centímetros de grueso, con la puerta en un extremo— seguía en pie. Echando una ojeada a las vigas carbonizadas que se extendían sobre su cabeza, Walsh atravesó con cautela el hueco de la puerta para pasar a la segunda habitación, que se había utilizado como cocina; del pequeño hornillo de petróleo sobre los adoquines solo quedaban unos restos retorcidos de metal. En el muro de piedra se abría el hueco de una amplia chimenea, y cuando Walsh se acercó a inspeccionar, ahogó un grito de consternación y estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse.

Cuarenta años de servicio en la policía rural no le habían preparado para un hallazgo como ese. Entre los trozos carbonizados de la chimenea se encontraban los restos de lo que había sido un ser humano. El fuego había convertido los restos en algo irreconocible. A Walsh le resultó imposible saber si esos fragmentos carbonizados pertenecían a un hombre o a una mujer, y no se esforzó por averiguarlo. Salió de la casa para respirar el aire fresco de la tarde de abril, se quitó el casco y se secó el sudor de la frente. Nunca se había encontrado con algo parecido y desde luego no le gustaba. De pie ante el río, meditó sobre el siguiente paso; alguien más importante que él tenía que investigar lo sucedido, pero por el momento no había nadie que pudiera hacer de mensajero. Kilómetros de pastos se extendían sin interrupción a ambos lados, y el lugar más cercano donde conseguir ayuda era Kirkham «en lo alto de la cuesta». Tras echar una desolada ojeada a la casa (le gustaría que todo hubiera sido producto de una alucinación), subió trabajosamente la cuesta y se encaminó a la granja de Lewis. Tras debatirlo un rato, Walsh logró convencer al poco dispuesto granjero de que enviara un mensaje al inspector de Ross. A continuación, el

policía volvió a bajar la cuesta para vigilar la casita en ruinas hasta que el inspector Foster se reunió con él. Para entonces, Walsh se había recuperado de la impresión del descubrimiento y había empezado a pensar. Era cierto —como sugirió Lewis— que un vagabundo podía haber pasado la noche en la cabaña, aunque en los valles junto al río había pocos vagabundos y muy esparcidos, pero ninguno habría dormido en el espacio de la chimenea, encima del mismo fuego que había encendido para calentarse.

«Alguien tiene que haber traído esto aquí», se dijo Walsh. Parecía menos problemático llamar «esto» a los restos humanos en lugar de «él» o «ella».

De resultas del descubrimiento se envió un mensaje a Scotland Yard informando del hallazgo de los restos irreconocibles de un varón en Kirkham Barns. El inspector jefe Warner había enviado «a todas las comisarías» un mensaje sobre la desaparición de un escritor, con una descripción tan detallada como permitía la declaración de Eleanor Clarke. Los superintendentes tenían la orden de comunicar de inmediato a Scotland Yard cualquier hallazgo que pudiera tener relación con el caso del hombre desaparecido.

Así fue como aconteció que Warner y Bond comentaran la noticia llegada de Ross y su posible relación con el caso que tenían entre manos.

—Iré allí directamente para hacer averiguaciones —dijo Warner —. Es un asunto bastante extraño, pero si Lestrange ha sido asesinado y su asesino está en libertad, prefiero encargar a un agente que vigile a la señorita Clarke. Es la única persona que nos puede dar alguna información, y por lo tanto es una auténtica amenaza para el asesino, si lo hubiera.

—Es muy cierto, sí —dijo Bond—, pero hay otro misterio por resolver, señor. Si Lestrange ha sido asesinado, parece razonable suponer que el ama de llaves está implicada. ¿Por qué la señora Fife no le envió un mensaje a la señorita Clarke diciéndole que no volviera a Temple Grove hasta nueva orden? No he parado de darle vueltas desde el principio.

—Los dos hemos estado tan entretenidos con esta parte de la historia como un perro con un hueso —dijo Warner—. Espero que

este hallazgo en Ross nos proporcione un nuevo ángulo de observación. Podría hacer muchas conjeturas diferentes sobre el caso de Temple Grove, pero no tenemos pruebas que nos permitan corroborarlas. Sin pruebas concretas, las conjeturas no nos llevan a ninguna parte.

—Bueno, en este caso hay una prueba bastante concreta —dijo Bond—. Esperemos que corrobore alguna de sus conjeturas, señor.

Dos interesantes novedades esperaban a Warner a su llegada a Ross. Al examinar los restos hallados en Kirkham Barns, el forense informó de que había encontrado una bala insertada en el cerebro. El segundo descubrimiento era todavía más interesante. Se hallaron restos de un robusto cuaderno con tapas de cuero que debía encontrarse en un bolsillo del fallecido y que se había salvado en parte de las llamas. Las tapas de cuero estaban carbonizadas y casi todas las páginas habían quedado reducidas a ceniza, pero en unas pocas hojas centrales del cuadernito quedaban restos de escritura. Tras ser tratados por un experto y fotografiados, Warner reconoció la letra extraña y enmarañada de Vivian Lestrange.

«Causa de la muerte... monóxido de carbono... cianhídrico...», eran algunas de las palabras que se podían descifrar, y luego «Varens muerto en...». El detective Foster estaba muy intrigado por esos fragmentos, pero Warner se limitó a encogerse de hombros.

—Si este es el cadáver de Lestrange, no podemos olvidar que era un escritor, y que su tema favorito era la novela de misterio. Estos apuntes se refieren seguramente al argumento de una novela o un relato corto. Sin embargo, no cabe duda de que es la letra de Lestrange, lo que relaciona el cadáver encontrado con el hipotético escritor que estamos buscando en Londres.

—¿Por qué hipotético? —preguntó Foster.

A lo que Warner respondió:

—La única persona que atestigua la existencia de Lestrange es su secretaria Eleanor Clarke. Aparte de ella, nadie lo ha visto. Bond, que ha trabajado conmigo, sigue sin creer en la buena fe de Eleanor Clarke. Su teoría es que la presunta secretaria es en realidad el novelista, y que toda su historia no es más que una astuta y cuidadosamente ideada tapadera.

—¡Bueno, que me aspen! —exclamó Foster—. Eso es un cuento chino. ¿Cómo explica entonces el cadáver encontrado en Kirkham? Salvo que la novelista liquidara a uno de sus amigos y luego se inventara un personaje que encajara en el papel.

Warner esbozó una sonrisa.

—Buena idea —dijo—, pero por el momento, y hasta que encuentre pruebas de lo contrario, voy a dar por buena la palabra de la joven y a suponer que lo que dice es verdad. Bien, antes de que nos pongamos en marcha, háble me un poco de esta casita y deme su opinión sobre lo ocurrido.

—Kirkham se encuentra a unos once kilómetros de Ross por carretera —empezó Foster— y a unos catorce kilómetros por el camino junto al río. Se puede llegar a la casa de dos maneras: o atravesando el pueblo de Kirkham y bajando la pendiente que llaman «la cuesta», o bien siguiendo el camino junto al río. Si su testigo dice la verdad, podemos concluir que a Lestrange lo mataron en Londres y que trajeron su cadáver aquí. Sin embargo, no puedo creer que alguien atravesara el pueblo en coche y subiera por la cuesta sin que nadie se diera cuenta. Es una cuesta muy empinada, que solo pueden subir y bajar los carros de caballos. Es cierto que ya no podemos asegurar que un vehículo moderno no pueda con esa pendiente, pero no creo que un automovilista se arriesgue a que a media subida se le caiga del coche un cargamento así. Nunca se ha visto a un coche bajando por la cuesta, y no creo que sea posible. Veamos otras alternativas. Hay una carretera junto al río que va de Ross a Tenbury, pero queda a casi cinco kilómetros de Kirkham. A partir de ahí hay que tomar un caminito, aunque es posible hacerlo en coche si conduces con cuidado, porque las cancelas a lo largo del camino son lo bastante anchas para dejar pasar un carro. La tercera posibilidad es ir en coche hasta Winyon, al otro lado del río, alquilar la vieja barca de Dick Barton y navegar hasta Kirkham Barns.

—¿Cree que eso es posible, teniendo en cuenta las circunstancias? —preguntó Warner, y su interlocutor asintió.

—Sí, creo que sería el sistema más fácil de los tres. Hay un sendero que sale de la carretera principal en Winyon y va directo al río atravesando la casa de campo de Barton, un viejo que está sordo

como una tapia y no oiría un coche por la noche. Sé que deja los remos en la barca por pura pereza, y ya le he dicho que un día le robarán el equipo entero. Subir en barca por el río puede llevarte media hora, porque tienes que remar a contracorriente, pero en la vieja barca de Barton no corres peligro.

—En cualquier caso, eso nos demuestra algo —dijo Warner—. Quien haya trasladado el cadáver a Kirkham Barns conocía perfectamente la zona. En otras palabras, en esta operación tiene que haber participado algún talento de por aquí.

—Tiene bastante razón —dijo Foster—. La casa queda oculta a la mayoría de la gente. Kirkham es un pueblo muy pequeño, solo tiene una docena de casas y carece de *pub* y de servicios para el viajero. Los carruajes no vienen porque la carretera es estrecha y los automóviles no vienen porque no se puede bajar al río en coche. Muy pocas personas conocen la existencia de la casita junto al río, solo los pescadores de caña, los vecinos del pueblo y *sir* Duncan Grant y sus amigos.

—Esto nos lleva a lo que he estado pensando durante el viaje —dijo Warner—. Necesitamos algunos datos sobre *sir* Duncan Grant. He buscado su nombre en el anuario de *Who's Who.* Tiene sesenta años, nacido en Monmouth, amasó una fortuna con las municiones durante la guerra. Fue nombrado caballero por sus servicios a la patria, se retiró tras convertir sus fundiciones de hierro en una empresa y ahora forma parte de la alta burguesía. Pone que ha tenido una «educación privada», lo que supongo que significa que es un hombre que se ha hecho a sí mismo, ¿estoy en lo cierto?

—Podemos resumirlo así —dijo Foster con una sonrisa—. De todas formas, ahora se encuentra fuera del país.

—Mejor para él —respondió Warner—. ¿Cuánto tiempo hace que tiene la cabaña?

—Después de que lo nombraran caballero compró unos terrenos, incluido Kirkham Barns, donde su abuelo había vivido y había criado a seis hijos. En algunos aspectos, Grant es un tipo muy agradable. Para empezar, no se avergüenza de sus orígenes modestos y le gusta quedarse solo en la cabaña, donde se cocina su propia comida, y llama a los vecinos del pueblo por su nombre de pila. Sus

rivales en el mundo de los negocios son los que destacan la otra cara de la moneda. Es un hombre duro como el metal, y a la hora de cobrar intereses aprieta las clavijas como nadie.

—Bueno, parece que ya conozco por encima los datos más relevantes —dijo Warner—. Si me lleva a la escena de los hechos, me gustaría imaginar cuál es la forma más plausible de transportar cadáveres de un distrito a otro.

Warner se sentó junto a Foster en el coche de la policía y pusieron rumbo a Kirkham. Tomaron la carretera principal hasta Monmouth y, a diez kilómetros más o menos, enfilaron por un camino estrecho y sin asfaltar que transcurría entre altos cercados. A medida que ascendían desde la orilla del río iban ganando unas magníficas vistas sobre el valle unos cien metros más abajo, con el plateado río Wye serpenteando, apareciendo y desapareciendo entre los árboles, ora convertido en una ancha extensión de agua, ora estrechándose hasta ser un canal plateado que se deslizaba rápidamente entre abruptas orillas. A ambos lados del valle el terreno se elevaba hasta convertirse en los altos montes que dibujaban la línea del horizonte, y más hacia el sur la inmensa silueta del Yat Rock levantaba sus escarpadas cumbres hacia el cielo. Warner aspiró con deleite el aire fresco.

—Esto me gusta —dijo—. Debe de haber buena pesca en las aguas de este río.

—Sí, la pesca es abundante —respondió Foster—, sobre todo hay salmón y trucha. *Sir* Duncan permite a algunos de sus aparceros pescar en estas aguas, y cuando el río baja lleno se puede ver al cartero y al herrero pescando buenas truchas. Ahora hay poca agua, por desgracia. Hace semanas que no llueve.

—Entonces, ¿es aficionado a pescar con caña? —preguntó Warner.

Y su interlocutor respondió:

—Sí, pero no me refería a eso. Si el río bajara más lleno, las orillas habrían estado húmedas y sabríamos por las huellas si un coche había circulado por el valle. Pero el heno está empezando a crecer y el suelo está seco y duro. De todas formas, si un coche hubiese ido de Tenbury a Kirkham Barns habría dejado alguna

huella, y no hay ninguna. Por eso me inclino por la teoría de la vieja barca de Barton.

El pueblo de Kirkham resultó ser todavía más pequeño de lo que Warner había esperado. Vio las dos granjas, seis casitas y otras dos más grandes, unas bonitas casas tradicionales, con su entramado de madera y sus ventanas divididas en pequeños paneles. Completaban el pueblecito una diminuta iglesia y una escuela más diminuta todavía. Warner preguntó cuántos niños iban a la escuela.

—Alrededor de una docena, a veces incluso menos —dijo Foster —. Supongo que la maestra de esta escuela tiene poco trabajo; vive en aquella casita más allá, un lugar encantador.

Dejaron el coche frente a la granja de Lewis y bajaron por la empinada cuesta. Warner comprendió por qué Foster había dicho que era imposible bajarla en coche. El terreno descendía con una inclinación que Warner calculó que sería del 25%, y el sendero estaba surcado por multitud de arroyuelos que indicaban por dónde corría el agua tras una tormenta. En algunas partes, el agua había arrastrado la tierra y las piedras sueltas, y la pura roca asomaba reluciente bajo el chorrito de agua que iba a descargar en la acequia de la parte este, ya que el desagüe se iba inclinando lateralmente por la pendiente. Prímulas, anémonas y violetas adornaban las márgenes del río y las blancas flores de los endrinos resaltaban entre el joven follaje de los avellanos y los alerces, estos últimos maravillosamente verdes a la suave luz del atardecer.

—Es un lugar precioso —dijo Warner—. Casi demasiado hermoso para ser verdad, teniendo en cuenta la velocidad a la que se ha urbanizado el campo. El viejo Grant tendrá un tremendo disgusto cuando sepa que se han cargado su cabaña. Si te has encariñado con un lugar así en el pasado, supongo que llegas a sentir una auténtica adoración.

—Cuenta con los medios para arreglarlo —repuso Foster con sentido práctico—. Y tendrá que hacerlo. Hay que traerlo todo por el río, porque los granjeros no permitirán que los camiones atraviesen sus prados y les estropeen el heno. Bueno, aquí la tenemos.

Con el techo caído y carbonizado, Kirkham Barns presentaba un aspecto desolado. Su silueta se recortaba contra el verde espléndido

de un bosque de alerces. Los tordos piaban en la arboleda, los conejos correteaban alegremente en el claro entre la cabaña y los árboles, y el borboteo del arroyo que bajaba por la ladera aportaba una música cantarina. Los ciruelos damascenos en plena floración refulgían con un blanco níveo en el jardincito. Warner dio salida a su emoción exclamando:

—¡Qué maldita lástima! Detesto los incendios, lo destruyen todo. —Luego recobró su instinto profesional—: ¿Tenemos idea de dónde se originó el incendio?

—He intentado averiguarlo —respondió Foster—, pero es difícil. En esta época del año no hay tareas que atraigan a los granjeros a los prados. En un par de semanas traerán a las vaquillas a pastar, pero ahora mismo no viene nadie. Los niños están en el colegio hasta las cuatro de la tarde, y luego tienen que ayudar a sus padres en casa. El domingo pasado ningún vecino del pueblo pasó por aquí, y nadie nos ha dado una información que pueda ayudarnos. Lo único que puedo decirle es que hasta el pasado domingo todo estaba bien. Debieron de prender fuego al lugar durante la noche y por la mañana ya estaba todo quemado. El viento ha soplado del norte toda la semana y se llevó el humo lejos del pueblo. He estado indagando al otro lado del río, por si hubiera habido humo durante el día, pero de momento no ha habido suerte.

Warner dirigió la mirada hacia los bosques al otro lado del valle, en la orilla opuesta del río. La única edificación que alcanzó a ver fue una baja y alargada en mitad de la cuesta. Foster siguió su mirada.

—Es Farwardine Manor —dijo—. Está deshabitada. Lleva años vacía.

—Los que vinieron a dejar un cadáver en esta cabaña sabían lo que hacían —dijo Warner—. Es seguramente el mejor lugar de toda Inglaterra para un trabajo así.

—Es posible, pero hay muchos detalles que me tienen perplejo —dijo Foster—. Quien lo hizo era consciente de que no pasaría mucho tiempo antes de que se descubriera; el cadáver iba a aparecer. Si yo lograra traer un cadáver hasta aquí, iría un poco más lejos y lo arrojaría a uno de esos agujeros tan profundos en las cuevas que hay más allá de Symonds Yat. Se quedaría allí hasta el juicio final.

Warner guardó silencio. Entró pensativo en la cabaña e inspeccionó el espacio abierto del hogar donde se encontró el cadáver.

—Es cuestión de utilizar la imaginación para explicar los hechos —dijo—. Uno de los problemas que se me ocurren es este: ¿por qué el asesino no preparó el escenario de modo que pensáramos que había sido un accidente? Si hubiera dejado el cadáver en el suelo, o sobre la mesa, habríamos deducido que un vagabundo se refugió aquí, encendió el hornillo de petróleo para calentarse y lo hizo caer mientras estaba dormido. El hecho de que encontráramos el cadáver en la chimenea descarta de entrada que fuera un accidente... ¿Cómo encaja este hecho en el caso? Los culpables no pretendían incendiar la casa, lo que querían era que la víctima quedara irreconocible y por eso decidieron quemar el cadáver. Prepararon la pira funeraria en el hueco de la chimenea de modo que pareciera un fuego normal y no despertara sospechas desde fuera. Dice usted que Grant está fuera del país. Si la cabaña no hubiera ardido hasta los cimientos, nadie habría venido a investigar hasta que Grant apareciera para pasar un fin de semana, y entonces habría descubierto el cadáver... Sabe, tengo cierta esperanza de que Grant nos sea de ayuda. No eligieron esta cabaña porque sí, todo esto ha estado cuidadosamente calculado.

—Su idea sobre la chimenea es muy sensata —dijo Foster—. Tiene un hueco lo bastante grande como para asar un buey. Si está en lo cierto, es posible que el asesino se excediera al poner parafina o petróleo en los troncos antes de encender el fuego, con lo que la deflagración, mucho más grande de lo esperado, se le descontroló y las llamas acabaron devorando la casa.

—Otro punto que considerar —dijo Warner—. ¿Cree usted que esto lo pudo hacer un hombre solo?

Foster meditó un instante.

—Para hacerlo sin ayuda tendría que ser un hombre bastante fuerte —dijo—. Los cadáveres no son fáciles de transportar, y este debía de tener un peso considerable, por lo menos ochenta y cuatro kilos.

Warner asintió. Seguido de su acompañante, recorrió la

ennegrecida cabaña y echó un vistazo a las gruesas paredes.

—¿Qué antigüedad le calcula a esta cabaña? —le preguntó.

—Trescientos años más o menos, probablemente más —respondió Foster, y añadió—: Me pregunto si yo tendría la fuerza necesaria para meterlo a usted en una barca y colocarlo en el hueco de la chimenea.

—Eso depende de si conoce bien la técnica de los bomberos para cargar con un cuerpo inerte —dijo Warner—, pero no sería fácil. En este caso tenemos que suponer que a Lestrange lo mataron de un tiro en su estudio de Temple Grove y a continuación metieron el cadáver en un coche que les esperaba aparcado. En mi opinión, eso requiere de dos personas, una para vigilar y otra para cargar con el cadáver. Claro que es posible que me equivoque, porque Temple Grove es el callejón sin salida más tranquilo de Londres. A continuación, probablemente el domingo por la noche, llevaron en coche el cadáver de Lestrange a Ross. Aunque, espere un momento... Si el individuo se dirigió hacia el oeste el domingo por la noche, tendría que haber estado dando vueltas por aquí durante gran parte del lunes, porque no podía encender la hoguera en pleno día.

Los dos hombres contemplaban el río inmersos en sus pensamientos. Warner fue el primero en romper el silencio:

—Al ocultar su identidad con tanto celo, me pregunto si Vivian Lestrange era consciente de que no se ponía en manos de la suerte, sino de un asesino. En todos los casos de asesinato, la identidad de la víctima es el punto de partida de la investigación. Aquí solo tenemos un nombre. Hemos de dar con alguien que conociera al hombre detrás del nombre, y solo entonces podremos conectar nuestras pruebas con la víctima. Por lo menos podemos empezar por ahí: alguien que conocía a Vivian Lestrange conocía también esta cabaña, y dejó el cadáver como un obsequio para *sir* Duncan Grant... Vayamos a ver al viejo Barton y su barca y así mi imaginación tendrá algo más en lo que entretenerse. Luego quiero encontrar algún experto en la zona que recuerde los escándalos de toda una vida.

—¿Piensa que Vivian Lestrange era oriundo de esta comarca?

—No necesariamente, aunque en sus libros hay pruebas de que conocía bien la zona. Léalos y sabrá tanto como yo. Vivian Lestrange parece haberse materializado hace unos tres años, procedente de ninguna parte, y su carrera terminó bruscamente en Kirkham Barns. Tenemos que usar nuestra imaginación para explicar los pocos hechos que conocemos. De otra manera, no avanzaremos.

—Bueno, me alegra de que me eche usted una mano —respondió Foster—. Las conjeturas no son lo mío.

A continuación los dos hombres dieron la espalda al río y comenzaron a subir la empinada cuesta que llevaba al pueblo.

CAPÍTULO VII

Aquella misma tarde, después de cenar, Warner visitó al señor Vargon, un viejo abogado que vivía en una bonita casa en pleno campo al norte de Ross y al que le habían recomendado contactar. Scotland Yard es generalmente una excelente tarjeta de presentación para un hombre de ley en cualquier parte de Inglaterra, y Hilary Vargon resultó ser un caballero encantador que recibió a Warner muy amablemente. Era un hombre de un físico imponente, alto y delgado, de anchas espaldas bastante encorvadas, rostro estrecho y alargado, y una gran cabeza coronada por una abundante mata de pelo blanco. Vestía prendas holgadas de *tweed*, y Warner pensó que seguramente habría tenido el mismo aspecto vestido de académico en la sala de profesores de una universidad o embutido en unas botas de pescador para lanzar la caña al río. Tenía una voz de barítono, una especie de murmullo sordo que resultaba agradable al oído, y unos brillantes ojos azules que examinaron con atención al inspector jefe cuando estuvieron ambos sentados en amplias butacas frente a una chimenea donde ardía un buen fuego.

—Tengo entendido que ha venido atraído por nuestro cadáver local —dijo—. Es usted bienvenido. El asesinato es más popular en Londres que en esta comarca.

—Yo no diría eso —respondió Warner—. Lo que pasa es que nuestros criminales son algo más sutiles que los del oeste de Inglaterra. Acostumbran a complicar las cosas ocultando identidades. Estoy dispuesto a creer que el individuo que sus hombres han encontrado en Kirkham Barns es el mismo sobre el que me he estado estrujando el cerebro en Londres, pero de momento las pruebas son insuficientes. Si está usted dispuesto a oír mi parte de la historia, me gustaría saber si hay algo que le permita ver una

conexión con asuntos que hayan tenido lugar en esta parte del país.

—Adelante —dijo Vargon—. He tomado parte en muchos asuntos dudosos durante treinta años de práctica en este lugar del mundo, y he oído también algunas historias curiosas que no han llegado nunca a los tribunales. Otra cosa es que pueda ayudarle en el asunto que le ocupa, pero le aseguro que haré lo que pueda. Coja un puro si le apetece, y cuando quiera una copa tenemos el *whisky* a mano.

—¿Ha oído hablar de Vivian Lestrange? —preguntó Warner.

Y su interlocutor asintió.

—Sí, sí. Un hombre muy astuto.

—De acuerdo con la información que tenemos hasta el momento, la historia de Vivian Lestrange empezó hace algo más de tres años, cuando envió *El caso Charterhouse* a Langston's, los editores. Unos meses más tarde, Lestrange abrió una cuenta bancaria y alquiló una casa en Hampstead, Temple Grove. Poco después contrató a una secretaria llamada Eleanor Clarke que iba a su casa todos los días, y al parecer los dos trabajaron juntos en perfecta sintonía. A Lestrange no lo conocía nadie en el barrio donde vivía, al parecer no salía nunca de casa y no recibía visitas. Tenía tanto empeño en permanecer oculto que convenció a su secretaria para que lo suplantara ante sus editores. Solo había una persona más que frecuentara la casa, la señora Fife, que según los testimonios trabajaba a diario allí como ama de llaves, de ocho de la mañana a ocho de la tarde. El lunes de la semana pasada, la secretaria, la señorita Clarke, se presentó en la comisaría local diciendo que no podía entrar en la casa donde trabajaba, y que nadie conocía al ama de llaves en la dirección de Hampstead donde supuestamente residía. La posterior investigación policial evidenció que la casa estaba vacía y que tanto Lestrange como la señora Fife se habían volatilizado. La casa estaba impecable, la habían limpiado a fondo, y una puerta ventana que daba al jardín estaba abierta y tenía un agujero de bala en el cristal. Para acabar, según la señorita Clarke, Lestrange llevaba siempre guantes, escribía con la mano izquierda y se negaba en redondo a conocer en persona a sus propios editores. Hasta ahora no hemos encontrado ni rastro del ama de llaves ni de Lestrange..., salvo que los restos hallados en Kirkham Barns sean de

él. Lo que es indudable es que el cuadernito hallado junto a los restos tenía páginas escritas con la letra de Lestrange.

—Una historia muy original —murmuró Vargon con su voz profunda—. Casi tan original como las novelas de Lestrange.

Warner soltó una carcajada.

—Sí, señor, pero cuando un hombre posee una imaginación tan fértil como él, no tiene necesidad alguna de trucos como este para conseguir popularidad. A partir de esta versión de los hechos, ¿qué interpretación les daría usted?

—Es evidente que el hombre se escondía de alguien —dijo el abogado—. Es posible que tuviera una orden de arresto o se hubiera escapado de la cárcel, o tal vez se escondía por temor a la venganza de alguien a quien le había jugado una mala pasada.

—Pongamos esos puntos en orden —dijo Warner—. Hay órdenes de arresto que nunca han sido ejecutadas, pero, por lo que hemos podido averiguar, ninguno de los hombres sobre los que pesa una orden de arresto encaja con la descripción de Lestrange. Tampoco hay ningún caso de una fuga de prisión que haya resultado exitoso. El último punto es, por supuesto, el que queda por dilucidar. Yo añado otra posibilidad: que Lestrange sea, o haya sido, un hombre que haya cumplido su condena en la cárcel y quiera volver a empezar con una nueva identidad.

—Sí, es una deducción razonable —admitió Vargon—, pero el hecho de que viviera rodeado de secretismo parece indicar algún tipo de temor. Si un hombre ha cumplido su condena, no tiene nada que temer de la justicia; ha tenido su castigo y ha saldado sus deudas. En este caso parece como si su hombre se escondiera de una venganza privada.

—El hecho de que Lestrange llevara siempre guantes, si la señorita Clarke dice la verdad, es un detalle que merece consideración —dijo Warner—. O bien no quería dejar sus huellas dactilares, o bien sufría en las manos algún tipo de mutilación o de peculiaridad por la que podrían reconocerle. Tanto un motivo como otro indican que su temor a ser reconocido tenía relación con la policía. El inspector Bond, del barrio en cuestión, tiene otra teoría; dice que Vivian Lestrange y Eleanor Clarke son la misma persona, y

que la secretaria nos está tomando el pelo por razones que desconocemos.

—¿Significa eso que la secretaria escribió *El caso Charterhouse*? —rugió Vargon—. No lo creo. Esa novela la escribió un hombre.

—Es lo que yo pienso —dijo Warner—, pero no debemos olvidar que Langston's, los editores, que han tenido muchas más ocasiones que nosotros de enfrentarse a problemas similares, opinan que no se puede ser dogmático en este punto. Más de una mujer ha escrito haciéndose pasar por un hombre sin que su obra literaria delatara su secreto. De todas formas, no nos desviemos del tema. Parto de la base de que un hombre llamado Vivian Lestrange ha desaparecido y que su secretaria es por el momento la única persona que podría identificarlo. He venido a verle con la esperanza de que recuerde algún incidente relacionado con alguien de esta comarca que pueda tener un motivo para cometer un asesinato. Teniendo en cuenta que Lestrange estuvo probablemente en prisión o bien temió que le llegara una orden de arresto, ¿recuerda usted algún escándalo o pleito famoso en esta parte del país que fuera susceptible de acabar en asesinato?

Repantingado en la butaca, Vargon estiró sus largas piernas, entrelazó las manos detrás de la nuca a modo de cojín, con los delgados codos hacia arriba, y dirigió la mirada al techo.

—Es una petición de peso —dijo—, pero deme un momento para meditarla.

Permanecieron unos minutos en silencio. Mientras consumía su cigarro, Warner no dejaba de pensar en la casa del lejano Hampstead y se esforzaba en imaginar una explicación capaz de tender un puente entre el estudio de Temple Grove y la cabaña de Kirkham. Salió de su ensoñación cuando su anfitrión se incorporó de golpe en la butaca, golpeó con un puño cerrado la palma abierta de una mano y exclamó:

—¡Diablos! ¡Creo que ya lo tengo!

—¡Estupendo! —dijo Warner—. ¡El oráculo ha hablado! Le escucho.

—Es pura especulación, pero he recordado una historia que podría encajar en los hechos... En 1923 se ordenó el arresto de dos

hermanos, Edward y James Merstham. Vivían de rentas en una bonita casa cerca de Tintern y eran administradores de la herencia de un chico llamado Carlyon. El joven era hijo de un rico comerciante de Cardiff, Jesse Carlyon, un pariente de los Merstham. Al morir, Jesse Carlyon legó su fortuna a su único hijo, que entonces tenía diez años, y los hermanos Merstham eran los fideicomisarios encargados de administrar los bienes hasta que el chico alcanzara la mayoría de edad.

»Para resumir la historia, el chico murió en un accidente de caza y los hermanos Merstham tuvieron que dar cuenta de los detalles de su fideicomiso. Puede leer los detalles si quiere, pero los hechos relevantes fueron los siguientes. Había un descuadre de veinte mil libras en los títulos financieros de la herencia de Carlyon, lo que significaba que James y Edward Merstham se las habían arreglado para embolsarse el dinero. Edward fue arrestado, probado culpable y sentenciado a siete años de prisión. James salió limpio de cargos. Pues bien, uno de los puntos interesantes de esta historia es que Edward no solo se declaró "no culpable", sino que juró que había sido víctima de un doble juego de su hermano. Admitió que una parte de los títulos del fideicomiso habían sido vendidos, tras muchas deliberaciones entre él mismo, James y sus agentes de bolsa, a fin de reinvertir el dinero. La suma en cuestión se había ingresado en la cuenta de Edward bajo la etiqueta de "patrimonio Carlyon". Hasta aquí, todo correcto. El problema surgió porque ese dinero se retiró de la cuenta con un cheque firmado por los dos hermanos y se ingresó en la de un supuesto corredor de bolsa en Mincing Lane, de donde desapareció por completo junto con el corredor de bolsa y James Merstham. Esta es la historia a grandes rasgos. Creo que vale la pena estudiarla más a fondo por tres razones, al menos.

»Cuando oyó la sentencia, Edward Merstham hizo una declaración reiterando su inocencia y jurando que James, el auténtico culpable, recibiría un día el castigo por sus pecados. Otro punto es que los Merstham eran grandes aficionados a la pesca y que conocían bien este tramo del río cercano a Kirkham Barns. Por último, Edward Merstham salió de prisión hace unos cuatro años,

tras cumplir su sentencia.

—Muy bien —dijo Warner—. Parece que por fin hemos encontrado una historia que concuerde con los hechos. Al descubrir que el cuaderno hallado en la cabaña incendiada contenía escritos de Lestrange, supe que esta historia se había acotado lo suficiente como para que lográramos desenredar el ovillo. El número de personas que conocen la cabaña tiene que ser tan limitado que automáticamente hace que nuestra investigación sea más viable. Veamos ahora si podemos encajar a los hermanos Merstham en los hechos.

—Las autoridades de la prisión le proporcionarán todos los detalles que necesite acerca de Edward —dijo Vargon—, pero yo le puedo describir a los dos hermanos a grandes rasgos. En 1923 Edward tenía cuarenta años y James algunos menos. Los dos habían estado en la guerra; James en Mesopotamia y Salónica y Edward sin salir del país, porque sus condiciones físicas no eran demasiado buenas. Acabada la guerra, se instalaron en la casa que habían heredado de sus padres y se dedicaron a la habitual vida de dos caballeros que viven de rentas. Sin embargo, su prosperidad era superficial. Cuando se examinó el patrimonio Carlyon para la validación del testamento, se pensó que los bienes de los Merstham podrían cubrir el déficit. Se descubrió que los hermanos eran prácticamente insolventes, ya que la mayor parte del dinero de la herencia se había invertido en el extranjero; la mayor parte había desaparecido en Alemania y en Rusia, y el resto en malas inversiones en moneda extranjera. La impresión general era que los hermanos se habían embolsado parte del dinero de la herencia y que en cualquier caso tenían la idea de desaparecer. Cuando el joven Carlyon murió, James ya estaba fuera del país y Edward intentó darse a la fuga, pero fue detenido en París. De acuerdo con su declaración en el juicio, había ido en busca de James para averiguar lo ocurrido con el dinero en fideicomiso.

—¿Y qué opina usted del asunto? —preguntó Warner.

—Creo que James era el granuja activo y Edward el pasivo. En otras palabras, Edward sabía que James iba a cometer algo ilícito de lo que se beneficiarían los dos, y como era una especie de optimista

despistado, confiaba en que todo iría como la seda. La muerte inesperada del joven Carlyon fue lo que descubrió el pastel, por supuesto. Es lo que pasa tan a menudo: puedes manipular unos fondos durante años siempre que pagues los réditos, la auditoría inesperada es lo que te descubre. Edward alegó que habían falsificado su firma en aquellos talones, y es posible que fuera cierto, pero lo que no me acabo de creer es que fuera totalmente inocente.

»James tenía lo que hacía falta para organizar esa operación; era un tipo muy listo. Acostumbraba a..., por Dios, eso también le interesará. James Merstham acostumbraba a escribir, había firmado más de un artículo en el *Western Mail*: descripciones de paisajes, historias de pesca y algunas viejas historias románticas. Si mira los archivos del *Mail* de 1923, encontrará algunos artículos de James.

Sentado en la butaca y con un brillo de interés en los ojos, Warner inclinaba el cuerpo hacia su interlocutor para no perderse ni una sola palabra.

—Ya sé que no podemos extraer conclusiones demasiado pronto —dijo—, pero la teoría es tan buena que no puedo evitar ponerla a prueba. Digamos que James Merstham, tras retirarse con el dinero de su desfalco, se dedicó a escribir, una afición a la que ya se había dedicado cuando vivía en la comarca. Durante unos años se mantendría lejos de aquí, hasta que consideró que la policía había dejado de buscarle, entonces regresó y se dedicó en serio a la literatura. Su vida apartada podemos atribuirla a dos razones: el temor a la policía y el temor a su hermano Edward.

—Para completar la historia, supone usted que, pese a todas las precauciones de James..., ¡Edward acabó por encontrarlo, le descerrajó un tiro y trasladó su cadáver a los brezales de su infancia! —gruñó el abogado—. Si esta es su teoría, estoy dispuesto a señalar unos cuantos fallos.

—Adelante —propuso alegremente Warner—. Me será de gran ayuda.

—En primer lugar, no puedo imaginar a James Merstham, uno de los bribones más llenos de energía que he conocido, llevando una vida sedentaria de recluso —objetó Vargon—. James era un tipo activo, tan buen cazador como pescador y un mujeriego excepcional.

Me gustaría hacerle un par de preguntas sobre este tema a su secretaria.

Warner soltó una carcajada.

—Tendré en cuenta la objeción. La secretaria me parece una joven agradable y directa, y tengo la impresión de que dice la verdad, aunque no debemos olvidar que solo pudo ver una faceta de la situación. Parece evidente que su jefe pasaba muchas horas en casa y que trabajaba en el horario laboral. Pero nada le impedía salir por la noche o los fines de semana. Temple Grove se encuentra en uno de los callejones sin salida más tranquilos de Londres, y el hecho de que los vecinos nunca vieran salir o entrar a Lestrange no quiere decir nada. Otro dato que hay que tener en cuenta es el siguiente. No hemos encontrado ni rastro del ama de llaves, la señora Fife. Los policías de la zona han hecho todas las averiguaciones posibles, pero no han conseguido ninguna información. Mi conclusión, totalmente personal, es que la señora Fife vivía en Temple Grove, es decir, que vivía con Lestrange.

Los astutos ojos de Vargon relucieron de picardía.

—Una suposición bastante razonable, pero déjeme preguntarle: ¿dónde está ahora? —respondió—. Entiendo que solo había un cadáver en la chimenea, no dos.

—Solo uno —admitió Warner—. El caso del ama de llaves desaparecida parece conducirnos a una situación de «una de dos». O bien la mataron para que no hablara, o bien estaba en el ajo. Descubrió el secreto de Lestrange y se lo dijo, y ahora le pagan para que mantenga la boca cerrada.

—¿Y quién le paga? —preguntó Vargon.

—Edward Merstham, claro. Esto suponiendo que Edward consiguió esconder una parte de las veinte mil libras antes de que lo detuvieran.

El abogado encendió pensativo otro cigarro antes de responder.

—Es posible. Pero Edward Merstham, pese a su despiste, era lo bastante sensato para entender que no estaría a salvo mientras una mujer conociera su secreto. No tendría forma de evitar que hablara.

—Sí que podía evitarlo si lo vemos de la siguiente manera —respondió Warner—. Si la señora Fife sigue viva y sabe que

Lestrange ha sido asesinado, se ha convertido en cómplice. Si ha aceptado dinero del asesino, ya se ha situado fuera de la ley. En una mano tiene una buena suma de dinero y la esperanza de recibir más; en la otra solo tiene la posible acusación de cómplice primario o secundario. Tal como está la situación, si se deja ver, le resultará tremendamente difícil demostrar que no ha participado en el asesinato. Si los hechos se han desarrollado de esta manera, digamos que en la casa pasaban cosas muy peculiares.

—Bien, entonces usted cree que James Merstham se escondía en Temple Grove del mundo en general y de su hermano en particular, pero que Edward consiguió encontrarlo. ¿Cómo demonios cree que su hermano logró dar con él?

Warner rio con ganas.

—Si tenemos en cuenta que he sabido de los hermanos Merstham hace apenas unos minutos y que cabe la posibilidad de que Lestrange fuera una reencarnación de James, no puede esperar que ya tenga una teoría capaz de explicarlo todo. Solo puedo contarle las ideas que se me ocurrieron antes de que surgiera la teoría de los Merstham.

»Tras considerar la teoría de que Lestrange vivía escondido y que su enemigo había dado con él, por supuesto me pregunté cómo le habría sido posible penetrar en un muro tan secreto. La hipótesis a la que llegué para explicar la situación se puede aplicar a la teoría de los Merstham. Es probable que Lestrange se delatara sin darse cuenta en uno de sus libros. Puede haber escrito alguna descripción o alguna anécdota que, para su hermano o para otra persona cercana, fuera prueba inapelable de la identidad del escritor. Siguiendo con la nueva teoría de los Merstham, ¿no se imagina a Edward leyendo una de las novelas de Lestrange, *El caso Charterhouse*, por ejemplo, y diciendo para sí: "¡James, muchacho, ya te tengo! ¡Esta vez te has delatado y me las vas a pagar!"?

—Sí, sí. Es un buen razonamiento —admitió Vargon—. Si su hipótesis es acertada, debería seguir la pista de los editores, porque son los únicos que sabían dónde vivía Lestrange.

—No exactamente —respondió Warner—. También lo sabía la señorita Clarke, los banqueros de Lestrange y los carteros. Vivian

Lestrange es un nombre que llama la atención y cualquiera de los clasificadores de correo o de los carteros podría haberles comentado a sus amistades: «Ese tal Lestrange que escribe libros vive en Temple Grove. Es raro que nadie lo haya visto».

—La labor del detective puede resumirse en un gran signo de interrogación —dijo Vargon riendo—. Es ir de un lado a otro haciendo preguntas continuamente y eliminando una teoría tras otra hasta quedarse con la única posible. Si la verdad se encuentra en el fondo de un pozo, es preciso sacar todavía mucha agua hasta dejarla al descubierto.

—La labor del detective consiste en hacer las preguntas correctas —respondió Warner—. El abogado defiende su caso a base de interrogatorios y contrainterrogatorios, y lo mismo hace un detective, y una de las personas más importantes a las que tiene que interrogar es él mismo. Mi forma de establecer teorías consiste sobre todo en hacerme preguntas, y cuando tengo una teoría intento destruirla con más preguntas. Puedo preguntarme lo siguiente, por ejemplo: «Si Lestrange fue asesinado en Hampstead, ¿cómo llevaron su cadáver a Kirkham?». La respuesta es, sin duda, en un automóvil. Uno puede imaginarse que el asesino llega a Temple Grove en coche, Lestrange o la señora Fife le abren la puerta, entra en el estudio y dispara contra Lestrange. ¿Qué hace a continuación? Carga con el cadáver, lo mete en el coche y se marcha. Pero a partir de nuestra inspección de Kirkham Barns tenemos que deducir que son necesarias dos personas para llevar el cadáver desde el río hasta la cabaña. Pregunta: ¿entró la señora Fife en el coche con el asesino justo después de cometer el crimen? La respuesta a esta pregunta es «no». Alguien se quedó en Temple Grove para limpiar la casa de arriba abajo y borrar toda posible huella de los ocupantes. En resumen, me inclino por pensar que Lestrange fue asesinado el sábado por la noche, que la señora Fife y el asesino se quedaron todo el domingo limpiando, puliendo y deshaciéndose de todas las pruebas y que el domingo por la noche salieron juntos en coche.

—En mi opinión el ama de llaves presenta un pequeño problema —objetó Vargon—. Para decirlo con crudeza, no me imagino al

asesino matando a ese hombre a sangre fría y diciéndole luego al ama de llaves: «Mira lo que he hecho. ¿Cuánto quieres por mantener la boca cerrada?». Yo sugeriría algunos cambios. Primera posibilidad: la señora Fife, que es mala como la tiña, averigua el secreto de Lestrange y se lo vende a su enemigo y más tarde exigirá dinero por mantener la boca cerrada. Segunda y más probable alternativa: cuando llega a la casa el domingo, encuentra el cadáver, es presa del pánico y sale corriendo para que no la acusen de haber dado muerte a su jefe.

—Como he llegado a la conclusión de que la señora Fife vivía en Temple Grove, la segunda alternativa no me convence —objetó Warner—. La primera me parece más cercana a la verdad.

—Y hay otra cuestión que no dejo de plantearme desde que hemos propuesto la hipótesis de los Merstham —dijo Vargon—. Si Edward mató a su hermano, ¿no le parece poco probable que trajera su cadáver precisamente al lugar donde conocen su historia? ¡Maldita sea! ¿No le parece que, por simple y elemental instinto de prudencia, se mantendría alejado de la localidad donde lo conocían?

—Los hechos desmienten su teoría —replicó Warner—. Debido a su ubicación, nadie llega a Kirkham Barns por casualidad, buscando un lugar donde depositar un cadáver. Quien eligió esta cabaña lo hizo de forma deliberada; fue alguien que conocía perfectamente el lugar y que además podía saber que *sir* Duncan Grant estaba fuera del país. No es posible sostener las dos posibilidades al mismo tiempo. O bien «el lugar fue elegido por azar», lo que es ridículo, o bien «lo eligió alguien que lo conocía bien», en cuyo caso corrió el peligro que acaba usted de describir. Yo me inclino por creer que hubo un método en la elección, lo que inevitablemente me lleva a la pregunta: ¿conocía *sir* Duncan Grant a los Merstham?

Vargon juntó sus pobladas cejas con ademán pensativo.

—Imagino que es lo más probable —respondió—. Ya le he dicho que eran muy aficionados a la pesca con caña y lo más seguro era que pescaran en sus aguas. ¿Sugiere que el asesino quería dejarle al viejo Grant ese regalo envenenado?

—Es una teoría —respondió Warner—. En circunstancias normales, si la cabaña no hubiera ardido, nadie habría encontrado el

cadáver hasta que Grant llegara a Kirkham a pasar un fin de semana. A juzgar por cómo estaba dispuesto todo, creo que el incendio no fue intencionado, sino accidental. La gran idea fue limitar el fuego a la chimenea, con lo que el cadáver habría tardado meses en aparecer.

Warner se incorporó en la butaca y desprendió la ceniza de su cigarro.

—Me ha dado usted una teoría plausible —dijo— y le estoy tremendamente agradecido. Examinaré la trayectoria de Edward Merstham y veré si puedo extraer alguna conclusión. Muchas gracias por la charla, me ha proporcionado muchas cosas en las que pensar.

Su interlocutor lanzó una carcajada.

—Sospecho que se guarda las mejores ideas para sí mismo. Lo veo muy capaz de preguntarse si no tendré algo que ver con la ocultación del cadáver de Lestrange.

—Lamento haberle dado una tan mala impresión de mis procesos mentales. —Rio Warner—. Es cierto que tengo una idea un poco descabellada, pero no tanto. Se la contaré a ver qué piensa, si considero que vale la pena explicarla.

—Muy bien. Seré su rata de laboratorio —gruñó Vargon con su voz profunda—. Buenas noches. Espero que no sueñe con el viejo Duncan Grant.

CAPÍTULO VIII

A su regreso a Londres, el inspector jefe Warner se encontró con que Bond le esperaba en Scotland Yard.

—¡Anímese, Bond! —le dijo—. El cadáver es totalmente normal y justo lo que usted llevaba tiempo esperando. Además, tiene una seña de identidad, porque llevaba encima el cuaderno de notas de Vivian Lestrange.

—¿Cómo es posible, señor? —preguntó Bond—. Dijeron que el cadáver estaba tan quemado que resultaba irreconocible. ¿Fue el tipo tan amable de dejar el cuaderno de notas sobre la mesa antes de instalarse en la chimenea?

—No se muestre tan cínico —respondió Warner en tono bienhumorado—. No conozco a nadie tan difícil de complacer como usted. Por supuesto, esperaban que el cuaderno de notas quedara consumido por las llamas, pero tanto usted como yo sabemos que el fuego puede jugarnos malas pasadas. Puedes arrojar un libro a la hoguera, ¡pero si no lo vas empujando con un atizador, el libro no se quemará totalmente! Lo que ocurrió es que las tapas de cuero del libro quedaron carbonizadas y protegieron con una capa aislante de cenizas las páginas interiores. Hay un par de páginas en las que la letra no solo es reconocible, sino legible. Eche un vistazo.

Warner le entregó las fotografías que había tomado de las páginas interiores del cuaderno de notas y Bond las examinó detenidamente.

—Sí, es la misma escritura —dijo—. Y las notas corresponden al asunto que trata el manuscrito encontrado en Temple Grove.

—Lo que significa que por fin estamos en el buen camino —dijo Warner—. Hasta ahora manejábamos diversas ideas, incluida su teoría original de que este lío no era más que un tremendo engaño,

el producto de la fértil imaginación de un autor famoso. Ahora, sin embargo, cualquiera que sea la explicación de los hechos, sabemos que estamos ante un caso de asesinato y hemos de ponernos manos a la obra. Bien, le cuento algunos hechos extraídos de una charla con un abogado de Ross.

Bond escuchó las explicaciones de su jefe con semblante serio, pero cuando acabó su relato, Warner dijo:

—No deja de ser una hipótesis, por supuesto, aunque creo que vale la pena ver adónde nos lleva. Ahora cuénteme sus novedades. Por la expresión de su rostro adivino que tiene algo que contarme. ¿Se ha sacado de la manga la ingeniosa señorita Clarke un nuevo truco de magia, o le ha hecho obsequio de un nuevo problema con el que pasar las noches en blanco?

Bond sonrió.

—Es usted bueno haciendo conjeturas, señor —respondió—. Tengo algunas noticias, aunque es la primera vez que me dicen que la expresión de mi rostro me delata. Es otra de esas pequeñas historias de la señorita Clarke. Al parecer, ayer llamó y preguntó por usted. Como seguramente les pareció poco considerado decirle que usted no estaba en Londres, le dijeron que le pasarían el recado en cuanto apareciera y le preguntaron cuándo estaría en casa. En conclusión, ayer tarde me pidió que fuera a su casa, y tras comentar que era una lástima que usted no tuviera tiempo de encargarse del asunto personalmente, me entregó un paquetito para que examinara su contenido. Estaba muy bien empaquetado y era lo bastante pequeño para caber en un buzón. La señorita Clarke había cortado el cordel y había examinado el contenido, pero por lo demás el paquete estaba intacto, con el papel de embalar y eso. Dentro había una carta escrita a máquina y dos pulcros montoncitos de pagarés del Tesoro de una libra cada uno, protegidos entre cartones. Los pagarés eran de una numeración consecutiva, cuatrocientos en total. ¿Quiere lanzarse a conjeturar algo más?

Warner rio abiertamente.

—¿Los pagarés del Tesoro eran los que el banco pagó cuando ingresaron el último cheque de Lestrange? Cuénteme más, Bond... Esto es tremendamente interesante.

—¡Una historia muy divertida, señor! —exclamó en un tono en el que volvía a percibirse la exasperación—. ¡No me gusta esa maldita joven, está demasiado segura de sí misma! Aquí tiene la carta mecanografiada que iba dentro del paquete. Los de huellas dactilares ya la han examinado.

—Y las únicas huellas que han encontrado son las de la señorita Clarke, ¿verdad? ¡Su semblante es más expresivo de lo que usted se imagina, Bond!

Warner cogió el papelito y leyó:

> Estos pagarés del Tesoro son en pago por una deuda contraída hace muchos años con su madre. El remitente le hace llegar sus mejores deseos.

—¡Qué bonito! —exclamó Warner—. A mí nunca me pasan estas cosas. ¿Qué explicación le da usted?

Bond se encogió de hombros.

—Alguien se está haciendo el gracioso —gruñó—. Aunque admito que está hecho con suma pulcritud. La señorita Clarke se mostró de gran ayuda. Se tomó el trabajo de hacernos ver que los cartoncitos que protegen las notas eran iguales que los que ponen en Woolworth detrás de los paquetes de manuscritos. Y tenía toda la razón, es exactamente el mismo tipo de cartón. Allí mismo puedes comprar también el papel de embalar. La dirección estaba mecanografiada en un papelito pulcramente adherido al papel de embalar. El matasellos era E.C.1, y el paquete fue enviado desde la Oficina General de Correos entre las seis y media y las siete y media de anteayer. Lo dejaron ya con el matasellos en el buzón, no pasaron por el mostrador. No hay nada a lo que agarrarse para probar algo.

—La historia tiene mucho que ver con este caso —dijo Warner—. Para empezar, es susceptible de varias interpretaciones. Por ejemplo, seguro que abriga usted la idea de que la señorita Clarke se hizo en algún momento con los pagarés del Tesoro, los envió por correo y luego nos informó de su llegada con cara de haber recibido la mayor

sorpresa de su vida. ¿Qué razón le dio a usted para que quisiera informarnos del regalo de un desconocido?

—La señorita Clarke es una mujer extremadamente lúcida —repuso Bond—. Puede que la encuentre irritante, no lo niego, pero no subestimo su inteligencia. La explicación que me dio sobre las razones para informarnos de la llegada del paquete es muy sensata. Me dijo que no entendía lo que pasaba, que no tenía idea de que alguien le debiera cuatrocientas libras a su madre, y que tras los extraños acontecimientos de los días anteriores había llegado a la conclusión de que era preferible avisar a la policía antes de que le sucediera algo malo. Me dijo claramente que estaba asustada. No sabía quién había enviado los pagarés ni por qué y prefería que nos encargáramos del asunto.

—Es comprensible que quiera salvar la cara —comentó Warner—. Si la señorita ha participado de alguna manera en ese delito, lo que hasta el momento no creo, preveo que nos costará trabajo demostrar su culpabilidad. Como usted dice, es una mujer de gran lucidez, capaz de anticipar varias jugadas sobre el tablero. Si tenemos esto en cuenta, ¿qué la llevaría a enviarse los pagarés a sí misma y a informarnos de su recepción? Tanto si los sacó de Temple Grove como si se los dio Lestrange, es perfectamente consciente de que conocemos la numeración. No podría cambiarlos por dinero.

—Eso está claro —reconoció Bond—. Por otra parte, ¿qué dice la ley al respecto? Si alguien te envía una cantidad de dinero por correo, ¿no es legalmente tuyo? No tenemos pruebas de que esos pagarés se los robaran a Lestrange. Podemos imaginar que fue así, pero ignoramos si se los entregó a alguien antes de su muerte.

—Humm... Una observación muy acertada —dijo Warner—. Mientras tanto, la señorita Clarke ha hecho lo más sensato que podía hacer al poner el paquete en nuestras manos. Volvemos a enfrentarnos a esos problemas de «una cosa u otra» que resultan tan irritantes para su mente lógica. Por una parte, si suponemos que la señorita Clarke se envió los pagarés a sí misma, parece probable que esté implicada en el asesinato desde el principio. El cuaderno de notas demuestra que la víctima tenía relación con Temple Grove y parece evidente que la señorita Clarke estaba al corriente del

asesinato. En tal caso, tiene que haber contado con un cómplice, porque no habría podido trasladar un cadáver ella sola de Temple Grove a Kirkham... Bien, ¿qué objeción le ve? Creí que incluso su mente escéptica estaría de acuerdo con esta teoría.

Bond fruncía el ceño, sumido en sus pensamientos. Respondió hablando lentamente, como un hombre que avanza paso a paso en busca de una salida:

—Yo no expreso mis pensamientos con tanta facilidad como usted, señor, pero he estado dándole vueltas a esa historia para intentar encontrarle sentido. Nunca me tragué totalmente lo del autor invisible. Me parece demasiado complicado... Dice que nos enfrentamos a un caso de «una cosa u otra», y a mi parecer las alternativas se reducen a lo siguiente. O bien la señorita Clarke dice la verdad, o bien miente.

—Así es —dijo Warner—. ¿Y entonces?

—Entonces —continuó Bond—, yo diría que, si no nos cuenta toda la verdad, no nos sirve de nada creer una sola palabra de lo que dice. Tenemos dos posibilidades: A. Nos ha dicho la verdad. B. Nos ha mentido. En el segundo caso no me creo que en Temple Grove viviera un hombre, y creo que Vivian Lestrange no es otro que Eleanor Clarke en persona.

—De acuerdo..., ¿y quién es el cadáver?

—No lo sé, pero me arriesgaría a decir que era algún hombre del que la señorita Clarke quería deshacerse, y ella misma, que posee una inteligencia capaz de urdir *El caso Charterhouse*...

—¡Ah! De modo que lo ha leído —interrumpió Warner.

—Sí, lo he leído y le doy un diez... El cerebro que urdió una trama así es capaz de inventarse cualquier plan. El hombre asesinado, cuyo cuerpo se encontró en Kirkham, puede que no llegara nunca a estar en Londres. Tal vez lo mataron en la misma localidad donde se descubrió su cadáver, y tal vez el cuaderno de notas fue colocado allí simplemente para confundirnos.

Con los ojos entornados y el ceño fruncido Bond expuso su argumento. A medida que lo desarrollaba, su voz iba ganando en confianza y sus palabras brotaban con más facilidad.

—¡Dese cuenta de lo ingenioso del plan! —dijo—. ¡Cualquiera con

la paciencia y la inteligencia para diseñarlo lo consideraría prácticamente infalible! Supongamos que la señorita Clarke hubiera decidido matar a un hombre que la había engañado. No lo hace de una forma violenta, en un momento de rabia, con lo que acabaría en la horca. Se toma su tiempo y construye la falsa identidad de Vivian Lestrange. Evidentemente, tuvo que contar con la ayuda de la señora Fife. Entre las dos diseñaron el plan y eligieron el momento apropiado para llevarlo a cabo.

»Tras cometer el asesinato, llevaron el cadáver a la cabaña y tomaron medidas para dejarlo irreconocible. Luego está la brillante idea de dejar en el cadáver alguna prueba para que todo encajara. ¡Señor, es un golpe maestro! —exclamó Bond—. La mayoría de los asesinos quieren ocultar la identidad de sus víctimas, pero este es un plan mejor. Se ha creado una identidad para la víctima..., lo que no veo es cómo podremos desentrañarlo y atrapar a esa joven.

—¡Es usted el primero de la clase! —exclamó Warner—. Le debo una disculpa, Bond. Pensaba que era usted un trabajador metódico y rutinario. ¡Y resulta que tiene la imaginación de Wilkie Collins!

—Soy un trabajador metódico, señor, no me avergüenza admitirlo —dijo Bond con el rostro sonrojado—. No soy aficionado a inventarme explicaciones fantásticas para los casos más normales, pero este no es un caso normal, es un laberinto dentro de un laberinto. Si partimos de que la historia de la señorita Clarke puede ser el producto de una mente imaginativa, se abre un abanico de posibilidades, a cuál más fantástica. Y la explicación que le acabo de contar encaja con los hechos.

—Desde luego —reconoció Warner—. No crea que subestimo sus procesos mentales. Nada de eso. Diría que ha estudiado usted el caso con mucho detenimiento, pero solo ha tenido en cuenta la alternativa B, o sea que la señorita Clarke ha mentido desde el principio. Para equilibrar las cosas, yo voy a defender la alternativa A, que nos ha dicho la verdad.

—No entiendo cómo demonios vamos a conseguir probar algo así —protestó Bond—. Disculpe, señor. Esa mujer me saca de mis casillas.

—El único problema es que nunca se había encontrado usted con

alguien así —dijo Warner—. Tiene usted una mente ordenada y le gusta clasificar a las personas por su carácter. Conoce usted a la mujer ultrafemenina, a las mujeres de mala vida, a las que hurtan en las tiendas, a la bruja castigada por la vida, borracha todas las noches. La señorita Clarke es un poco marisabidilla, una intelectual que se relaciona con los hombres en un plano de igualdad y no los considera superiores ni se muestra indulgente con ellos. Le saca de sus casillas porque no puede encasillarla según lo que ha conocido hasta ahora, eso es todo. Bueno, veamos la alternativa A.

»A Vivian Lestrange lo mataron en Temple Grove, metieron su cadáver en un coche y en algún momento lo trasladaron a Kirkham. Tenemos que investigar a fondo sobre los coches vistos cerca de Temple Grove el sábado o el domingo por la noche. Una de las preguntas que surge es la siguiente. Suponiendo que la señora Fife fuera cómplice del asesinato, ¿por qué no telefoneó a la señorita Clarke para decirle que no apareciera por Temple Grove durante unos días? Tengo la impresión de que los criminales estaban tan confiados que no les importaba en absoluto en qué momento se descubriera la ausencia de Lestrange. Por otro lado, estaban seguros de que nada de lo que la señorita Clarke pudiera decir representaba un peligro para ellos. Hemos de repasar esos puntos con cuidado. Está también la historia del paquetito con los pagarés de Lestrange. Parece como si los criminales quisieran implicar a la señorita Clarke. Recuerde que hasta ahora no se ha publicado nada acerca de esta historia. Si se cometió un asesinato en Temple Grove, estoy convencido de que los asesinos no se quedaron en las inmediaciones esperando a ver qué ocurría. Se esfumarían cuanto antes y esperarían a enterarse de futuros acontecimientos por la prensa. Y no todas las secretarias habrían tenido el sentido común de actuar con la presteza de la señorita Clarke. Suponga que ella no hubiera acudido de inmediato a la policía. Antes o después, usted se habría enterado por los tenderos, o por uno de sus agentes, de que Temple Grove parecía deshabitado y nadie había cancelado la entrega de la prensa o de la leche. Habría encontrado a la señorita Clarke y el asunto pintaría mal para ella. Si además la hubieran pillado intentando cobrar los pagarés de Vivian Lestrange, el panorama

sería más negro todavía. Creo que los asesinos confiaban en que la señorita Clarke fuera una pista falsa que entorpeciera la investigación. Bien, ahora que los dos hemos defendido nuestro caso, no podemos seguir hasta que encontremos más pruebas. Primero hemos de ocuparnos de la publicidad. Hasta ahora la hemos evitado porque al principio no teníamos pruebas de que se hubiera cometido un asesinato. Mañana Vivian Lestrange estará en las portadas de todos los periódicos.

—Me alegro de que sea su departamento el que se encargue de la correspondencia —dijo Bond con una sonrisita—. Ya me imagino el trabajo que tendrán.

—No se preocupe por eso —respondió Warner—. Usted tendrá mucho trabajo entre manos. Hasta ahora no hemos prestado mucha atención a los vecinos de Temple Grove.

»Sabemos que el señor y la señora Malling, que viven en la casa de al lado, estuvieron dos semanas fuera, en el continente, y que Lee Vernon estuvo ausente de su estudio el fin de semana en que desapareció Lestrange. Tendrá que comprobarlo con ellos y ponerse pesado para que le cuenten hasta el más mínimo detalle de lo que hayan observado de los ocupantes de Temple Grove. Maldita sea, incluso en Londres cualquiera sabe algo de sus vecinos. La naturaleza humana es la misma en todas partes. Puede que todos digan «No sé nada de ellos», pero lo cierto es que han observado mucho más de lo que creen.

—Temple Grove era un lugar ideal para cometer un crimen de estas características —dijo Bond—. Solo hay dos casas con vecinos. Los Malling, a un lado de Temple Grove, llevan solamente seis meses allí, y a menudo pasan temporadas fuera. El anterior inquilino de la casa está muerto. Al otro lado se encuentra el estudio de Lee Vernon, que tal vez sea bueno como pintor, yo creo que lo es, pero está ciego como un topo en lo que se refiere a sus vecinos. La casa de enfrente, la que tiene ese jardín alargado que se extiende hasta el final del callejón, está en venta. Los agentes inmobiliarios la califican como «una casa recóndita», ¡y por una vez dicen la verdad, maldita sea! ¡Ese callejón parece hecho a propósito para personas con secretos que guardar!

—¡Bueno, pues vaya y arránqueles sus secretos! —le amonestó Warner—. Y deje de mirarme con escepticismo. Mientras no había ningún cadáver tenía cierta excusa, pero ahora que ya lo tenemos finja un poco de entusiasmo por el trabajo, hombre. Por el momento, el cadáver lleva el nombre de Vivian Lestrange, no lo olvide. Y ahora, para que alegre esa cara, le contaré otra idea que me está rondando. Ya ha oído lo que han declarado los de Langston's, que conocieron a la señorita Clarke y la aceptaron como Vivian Lestrange, y que Marriott la convenció para que asistiera a una cena en su casa.

—Así es, señor —respondió Bond—, para que conociera a Michael Ashe.

—Exacto, para que conociera a Michael Ashe. —Warner miró a su interlocutor con una falsa sonrisa que hizo que se le marcaran las finas arrugas alrededor de sus ojos brillantes de astucia.

—¿Qué tiene que ver Ashe con este asunto? —preguntó Bond.

—¡Eso es precisamente lo que me he estado preguntando! —respondió Warner—. Ashe se dirigió a propósito a Marriott para pedirle que le presentara a Vivian Lestrange. En Langston's han recibido muchísimas peticiones de información sobre Vivian Lestrange, pero por lo general procedían de periodistas y críticos literarios, o bien de agencias a las que les gusta recoger chismorreos sobre escritores famosos. Ashe pertenece a una categoría diferente, porque es un autor que quiere conocer a otro autor, pero detrás de su petición había una curiosidad humana, y cuando conoció a nuestra inteligente secretaria, se quedó simplemente atónito, eso me dijo Marriott.

—¿Lo ha visto ya, señor? Me refiero a Ashe.

—No. Esta gran idea se me ha ocurrido hace muy poco. Si Marriott está en lo cierto, Ashe estuvo cerca de descubrir el secreto de Lestrange. La señorita Clarke interpretó tan bien su papel que Ashe, con su teoría de que Vivian Lestrange tenía que ser un hombre, quedó como un zoquete. Por otra parte, la señorita Clarke salió del apartamento de Marriott poco antes de que Ashe se marchara y cogió un taxi. Él se había ofrecido a llevarla a casa, un ofrecimiento que ella rechazó.

Warner hizo una pausa para encender un cigarrillo y le pidió su opinión a Bond.

—Si se encontrara en estas mismas circunstancias, Bond, y quisiera averiguar dónde vivía la señorita Clarke, ¿qué habría hecho?

—¿Oficialmente, señor? —preguntó Bond.

—No, de forma extraoficial.

—Ejem. No es tan fácil. Podría poner un anuncio para buscar al taxista en cuestión.

—Sí, y le desvelaría el pastel a la señorita Clarke. No es buena idea, sería un arma de doble filo. No. Si me encontrara en la situación de Michael Ashe y me picara la curiosidad por averiguar algo más de esa joven tan increíble, le digo lo que haría. La señorita Clarke regresó a su casa en taxi, ergo lo pidieron desde una parada de taxis cercana. Yo preguntaría a uno de los criados o al portero cuál era la parada más cercana para pedir un taxi. A continuación me dirigiría a la parada y ofrecería una recompensa al taxista que descubriera quién había recogido a una clienta en Melrose Mansions aquella noche a las once. Cuando encontrara al taxista, le daría una buena propina si me decía la dirección a la que había llevado a la joven, porque se le había caído una pulsera o algo así que le quería devolver. Y una vez que hubiera descubierto, oh incrédulo Bond, la dirección de Eleanor Clarke, me resultaría más fácil localizar el domicilio de su jefe.

Bond escuchaba atentamente con el ceño fruncido.

—¿Y qué relación hay entre Michael Ashe y los hermanos Merstham, señor? —preguntó.

Warner mostró las palmas de las manos, en un gesto de impotencia.

—¿Quién sabe? —preguntó—. Igual las dos teorías son totalmente erróneas. Dudo mucho que uno de los dos haya acertado con las teorías que hemos propuesto hoy, pero cuando uno no tiene donde agarrarse, cualquier indicio es mejor que nada. Me limito a indicar posibles líneas de investigación. Bueno, resumamos lo hecho hasta ahora. La primera hipótesis es la suya, ingeniosa y bien expuesta; en pocas palabras, Vivian Lestrange es Eleanor Clarke y el hombre asesinado no sabemos quién es. Puede ser cualquiera de los

cientos de millones de varones que habitan el planeta, en cuyo caso, todas las pistas que hemos encontrado son falsas y no nos llevan a ninguna parte. ¡Roguemos al cielo para que esté usted equivocado! La segunda hipótesis viene de la mano de nuestro amigo el señor Vargon. Propone que Vivian Lestrange era el nombre literario de James Merstham, que fue asesinado por su hermano Edward. La tercera hipótesis es puramente circunstancial a partir del marcado interés de Michael Ashe por conocer a Vivian Lestrange en persona y de su desconcierto al ver a una mujer. Estas tres hipótesis son independientes entre sí y se anulan la una a la otra. Hablemos ahora de las pruebas que tenemos. Tenemos un cadáver y unos restos de escritos que conectan Kirkham con Temple Grove. Tenemos también pagarés por un total de cuatrocientas libras retiradas por Lestrange mediante un cheque y enviadas a Eleanor Clarke por correo... Por cierto, ¿hay alguna prueba sobre el fallecimiento de la señora Clarke?

Bond sonrió de oreja a oreja.

—Sí, ya he pensado en eso, señor. Madre e hija, ¿verdad? Nuestra señorita Clarke y la desconocida señora Clarke. No hay nada que hacer. El certificado de defunción es correcto.

—Bien, bien. Esas brillantes ideas son pronto derribadas por nuestro elaborado sistema estatal de registro. —Suspiró Warner—. A usted, Bond, le espera una semana de trabajo duro con los vecinos de Temple Grove y con la vida privada de la señorita Eleanor Clarke. A mí, una semana de escarbar en la personalidad del exconvicto Merstham, en el paradero del señor Michael Ashe y en las posibilidades de sobornar a los taxistas.

—De acuerdo, señor —dijo obediente Bond—, pero si al final de esa semana de duro trabajo a la que se refiere puedo probar que no había ningún hombre viviendo en Temple Grove y usted ha probado que el exconvicto Merstham ha fallecido, que Michael Ashe se encuentra en Sudáfrica y que a ningún taxista le han preguntado si hizo algún trayecto desde Melrose Mansions, ¿qué hacemos entonces?

—¡Mi querido Bond! ¡Hacer suposiciones, seguir haciendo suposiciones! —respondió Warner, aunque ya sabía que no era la

respuesta que Bond esperaba.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, el inspector jefe Warner visitó al señor Marriott en su despacho y encontró al editor tremendamente exasperado. Al ver el montón de periódicos desparramados por el suelo junto a su mesa de trabajo, le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Buenos días, señor. Me imagino que en su departamento de publicidad estarán todos relajados y contentos. Parece que la prensa les ha tratado de maravilla..., las críticas son muy elogiosas, de hecho.

El rostro de Marriott era un poema.

—Llevo treinta años trabajando en el mundo editorial —dijo—, y es la primera vez que lo he lamentado. ¡Publicidad! ¡Querido inspector, este asunto es simplemente vomitivo! Creo que hay que anunciar los libros basándose en sus méritos, pero que esta editorial tenga que ser objeto de la más baja forma de publicidad, que su nombre aparezca hasta en las portadas de los más deplorables periodicuchos, que cualquier bribón de una redacción de provincias... —Incapaz de encontrar una salida al intrincado laberinto de oraciones en el que se había metido, Marriott se detuvo a medio discurso y dio un puñetazo sobre la mesa—. Soy un hombre reservado y decente —se lamentó—, y esta orgía de sensacionalismo me resulta nauseabunda.

—Vamos, no permita que le afecte demasiado —dijo Warner—. El público estará tan ansioso de devorar los libros de Lestrange que los impresores se verán obligados a hacer horas extra para satisfacer su demanda... Además, ya sabe que hemos tenido mucho cuidado en preservar su dignidad. Se habrá percatado de que no se menciona el hecho de que Langston’s aceptara a la señorita Eleanor Clarke como la autora de *El caso Charterhouse*.

Marriott enrojeció, pero respondió en un tono digno:

—Eso ha sido muy considerado de su parte, inspector jefe. Toda esa historia es para mí un misterio que me siento incapaz de desentrañar, pero no creo haber hecho ninguna tontería, aunque me han hecho quedar como un tonto de remate. Sigo sosteniendo mi opinión de que hoy en día no es posible distinguir un escrito de hombre del de una mujer. Reconozco que tendemos a creer que un escrito intelectual y racional es necesariamente obra de un hombre. Dimos por supuesto que Lestrange era un hombre, hasta que esa joven tan sorprendente llegó y echó por tierra nuestras teorías.

Marriott se recostó en la butaca y contempló pensativo la biblioteca que tenía enfrente.

—Nací en 1874 —dijo, como sin venir a cuento—. He vivido tres eras, la victoriana, la eduardiana y la de posguerra. Y le digo una cosa, no hay prácticamente ninguna creencia de mi juventud que no haya tenido que modificar para adaptarla a la realidad actual. ¡Las mujeres! En mi juventud había dos categorías, las virtuosas y las no virtuosas. Las primeras sabían muy poco de hombres. En presencia de una dama, adaptábamos el habla y los modales a determinadas convenciones. No proferíamos juramentos, nos comportábamos, no hablábamos de nuestras amantes delante de otras mujeres. Hoy en día las jóvenes profieren tantos juramentos como los hombres y quieren comportarse igual que ellos... Seguro que ha leído sobre un decano de Oxford que se lamentaba de haber tenido que ver a una estudiante borracha en un baile universitario de graduación.

Al ver la expresión de Warner, Marriott añadió:

—¿Qué tiene eso que ver con su caso? Mucho, querido inspector. Me dice usted sonriente: «Le han tomado el pelo como a un tonto». ¡Maldita sea! ¡Yo sé de lo que estoy hablando! No hay una sola faceta de la mente masculina que la mujer de hoy no haya explorado. Conoce la violencia que encierran sus palabras y sus pasiones, y escribe acerca de las dos. Podría enseñarle textos escritos por mujeres de hoy que le erizarían el vello. Las historias de asesinatos más ingeniosas son obra de mentes femeninas. Si Dorothy Sayers hubiera decidido firmar sus libros como Jack Johnson, ¿adivinaría usted que se trataba de una mujer? Pensemos

en otra categoría, como Tennyson Jesse, por ejemplo. ¿Ha leído usted *Tom Fool*? ¿Habría dicho que era obra de una mujer? Si leyera ahora *Red Wagon*, ¿acaso diría «Ah, sí, una mujer» si en la página de créditos no constara la autora? Le diré una cosa, le prestaré tres libros recién publicados y si al cabo de una semana adivina el sexo de cada uno de los autores, donaré diez libras a la organización caritativa que usted prefiera. Hoy no hay ningún criterio válido. Las mujeres han reclamado la igualdad con los hombres y, aparte de unos cuantos genios, han alcanzado su nivel.

—Me deja usted muy frustrado —se lamentó Warner—. A lo largo de esta investigación me he agarrado como a un clavo ardiendo a la creencia de que Vivian Lestrange era un hombre. He creído a la señorita Clarke a pies juntillas, convencido de que podía detectar una mentira, y ahora usted se pasa al bando enemigo. Es usted como Bond, que asegura que Vivian Lestrange y la señorita Clarke son la misma persona, y que se inventó el personaje de Vivian Lestrange simplemente para proporcionarle una identidad al cadáver.

—Bond me parece un hombre sensato —refunfuñó Marriott—. ¡Si hubiera visto cómo esa joven lograba sacar a Michael Ashe de sus casillas, la habría creído capaz de cualquier cosa!

De repente, Marriott echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas. Recostado en su butaca, reía con ganas y todo su cuerpo se agitaba de risa.

—«¿Acaso su madre, sus hermanas y sus tías eran taradas de nacimiento? ¿Eran sus primas medio tontas, era estúpida su abuela?» —citó—. ¡Dios mío! ¡Creí que iba a preguntarle si había nacido por partenogénesis! ¡Disparó con puntería, se lo puedo asegurar!

—Lamento no haber estado presente —dijo Warner pesaroso—. Me habría encantado. Es curioso, pero acaba de tocar usted un tema sobre el que quería preguntarle.

—¿Qué tema? ¿La partenogénesis? —preguntó sorprendido Marriott.

—¡Por Dios, no! —exclamó Warner, y los dos hombres estallaron en risas.

—No quiero hablar ni de biología ni de milagros —dijo el

inspector jefe—. Quiero preguntarle sobre Michael Ashe.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué diablos quiere preguntar? —inquirió Marriott—. No es una mujer, ¿verdad? Tengo que agarrarme a algunas certidumbres o me volveré loco. No me arriesgaré a dar una respuesta definitiva sobre el sexo de un escritor basándome en su estilo literario, pero en el caso de Michael Ashe está claro que es un hombre.

—Demos gracias por las pequeñas certidumbres —dijo Warner—. Cuando uno se enfrenta a un caso que se asemeja a unas arenas movedizas, agradece cualquier señal de estabilidad. Lo que quería preguntarle era lo siguiente. Cuando Ashe le dijo que quería conocer a Lestrange, ¿cree que podía tener alguna motivación secreta? He estado pensando que, aunque un escritor oculte su identidad bajo un seudónimo y se proteja del mundo tras gruesos muros, es posible que se delate a través de sus escritos. Si suponemos, como yo, que Vivian Lestrange tenía motivos para ocultarse de sus enemigos, ¿no es posible que escribiera algo que un amigo o un familiar pudiera reconocer, y se dijera «Solo fulanito puede haber escrito esto»?

—Mire —dijo Marriott—, puede que esté usted satisfecho con esta idea. Me está sugiriendo que, ahora que Lestrange está muerto, hará lo que esté en su mano para colgar a Ashe por ello. Le ruego que recuerde que soy un editor y que los dos nombres que tan alegremente menciona llevan tres años como los más vendidos de nuestro catálogo. No espere que le secunde en su entusiasmo, eso es todo. ¡Por el amor de Dios! ¡Pronto sugerirá que Bailley y yo hemos asesinado a Lestrange!

—En estos momentos estoy más que dispuesto a tomar en consideración cualquier posibilidad —respondió Warner sin alterarse —. Si detectara en usted y en su socio motivos para el asesinato, los convertiría en sospechosos con toda tranquilidad, pero no tendría mucho sentido sospechar de ustedes. Por lo que sé, eran los principales interesados en que Lestrange siguiera con vida. Por supuesto, podría alegarse que han conseguido una enorme publicidad con su muerte, pero sigo pensando que Lestrange les resulta más rentable vivo que muerto... Y no hay más que decir al respecto. Ahora olvídese de su natural reticencia a hablar de sus

autores y cuénteme todo lo que sabe acerca de Michael Ashe.

Sentado en su butaca, con la cabeza gacha y los hombros caídos, Marriott era la perfecta imagen de la depresión.

—Es una idea muy fantasiosa —murmuró como para sí mismo—, pero no cabe duda de que Ashe se quedó de piedra cuando le presenté a Vivian Lestrange, o a la señorita Clarke, o comoquiera que se llame. Recuerdo la expresión de Ashe cuando dijo: «¡Es imposible! ¡Por todos los demonios! ¡Menudo ridículo!».

—Sí, tiene su faceta dramática —admitió Warner—. ¿Cuándo conoció usted a Ashe?

—¿En persona? Oh, no hace mucho más de dos años. ¿Recuerda su primer libro, *Comercio de vientos*? Nos llegó desde Sudamérica acompañado de una carta en la que se explicaba que el autor estaba de viaje y carecía de una dirección fija, por lo que nos escribiría más adelante. Mientras tanto, se nos pedía que conserváramos el texto mecanografiado, tanto si lo aceptábamos como si no. Al cabo de un mes nos llamó desde un hotel en Bristol, creo recordar, y le enviamos el contrato para firmar. No lo conocimos personalmente hasta seis meses más tarde... ¿Lo ha visto usted en persona?

—No, pero he leído sus libros. Muy buenos, por cierto. Sabe de lo que habla, nadie hubiera podido hacer una descripción tan buena de Tierra de Fuego sin conocer la zona.

—No. Lo ha entendido usted perfectamente... Yo diría que Ashe tiene unos cincuenta años. Es un hombre alto, de algo más de un metro ochenta y cinco y con el pelo grisáceo. Tiene un físico estilo nórdico, con una cabeza alargada, nariz prominente, un mentón bien definido y unos ojos azules e inquisitivos, un poco hundidos, que pueden lanzar chispas cuando está enfadado. Sin duda tiene un físico que destaca y que se olvida fácilmente. Recuerdo que en aquella cena en mi casa no parecía demasiado contento. Miraba a la joven como un caballo purasangre miraría a una yegua... Se comportaba con educación, pero había fuego en su mirada.

—Creo que sería conveniente tener unas palabras con el señor Ashe —dijo pensativo Warner—. Es posible que sepa algo... Es el punto crucial en esta investigación. Tenemos que averiguar la identidad de la persona que se ocultaba tras el nombre de Vivian

Lestrange. Hasta que lo descubramos no llegaremos a ninguna parte. ¿Dónde vive Ashe?

Marriott mostró de nuevo las palmas de las manos en un gesto de impotencia.

—Quién sabe —dijo—. No vive en ninguna parte. Es un nómada. En ocasiones se instala en el Savoy, después se marcha a pasar un par de noches en una casita de pescadores en Deptford, luego se va a Liverpool y se queda a lo mejor en el Adelphi, o abajo en los muelles. Le escribimos a su club, el Addison, en John Street, y esperamos a que nos conteste cuando le apetece. Suele estar disponible cuando hay que corregir galeradas, pero ahora acaba de corregir las de su nueva novela y se ha marchado Dios sabe adónde. Dijo algo de pasar la primavera en Mallorca. Pero también se puede haber ido a Bangkok, a Groenlandia o a Tanganica. Es imposible saber adónde habrá ido a parar esta vez. Recuerdo que en una ocasión le dije... ¡Por el amor de Dios! ¡La próxima vez utilizará esto en su contra! Será mejor que vuelva a mi trabajo.

—¡Cuéntemelo todo! —dijo Warner—. No es usted un hombre que pueda quedarse tranquilo si tiene un peso en la conciencia. Será mejor que lo descargue para volver al trabajo con la conciencia tranquila.

Marriott suspiró.

—Este tipo de situaciones no me gusta nada —dijo en tono quejumbroso—. Acabo de recordar una cosa; la primera vez que Ashe me habló de Lestrange, mencionó los capítulos sobre Dartmoor en *El caso Charterhouse*. Comentó que le parecía que para describir tan bien la prisión, el autor tenía que haberla conocido por dentro.

—Eso no significa gran cosa —dijo Warner—. Es el tipo de comentario que puede hacer cualquiera. De hecho, incluso lo hace menos probable, porque si Ashe hubiera reconocido a Lestrange a partir de uno de sus libros, se habría guardado mucho de hacer un comentario así. Bien, repasemos los hechos: solo hace tres años que conoce usted a Michael Ashe, desde la publicación de *Comercio de vientos*. No sabe su dirección y afirma que podría estar en cualquier parte del mundo en este momento. Solo algunas preguntas más. ¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace un mes —dijo Marriott.

—¿Me puede dar una fotografía suya?

—No, no puedo. No quería que publicáramos ninguna foto.

—Ejem..., en esto se parece a Lestrange —dijo Warner—. Bueno, seguiré dando vueltas a algunas de mis extrañas ideas. Por cierto, ¿le importa decirme su dirección exacta y cuál es la parada de taxis más cercana cuando uno de sus invitados necesita un taxi?

Marriott le dirigió una mirada pesarosa.

—Vivo en el 27 de Melrose Mansions, Bloomsbury —respondió—, y la parada de taxis más cercana es la de la esquina con Gower Street.

—¿Y recuerda la fecha de su cena, cuando presentó la misteriosa Lestrange al escéptico Ashe?

Marriott sacó una agenda de su bolsillo y buscó la fecha.

—El 14 de febrero —dijo.

—Qué apropiado —murmuró Warner—. Bueno, ya sé que está deseando librarse de mí. ¡Alégrese! A lo mejor nuestras teorías se demuestran falsas y resulta que Vivian Lestrange está tomándose un merecido descanso en el sur de Francia, su carta de explicación a la señorita Clarke se ha perdido en el correo y Michael Ashe está tomando el sol en Antibes.

—¿Qué pasa con el cadáver? —preguntó Marriott.

—Un simple ladronzuelo que se quedó con el cuaderno de notas de Lestrange cuando entró a robar en Temple Grove —respondió alegremente Warner.

—Váyase ya —dijo Marriott—. Me está cansando usted.

Warner salió de la editorial y se encaminó a la esquina con Gower Street, donde encontró a un hombre de aspecto avejentado y zarrapastroso contestando al teléfono fijado a un poste que servía para llamar a los taxis.

—¿Está usted normalmente de guardia en la parada?

—¿Guarda? Bueno, no sé si lo diría *asín* —resolló el hombre, mirando sonriente a Warner con sus cansados ojillos—. ¡Guarda! Me recuerda al catecismo que estudiamos de niños. El ángel de la guarda... ¿Cómo era eso? «Ángel de la guarda, dulce compañía».

—Muy bien dicho —dijo Warner al tiempo que metía la mano en

el bolsillo y sacaba un chelín.

—Gracias, caballero, muchas gracias —dijo sonriente el hombre —. No es que sea un profesional, más bien un *aficionao*, pero hago lo que puedo —dijo, señalando con el pulgar la parada de taxis—. Lo hago de vez en vez. ¿En qué le puedo *ayudá*, caballero?

—Busco al taxista que estaba en esta parada el pasado 14 de febrero sobre las once de la noche —dijo Warner.

—Era el día de San Valentín, caballero. No es que se vean muchas tarjetas de San Valentín hoy en día, pero le diré una cosa, aquel día gané una apuesta en el canódromo y el galgo se llamaba *Valentín*. No parece una casualidad, ¿no? Bueno, por casualidad servidor estaba aquí esa noche. ¿Ha leído a Dickens, caballero?

—Sí. Uriah Heep[4] —respondió Warner casi automáticamente—. Si estuvo aquí la noche de San Valentín, ¿puede decirme si hay algo que pueda recordar?

—Y tanto, y tanto, caballero. —Rio el hombrecillo—. Aquí su humilde servidor tuvo suerte otra vez. Era un tío alto, tan alto como usted, y un auténtico señorito. Quería saber quién respondió a una llamada de Melrose Mansions, hacía media hora. Fue Joe Bates quien hizo el viaje, y lo sé porque yo mismo le di la dirección.

Warner hizo sonar las monedas en su bolsillo.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Bien, el señorito quería la dirección de Joe Bates, y le daría también algo de dinero. Se ve que a la dama se le cayó un collar de perlas en la fiesta y el señorito quería devolvérselo. No sé si lo hizo o no lo hizo —dijo el viejecillo pensativo—. Joe solo le dijo el edificio de apartamentos donde vivía la dama, nada más —continuó con su voz grave—. Hoy en día no sabes, no sabes..., pero el señorito me pagó bien, como un caballero.

—Bien, pues ya me puedes dar la dirección de Joe Bates —dijo Warner, sacándose otro chelín del bolsillo.

Los ojos del hombrecillo relucieron.

—Muchas gracias —dijo—, pero veo al propio Joe sentado en su automóvil al final de la parada...

—Entonces voy a hablar con él —dijo alegremente Warner.

El viejecillo se llevó la mano a la boina.

—Mucha suerte, caballero —resopló—. Antaño me dediqué a barrer las calles y a pintar las aceras, y hasta corría junto a los autobuses para ayudar a descargar bultos, pero nunca me pagaron tan bien como ese día de San Valentín. Diez chelines me hice ese día, porque soy un tipo legal, y al día siguiente me emborraché, hasta las trancas me emborraché...

A través de Joe Bates, el taxista, Warner averiguó exactamente lo que esperaba averiguar. Poco más tarde de las once de la noche de aquel 14 de febrero (que los taxistas recordaban como el día en que «el viejo Jarge» ganó una apuesta en el canódromo), una llamada telefónica pidió un taxi en Melrose Mansions. Joe Bates condujo hasta allí su coche para recoger a su clienta, una señorita elegantemente vestida, a la que llevó hasta Clare Court, en Hampstead. De regreso a St. Pancras, poco después de la medianoche, el taxista vio un coche aparcado frente a su edificio, y dentro del coche un hombre que lo interpeló y le preguntó si se llamaba Bates. Tras un breve intercambio, el taxista le explicó que había llevado a la dama desde Melrose Mansions hasta Clare Court.

Warner parecía preocupado cuando dejó la parada de taxis y caminó por Gower Street. Había acertado con su suposición: Michael Ashe, muerto de curiosidad por Vivian Lestrange, había tomado el camino más directo para averiguar dónde vivía; era lo más fácil para cualquiera con dos dedos de frente. A la mañana siguiente, Ashe se habría apostado frente a Clare Court hasta que la dama en cuestión saliera de casa y la habría seguido hasta Temple Court. ¿Y después? Warner intentó adivinar qué habría hecho él si hubiera tenido esa misma curiosidad. Tras unos días de observación, Ashe habría llegado a averiguar la verdad, siempre que tuviera sus sospechas sobre la identidad de Vivian Lestrange. A partir de ahí, no había más que conjeturas. Warner sintió que para ordenar sus ideas le convenía tener una conversación con Eleanor Clarke.

Con una llamada telefónica a Clare Court, el inspector jefe se aseguró de que Eleanor Clarke regresaría después de comer, de modo que decidió recobrar fuerzas también con una comida y se dirigió a Hampstead.

La señorita Clarke lo recibió con un cálido saludo.

—Oh, estoy tan contenta de verle —dijo en tono de alivio—. Esto es sencillamente una pesadilla, y cada vez que llega el cartero se me encoge el corazón de aprensión por lo que pueda traerme. ¿Le han hablado del ridículo paquetito de pagarés?

Warner soltó una carcajada.

—Sí, aunque eso no es lo que la mayoría de la gente consideraría una pesadilla. En su caso, no obstante, podría decir aquello de «*Timeo Danaos*».[5] ¿Sabe a cambio de qué emitió el banco esos pagarés?

La señorita Clarke negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, y el inspector Bond se mostró arisco y no me dijo ni media palabra. Ese hombre es un misógino. La simple visión de una mujer le resulta irritante. ¿A quién pertenecen los pagarés?

—Los emitió el Westminster Bank por un cheque firmado por el señor Lestrange que ingresó en el banco la señora Fife —dijo Warner mientras estudiaba de cerca la expresión de su interlocutora. Vio que sus mejillas enrojecían, aunque en sus ojos solo detectó consternación.

—¡Dios mío, es terrible! —exclamó la señorita Clarke, y se quedó pensativa, con el mentón apoyado en sus manos entrelazadas—. Así que era eso lo que pensaba Bond —dijo al rato—. Conocía la numeración de esos pagarés y supuso que me los había enviado a mí misma y luego se lo había contado para protegerme... ¿No puede averiguar quién me los ha enviado? —exclamó en tono suplicante, muy lejos del aplomo habitual.

—Reconozco que de momento no se me ocurre la forma de averiguarlo —dijo Warner—. La única pista es el texto mecanografiado del pagaré y de la dirección. Hasta que no avancemos más en este caso no sé dónde buscar la máquina de escribir. Es usted muy rápida haciendo deducciones a partir de los acontecimientos, señorita Clarke, y le resultará evidente que hacemos lo que está en nuestra mano para encontrar a alguien que conociera a Vivian Lestrange, al hombre detrás del nombre, por así decirlo. Es normal que en el mundo literario hubiera curiosidad por

conocer a un autor tan exitoso. Sabemos que los señores Bailley y Marriott estaban ansiosos por poder hablar con él personalmente. ¿Ha conocido usted a alguien más que expresara ese mismo deseo?

Eleanor Clarke lo miró largamente antes de responder.

—Nadie me preguntó nunca por Vivian Lestrange porque nadie sabía que él me había contratado. Siempre que hablaba con alguien de mi jefe, que no era muy a menudo, me refería a él como el señor Thomas Browne... Ah, estaba Michael Ashe, claro...

—Exacto —dijo Warner—. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que vio al señor Ashe?

Claramente desconcertada, la señorita Clarke miró a Warner con el ceño fruncido.

—Lo vi solo una vez —dijo lentamente—. ¿Por qué lo pregunta?

Warner respondió sin dejar de observarla con atención:

—Porque tengo la brillante idea de que Ashe averiguó la dirección de su casa, y a partir de aquí le habría sido muy sencillo seguirla hasta Temple Grove a la mañana siguiente.

Ella se quedó inmóvil, en silencio y con el ceño fruncido. Cuando respondió, habló como si pensara en voz alta:

—Ya sabía que no me creía, lo sentí con toda claridad..., pero ¿por qué iba a querer el señor Ashe matar al señor Lestrange? Lo creo perfectamente capaz de hacerlo, porque es un bruto y le pega cualquier tipo de crueldad..., pero ¿por qué?

—A ver si puede responderme a esta pregunta —dijo Warner con suavidad—. ¿Por qué da por supuesto que el señor Lestrange está muerto? ¿Qué pruebas tiene?

La señorita Clarke se incorporó de golpe, y a continuación lo miró a los ojos.

—Estoy convencida de que está muerto —dijo, pálida como el papel—. No tengo ninguna prueba, pero desde el momento en que vi aquel agujero en la ventana del estudio tuve la seguridad de que había muerto. No soy supersticiosa, y no estoy chiflada, pero tuve la certeza de que en aquella habitación había muerto alguien.

Warner no respondió de inmediato, y en la estancia flotó un silencio incómodo. Al cabo de un rato, tomó la palabra:

—Ese tipo de intuiciones no son fiables en absoluto. Una idea así

solo nos puede llegar a la mente debido a un conocimiento anterior. Ya sé que ha tenido un día difícil, que se ha debatido mentalmente sobre lo que tenía que hacer acerca de aquella casa inexpugnable, pero ni siquiera eso es razón suficiente para expresarse con tal certeza. ¿Está segura de que no ha llegado a esa convicción siguiendo otro hilo de pensamientos?

Ella negó con la cabeza.

—No. No había nada, salvo que tengamos en cuenta que inconscientemente sabía que había algo raro en Temple Grove y sus ocupantes... Supongo que de tanto darle vueltas a eso yo también me estoy volviendo rara, o no habría dicho esa tontería acerca de la muerte en la habitación.

—Este asunto la está consumiendo —dijo Warner amablemente —. Y ahora, por favor, respóndame como si estuviera bajo juramento. ¿Ha vuelto a ver o a hablar con el señor Ashe después de la cena en el piso del señor Marriott?

—No. Nunca —respondió ella con firmeza, y cuando Warner se levantaba para marcharse, añadió—: Respóndame a esto por lo menos: en su opinión, ¿la desaparición del señor Lestrange se debe a un asesinato?

—El caso en sí mismo es tan rebuscado que me resulta difícil darle una respuesta —respondió Warner—, pero le diré que considero que el caso en el que estoy trabajando es un caso de asesinato. Puede que esté totalmente equivocado, el tiempo lo dirá.

---

4. Uriah Heep es un personaje de *David Copperfield*, la novela de Charles Dickens. Su nombre se ha convertido en sinónimo de adulación o servilismo.

5. De «*Timeo Danaos et dona ferentes*»: «Temo a los griegos incluso cuando hacen regalos», un verso de Virgilio de su poema la *Eneida.*

CAPÍTULO X

Tal y como Warner y Bond preveían, recibieron un aluvión de cartas de respuesta a las preguntas de la prensa sobre Vivian Lestrange. Había cartas firmadas y anónimas, educadas y zafias, y tuvieron que poner a un equipo de oficinistas a clasificarlas. Las más habituales eran de quienes aseguraban que los libros de Lestrange le definían perfectamente, una ilusión habitual entre los lectores noveles, como sabe cualquier autor. La única carta que parecía añadir una información valiosa era una comunicación fuera de lo común dirigida a Temple Grove. «Al policía responsable. Asunto. El difunto Vivian Lestrange», rezaba el texto del sobre. Bond abrió la carta con su habitual expresión de calmado escepticismo. Una hora más tarde seguía escudriñando las páginas pulcramente mecanografiadas. La carta empezaba:

A quien pueda interesar:

Vivian Lestrange está muerto. Ese es el meollo del asunto, en mi opinión, pero la prensa está interesada en otro aspecto del caso. «¿Quién es Vivian Lestrange?», decía el titular del *Mercury*. «El misterio de la identidad del famoso autor», proclama el *Clarion*. «¿Conoce ya al autor de *El caso Charterhouse*?», pregunta el *Sun*..., y así, uno tras otro.

Les resumo el asunto en pocas palabras. El nombre de Vivian Lestrange recoge las experiencias y las ideas de diversos hombres y mujeres. ¿Una banda? Sí, en cierto modo, aunque el ermitaño de Temple era el auténtico escriba. Era él, con su conocimiento, quien recogía y expresaba en palabras las extrañas experiencias y conocimientos de una camarilla de

exconvictos, hombres que habían estado en contacto con hechos violentos, estafas y engaños de todo tipo. Ninguno de ellos podría haber escrito las novelas de Lestrange, pero sin su ayuda esas novelas no habrían sido posibles.

El propio Vivian Lestrange cumplió siete años en prisión. Su delito era el desfalco, pero su sentencia, igual que la mía, se vio endurecida porque utilizó la violencia en su empeño por evitar el arresto y la cárcel, que siempre había considerado injustos. Siete años en la cárcel es una sentencia muy dura, pero el hombre que lo juzgó era conocido entre nuestra camarilla como un juez muy duro. Vivian Lestrange me dijo, antes de su encarcelamiento, que «nunca había llevado a cabo ninguna acción impropia de un caballero»; así, con esta anticuada expresión, lo decía. ¡En verdad, la cárcel nos convierte a todos en malvados! Ningún hombre puede vivir siete años entre delincuentes sin verse afectado. La prisión ejerce una acción de nivelado, un nivelado con lo peor, no con lo mejor. Antes de que me metieran por primera vez en la cárcel yo era un chico bastante inofensivo. Ahora mi único código ético es mi propio bienestar, mi propio provecho, mi propia seguridad.

Oh, tú, miembro de la Policía de Su Majestad, pues sé que esta carta será leída por uno de vosotros, oh inmaculados hombres vestidos de azul marino, ¿acaso te impacienta este largo preámbulo? Sigue leyendo, aunque solo sea en nombre del deber.

Me he alargado explicando mi propio desarrollo moral en la cárcel porque fui yo el humilde desencadenante que hizo brotar a uno de los mejores novelistas de hoy en día. «Allí dentro» no tenemos muchas ocasiones de entablar discusiones filosóficas. Nos está prohibido conversar con nuestros compañeros, pero ¿no sabes, oh, tú, honrado lector con uniforme azul marino, que el recluso es capaz de burlar vuestras reglas inhumanas? ¿No has oído hablar del código de los reclusos de Princetown, que golpean con los nudillos las tuberías del agua caliente para comunicarse uno con otro,

igual que «Un día comparte al otro la noticia» en el salmo 19? ¿Sabes leer el código Morse y el de las carreras, semejante al tictac de un reloj, la jerga de los ladrones de Shadwell y el paciente golpeteo del alfabeto por hombres iletrados con mucho tiempo libre? Pese a todas vuestras normas, nosotros, los enemigos de la sociedad, hablábamos y en ocasiones intercambiábamos anécdotas. Un día Vivian Lestrange me dijo: «¡Qué gran novela se podría escribir con esto!».

¿En serio?... Yo lo he intentado, pero carecía de la imaginación necesaria para soldar esos fragmentos sueltos en un todo, para darle a esa historia fantástica una apariencia humana, para infundirle vida. Vivian Lestrange tenía esa capacidad, sin embargo. Más tarde, cuando ambos habíamos salido de la cárcel, iniciamos nuestra extraña colaboración. Yo conocía a muchos delincuentes, y uno me llevó a otro cuando supieron que les pagaría por una extraña historia. ¿Has leído *El caso Charterhouse*, oh, hombre de azul marino? ¿Te preguntaste cómo pudo un novelista tomarse el trabajo de reunir tantos detalles? Pregunta en Princetown por el viejo William Griggs, que cumplió una condena de diez años por asalto con violencia y murió el año pasado. Fue él quien me dio esos detalles del penal. Para ahorrarles horas de pesada investigación, les puedo asegurar que ni Lestrange ni yo estuvimos jamás en Princetown.

Y así fue como se creó la camarilla y «Vivian Lestrange» cogió la pluma y empezó a entretejer esas extrañas historias para formar un todo lleno de vida, y lo hizo con tanta habilidad que nadie habría sospechado la verdad, con tanto arte que hasta el más astuto de los críticos literarios se rendía ante una novela de Lestrange.

¡Fue un estupendo negocio! Aparte de otros medios de vida, porque sabed que teníamos más conocimientos que los que nos enseñasteis «ahí dentro». Para muchos hombres y mujeres cuyas fotografías se encuentran expuestas en las galerías de los pícaros, en Scotland Yard, las novelas de Lestrange combinaban el placer y el beneficio. Entonces,

¿cómo es que Lestrange abandonó la escena tan repentinamente?

Los hombres tienen poca memoria, y un poco de éxito puede dar pie a mucha arrogancia. Lestrange estaba tan convencido de que nada podía afectarle que quiso tentar a la suerte describiendo la actividad que hoy en día me permite vivir como un ciudadano respetable en una próspera ciudad de provincias. Yo aprecio mi actual situación, no soy un patán sin estudios salido de las alcantarillas. Asistí a una reputada escuela y he llevado la vida confortable y segura que tanto les gusta a las clases medias. Ahora soy un caballero que vive de rentas, con un pasado (ficticio en su mayor parte) y un futuro (lleno de esperanza).

Tengo fama de hombre caritativo que asiste a la iglesia y confío en llegar un día a sacristán, ya que este cargo es, en mi opinión, el *summum* de la respetabilidad burguesa.

Sin embargo, vi que mi situación corría peligro a causa de la atrevida imaginación de un autor empeñado en utilizar mi historia como parte de una novela de Lestrange.

Hay al menos una cosa que la justicia de este país me ha enseñado, y es que uno debe mirar por sí mismo, debe ser capaz de defenderse.

A Lestrange lo mataron de un disparo. Murió sin saber que estaba en peligro, sin miedo, sin sufrimiento. Su cadáver está escondido —esto apelaría a su gusto por la ironía— en un lugar que él mismo me describió. De joven, Lestrange vivía en el campo, y al morir ha regresado al lugar de su juventud, en un lugar recóndito, ideal para esconderse, que él mismo me había descrito cuando trabajaba en la trama de su novela. «Es el lugar más solitario del mundo», me dijo. «¿Por qué no vas un día a verlo? Pero llévate unos remos por si acaso el viejo Dick se ha vuelto precavido con los años. No te acerques al pueblo, porque sienten curiosidad por los visitantes».

Sentado en mi coche en una sombreada colina de los Cotswolds, he releído mi escrito. Es un texto bien narrado.

Creo que si se lo enviara al *Clarion*, el diario publicaría un texto mío por primera vez en mi vida, pero no logro idear una manera de cobrar el dinero (no tengo suficiente imaginación; aquí Lestrange me echaría una mano). Sin embargo, me resulta más satisfactorio imaginar el trabajo que tendrán para leer y releer mi humilde intento literario. Creo que la situación tiene mucha gracia.

Solo me preocupa una cosa, y es que unos policías carentes de imaginación descarten totalmente este texto al considerarlo el intento de un pobre diablo que quiere hacerse pasar por autor. Para que mi relato esté completo y resulte convincente, debo añadir unos cuantos detalles.

A Lestrange lo mataron (encontrarán su cadáver antes del otoño) con una pistola de servicio del calibre 45. Admito que aquí cometí alguna torpeza. Él estaba sentado en su butaca frente a la mesa de trabajo, y al recibir el disparo cayó de inmediato sobre la mesa. No suelo ponerme nervioso, pero cuando atravesé la habitación para acercarme a él creí ver a alguien al otro lado de la ventana. Volví a disparar, aunque no hacía ninguna falta. Eso me provocó algunas dificultades, porque me había propuesto evitar cualquier atisbo de melodrama. Sabía que la policía registraría la casa antes o después (el alquiler está a punto de extinguirse) y había una ventana rota, un hecho tremendamente molesto porque, aunque soy habilidoso nunca he aprendido la sencilla operación de reponer el vidrio de una ventana. No les aburriré con el relato de mi plan original. Aquel cristal roto lo había inutilizado. Actué con rapidez, y reconozco que pasé una tarde inusitadamente atareada poniendo las cosas en orden. (Mi entrenamiento como convicto me ha convertido en un buen limpiador).

¿Y el ama de llaves?, se preguntarán. Solo les diré una cosa, y es que tengo sobre ella el mismo control que tiene ella sobre mí. Una vida a cambio de una vida, y a los dos nos gusta vivir. «La señora Fife» nunca me delataría.

Por último —perdonen si señalo lo evidente—, les sugiero

que comparen este escrito a máquina con el del paquete que recibió recientemente la señorita Clarke. Lestrange confiaba plenamente en su raciocinio, y estoy seguro de que una joven tan sensata informará a la policía del extraño regalo que acaba de recibir. Estos pagarés los emitió el banco como pago a la Banda Lestrange, y la competente señorita Clarke se ha ganado nuestro agradecimiento. No hace falta decir que ella no sabe nada sobre la extraña muerte de Lestrange. Soy el único que conozco todos los hechos, y francamente, les reto a que me encuentren. Les doy un consejo, por si les sirve. Salven las apariencias. Digan que han encontrado a Lestrange y que han aclarado el misterio. Padecer de amnesia está de moda. No habrá más novelas de Lestrange. Lo lamento, pero me importa más mi tranquilidad. Ante mí se abre un futuro de imperturbable respetabilidad.

Puedes creerme, oh, admirable hombre vestido de azul marino.

UN PRODUCTO DEL SISTEMA PENITENCIARIO

Tras leer tres veces de principio a fin el texto mecanografiado, Bond se recostó en la silla y exhaló un suspiro.

—¡Que me lleven los demonios! —exclamó, y añadió—: Bueno, por todos los... —No siguió adelante porque no le gustaba proferir juramentos.

Cogió el teléfono para hablar con el inspector jefe Warner.

Alrededor de dos horas más tarde, los dos se reunieron en el despacho de Warner en Scotland Yard, porque el inspector jefe había estado ocupado todo el día con sus propias cavilaciones.

—¡Hola! ¿Qué ha hecho ahora Eleanor Clarke? —preguntó jocoso Warner.

Bond se limitó a tirar el escrito mecanografiado sobre la mesa.

—Ya que tanto le interesa el estilo literario, señor —dijo—, tal vez podría decirme si esto lo ha escrito un hombre o una mujer.

Warner tomó el sobre y se concentró en la lectura de su contenido. Leyó el escrito detenidamente, sin que se le moviera ni un músculo de la cara porque sabía que Bond lo miraba con

atención. Cuando llegó al final musitó:

—¡Por todos los santos! Me deja...

—Lo mismo que yo —le interrumpió Bond—. Me ha dejado sin habla, ya le digo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Warner—. ¿Quiere convencerme de que esto lo ha escrito Eleanor Clarke? ¡Maldita sea, Bond! No me lo creo.

—Yo tampoco —respondió Bond—, pero hay mucho que averiguar todavía. Algunos puntos son muy ciertos. Hay alguien que lo sabe todo. Sin embargo, desde el punto de vista de los detectives, eso no aporta mucho. He verificado la referencia a William Griggs, y es totalmente cierta. Murió el año pasado en Deptford.

—¿En serio? ¡Demonios! —exclamó Warner con súbito interés. Luego habló con más calma—: Bien, vamos a repasar esto tranquilamente y a hacer un resumen. Primero, Vivian Lestrange creó la trama de sus novelas a partir de hechos reales que le contaron exconvictos. Bueno, es posible. Si un hombre posee dotes naturales de gran novelista, podría tomar el germen de una idea y a partir de ahí urdir su novela. No me atrevería a decir que eso es imposible. El autor de esta carta asegura haber sido un enlace. Me pregunto si él, o ella, visitaba a Lestrange o viceversa...

—No hay ninguna prueba, señor —masculló Bond—. En Temple Grove recibían mucha correspondencia. A lo mejor se hacía todo por correspondencia.

—El método moderno —dijo Warner—. Le enseñamos por correo. Gane dinero mientras aprende. Vea los anuncios... En segundo lugar, Vivian Lestrange estuvo siete años en la cárcel, como el Jacob bíblico, lo mismo que Edward Merstham. Es el primer punto que hay que investigar. Tiene que averiguar quién era el juez, por cierto. Suena como si se tratara del viejo Blackcap. Le gustaba «que aprendieran». Mi propio aprendizaje moral... Ejem..., eso son paparruchas. Lo de las conversaciones a través de las cañerías en Princetown es cierto, pero lo sabe todo el mundo... «Darle a esa historia fantástica una apariencia humana». Tiene estilo literario, desde luego. Las frases equilibradas y todo eso. Se nota que tiene el hábito de la escritura.

—Demasiados adjetivos, a mi modo de ver —dijo Bond—. Sobran adjetivos. Todo es demasiado florido.

—¿Quiere decir que es demasiado femenino, oh, inmaculado hombre vestido de azul marino? Dios mío, si no fuera un asunto tan serio, resultaría muy divertido. De hecho, es muy divertido... William Griggs, dato comprobado. Es el segundo punto. Mientras tanto, Vivian Lestrange se creció y «quiso tentar a la suerte». Esto no es más que un cliché. Podría haberse esforzado un poco más... Lo que dice sobre las escuelas selectas y los sacristanes es una tontería. No me lo creo. A Lestrange lo mataron de un disparo..., lo mismo que al tipo de la chimenea..., pertenecía a la nobleza rural. Ese es el tercer punto. Hay que reconocer que nuestro elegante remitente parece conocer a fondo la historia de los Merstham. «Llévate unos remos por si acaso»... Esto suena a Kirkham-on-Wye, este será el punto cuarto. A continuación, habla de la ventana rota, lo que prueba que el autor del escrito conocía Temple Grove, así como el nombre del ama de llaves. Finalmente, el comentario acerca del regalito enviado a la señorita Clarke y la explicación no solicitada... Esa joven no puede ser la autora del escrito, Bond. Tiene demasiado sentido común. Aquí parece estar declarándose inocente de forma vicaria, y ella habría visto enseguida lo imprudente que es eso, por no hablar de la falta de habilidad.

—Creo que habría adivinado enseguida su reacción a ese párrafo, señor —exclamó Bond en uno de sus súbitos accesos de astucia—. Esa joven siempre va una jugada por delante. Es lo que no me gusta de ella. Siempre está dispuesta a forzar deducciones.

—Tanto como usted a extraer conclusiones. —Rio Warner—. Vamos a resumir los hechos probados y dejemos de momento los puntos discutibles. Estos son mis puntos:

1. Vivian Lestrange cumplió una condena de siete años (lo mismo que Edward Merstham).
2. Existencia de William Griggs.
3. Vivian Lestrange pertenecía a la aristocracia rural (lo mismo que Edward Merstham).
4. Conocimiento de Kirkham y de la barca de Dick Barton.

5. Ventana rota en Temple Grove.
6. Nombre de la señora Fife.
7. Conocimiento del paquete recibido por Eleanor Clarke.

»Supongo que puedo añadir como punto 8 que la mecanografía del paquete de la señorita Clarke y la de esta carta son idénticas, ¿no?

—Por supuesto, señor —dijo Bond.

—Veamos, ¿cuántos de estos conocimientos los podría haber obtenido Eleanor Clarke? —dijo Warner.

»*Punto 1*. Si Vivian Lestrange había cumplido siete años de cárcel, dudo mucho que se lo hubiera contado a su secretaria, y a juzgar por lo que hemos visto del interior de Temple Grove, no era el tipo de hombre que dejara pruebas por ahí para que otros hicieran sus cábalas.

»*Punto 2*. La existencia de Griggs. Salvo que tuviera amistades entre los delincuentes, Eleanor Clarke no habría podido saber de la existencia de Griggs.

»*Puntos 3 y 4*. En lo referente a Kirkham, se aplica lo mismo que en el punto 1.

»Es improbable que supiera del lugar por Lestrange. Los últimos tres puntos le serían familiares siempre que tuviera conocimiento del asesinato.

—Si adoptamos otro enfoque, señor, podríamos presentar el caso partiendo de eso —dijo Bond—. Si la señorita Clarke es cómplice principal o secundario en el asesinato del hombre encontrado en Kirkham, podemos suponer que lo sabía todo sobre él, su historia y sus orígenes. Damos por supuesto que no lo mató por azar.

—No —reconoció Warner—, estoy convencido de que no deja nada al azar. Últimamente ha cambiado usted de opinión, Bond —añadió el inspector jefe con satisfacción—. Al principio se negaba a admitir que Vivian Lestrange existiera salvo en la persona de su secretaria.

Bond se sonrojó.

—Sí, señor. Desde el principio he avanzado a trompicones, intentando encontrar un camino, y me he perdido más de una vez.

Ya sé que me está tomando el pelo, pero todavía puedo presentar un caso, aunque no sea una presentación impecable. Como ha dicho, empecé dándole vueltas a la posibilidad de que la propia señorita Clarke fuera Lestrange, y que toda la historia fuera simplemente una tapadera para ocultar sus auténticos motivos. Lo que ha cambiado el panorama ahora es la aparición de un cadáver, lo que convierte este caso en la investigación de un asesinato. Sigo manteniendo, sin embargo, que no tenemos pruebas de que la víctima haya vivido en Temple Grove, y que existe la posibilidad de que la señorita Clarke se haya enviado a sí misma el paquete de pagarés, y que haya escrito esta carta.

—¿Y la señora Fife?

—Es cómplice secundaria o principal. Una mujer sola no podría haber trasladado el cadáver, pero entre dos lo podrían haber hecho.

Bond se quedó mirando a Warner con expresión desafiante, pero el inspector jefe se limitó a decir:

—Continúe. Tiene usted algunas ideas más.

Bond se lanzó:

—No sabemos dónde mataron a la víctima. Pongamos, por ejemplo, que la mataron en Temple Grove, el sábado o incluso el viernes. Podrían haber trasladado el cadáver a Kirkham el mismo sábado. No tenemos pruebas fehacientes de que la señorita Clarke estuviera en Londres el sábado. Solo sabemos que la vieron el domingo a las once de la mañana. Habría tenido tiempo de llegar a Kirkham el sábado por la tarde, ayudar a trasladar el cadáver al caer la noche y estar de regreso el domingo por la mañana y entrar en su casa sin que nadie la viera.

Warner sacudió la cabeza.

—No me convence. La cabaña no se incendió hasta después del domingo, probablemente no antes de que Eleanor Clarke viniera a verle... No niego que su argumentación tendría sentido con alguna pequeña modificación. Lo peor es que esta maldita carta nos deja a la deriva. Es difícil negar que contenga alguna verdad, y no sabemos cómo encajarla porque es evidente que el autor sabe algunas cosas que nadie ajeno al caso debería saber. Creo que lo mejor será que yo le explique cuál ha sido mi línea de investigación, para ver si

podemos encontrarle un sentido a este acertijo.

CAPÍTULO XI

La «línea de investigación» de Warner apuntaba en la dirección de Michael Ashe. Puesto que había acertado con su «intuición» sobre el taxista (eso aseguraba el inspector jefe), creyó que valía la pena hacer lo posible por entrevistar a Ashe, aunque solo fuera para conseguir más información sobre Lestrange. Puesto que los editores no conocían el paradero del novelista, Warner se dirigió a su club, el Addison, en John Street. Según pudo averiguar, lo había fundado un grupito de escritores de ensayo poco antes de la guerra, pero en los últimos años había cambiado radicalmente de estilo. Entre los miembros del Addison (era un club pequeño) se contaban autores de libros de viaje, exploradores, viajeros, geógrafos y —según le parecía a Warner— algunos aventureros cuya originalidad y versatilidad los hacían recomendables a ojos del comité del club. No bastaba con ser escritor para hacerse miembro del Addison, era preciso haber sido viajero, corresponsal de guerra, marinero o haber pertenecido al servicio secreto.

Warner se dirigió al secretario del club, un tal Mason, para pedirle información sobre el paradero de Michael Ashe y recibió una carcajada por respuesta.

—¿Ashe? Me temo que no le puedo responder. Es uno de esos tipos que va por su cuenta. Lo vi por última vez hace diez días, cuando abandonó su habitación..., se quedó aquí unos pocos días. Creo que iba a Mallorca, pero no estoy seguro.

—¿Le pueden hacer llegar una carta? —preguntó Warner.

Y su interlocutor se encogió de hombros.

—Se la haremos llegar a su banco —dijo.

Viendo que no iba a adelantar nada por ese camino, Warner sacó su tarjeta oficial de Scotland Yard, y Mason lo miró enarcando las

cejas.

—Muy interesante —dijo—, pero ya le he dicho todo cuanto sé; me temo que no tengo nada que añadir.

Warner se acomodó en la silla y le dirigió al secretario una amable sonrisa.

—Estoy buscando a Ashe porque creo que me puede proporcionar importante información —le comunicó.

—Entiendo —dijo el otro con voz inexpresiva—. Entiendo.

—Estoy seguro de que me puede ayudar usted mucho más de lo que cree —continuó Warner—. Puede decirme, por ejemplo, si Ashe utilizaba este club como un *pied-à-terre*. Al fin y al cabo, todo el mundo, por mucho que viaje, necesita un lugar donde dejar sus posesiones permanentes. Hasta los menos aficionados a comprar cosas poseen objetos que no quieren llevarse de un lado a otro cuando recorren el ancho mundo.

Al ver la expresión de su interlocutor, Warner añadió:

—Me refiero por supuesto a propiedades inanimadas: baúles, libros y cosas así.

Mason soltó una risita entre dientes.

—Entiendo. Quiere saber si Ashe utilizaba este lugar para guardar sus cosas. Le aseguro que no. Cuando se quedaba unos días aquí, solo traía un par de bolsas de mano. Y se las llevaba cuando se marchaba. En cuanto a si tenía un lugar donde dejar sus pertenencias, no le podría decir. Ashe no es muy comunicativo.

—Eso tengo entendido —dijo Warner—. ¿Quién lo recomendó para que lo aceptaran en el club?

—El viejo Gresson. Philip Gresson, ya sabe, el que escribe sobre las civilizaciones peruanas. Creo que conoció a Ashe en Sudamérica. Lo encontró sentado en medio de la selva bajo un árbol, o algo así.

—¿Cuánto tiempo hace que Ashe pertenece al club?

—Dos años. La mayor parte del tiempo está fuera del país, pero en los últimos seis meses ha pasado temporadas en Londres.

—¿Se encuentra el señor Gresson en Londres?

—¡Dios mío, no! Hace año y medio volvió a Perú, y desde entonces nadie sabe nada de él. Casi lo damos por perdido.

Mason se arrellanó en su silla y contempló pensativo a Warner.

—No le estoy siendo de gran ayuda, ¿verdad? Sinceramente, no podría darle información sobre Ashe aunque mi vida dependiera de ello. Es cerrado como una ostra.

—¿Le resulta simpático? —preguntó Warner de repente.

Su interlocutor soltó una breve carcajada.

—No, no me resulta simpático. Es tan arrogante como Lucifer y obstinado como una mula, es capaz de decir que una cosa negra es blanca sin más argumento que su maldita opinión... ¿Cómo va el caso Lestrange?

—Así, así —respondió Warner sin inmutarse—. ¿Por qué lo pregunta?

Mason se encogió de hombros.

—Scotland Yard busca a un famoso autor sobre cuyo origen y vida privada nadie sabe nada, luego Scotland Yard se presenta aquí y hace preguntas sobre Michael Ashe, otro famoso autor sobre cuyo origen y vida privada nadie sabe nada... No le puedo decir dónde está Ashe ahora, pero le puedo decir que ha estado intentando averiguar quién es Vivian Lestrange. En mi trabajo tengo que saber un poco sobre escritores en general, y Ashe intentó sonsacarme información sobre Lestrange.

—¿Qué sabe sobre Lestrange? —preguntó Warner.

—Nada. Nadie lo conoce, pero estaba un poco harto de Ashe y de sus aires de gran señor, así que comenté que conocía a Lestrange de modo que él lo oyera. Se apresuró a invitarme a cenar en el Savoy y se esforzó por emborracharme... No se lo creerá, pero tiró el dinero, porque al final él estaba borracho como una cuba y yo seguía sobrio. Como estaba molesto conmigo, intentó crearme problemas con el comité del club.

—Bueno, eso es interesante —dijo Warner—. Entiendo que no me servirá de nada invitarle a cenar con la esperanza de que me cuente algo sobre Vivian Lestrange ni sobre Michael Ashe...

—No, me temo que no —dijo Mason—. Mire, tengo trabajo que hacer, y ya he dicho bastante más de lo que la discreción aconseja. Cuando le dije que no sabía nada sobre Michael Ashe, le decía la verdad, pero es posible que otras personas sepan algo más. ¿Me garantiza que esta conversación es confidencial? No quiero verme en

el banquillo de los testigos para que me interroguen sobre lo que he dicho acerca de socios del Addison.

—Pierda cuidado —respondió Warner—. Le prometo que de aquí no saldrá nada de lo que me diga y que me ayude a ponerme en contacto con Ashe. Le aseguro que no se verá salpicado por este asunto.

—De acuerdo. Solo puedo decirle una cosa. Un día Ashe estuvo aquí charlando con un tipo llamado Staunton, un almirante retirado que estuvo años sirviendo en el Escuadrón de China de la Marina Real británica. Por lo que pude oír, Staunton creía haber visto a Ashe con anterioridad, creo que dijo algo de una comisión de investigación, y Ashe le aseguraba con una rotundidad tal vez excesiva que se equivocaba.

—¿Dónde podría encontrar a Staunton? ¿En Perú?

Mason soltó una carcajada.

—No. Viene todos los días a comer a la una en punto, regular como un reloj. Lo encontrará sin problemas. Sobre todo, no le diga que le he repetido lo que pude oír de una conversación privada entre dos socios. Es un individuo muy quisquilloso.

Warner asintió.

—Comprendo. Encontraré la manera de esquivar ese obstáculo. Si el almirante Staunton es socio del club, ¿entiendo que es escritor también?

—Así es. Ha escrito algunos libros de memorias, uno sobre la rebelión de los bóxers en 1900, Staunton era un mocoso en el buque de guerra Barfleur, del almirante Beatty, y otros que hablan de singladuras en el archipiélago malayo. Sus libros más conocidos son *Un marino en las Filipinas* y *De Bangkok a Singapur*.

—Muy práctico de su parte —dijo Warner—, porque Ashe ha escrito sobre esa misma parte del mundo. ¿Recuerda el libro *Allende las islas Andamán*?

—Sí, qué osadía la suya —dijo Mason—. Ashe se imagina que es el heredero de Conrad y se atreve a compararse escribiendo sobre Malasia. En realidad, no le llega a Conrad ni a la suela de los zapatos.

—Es posible —dijo Warner—, pero es un gran escritor, y las

comparaciones son odiosas. Por cierto, ¿tiene aquí algún libro de Staunton?

—Sí, en la biblioteca. Siempre nos trae un ejemplar. Es más de lo que hace Ashe.

—Bien, pues condúzcame a la biblioteca, si es tan amable —dijo Warner—. Y cuando llegue Staunton, dígale que quiero hablar con él.

—¿Lo quiere ver como inspector jefe o como un simple caballero? —preguntó Mason.

—Como inspector jefe. Dele mi tarjeta de visita, o mejor dígale al conserje que se la entregue —dijo Warner—. Y muchas gracias por todo.

—De nada. ¿En serio cree que Ashe sabe algo de Lestrange?

—Quién sabe —respondió Warner—. Desde que me ha contado que Ashe quería conocer a Lestrange, mi interés por hablar con él se ha duplicado. Este es un lugar bonito de verdad. Esos arquitectos, los Adam, eran realmente buenos en lo suyo.

Como era un hombre inteligente, Mason, que conducía a Warner a la biblioteca del club, captó la indirecta y empezó a hablar sobre molduras, techos y paneles de madera mientras ascendían por la amplia escalinata.

Casi media hora más tarde, un botones avisó a Warner de que el almirante Staunton estaba en el salón de fumadores y lo condujo hasta allí. El inspector jefe se encontró cara a cara con un hombre de pelo cano y anchas espaldas que sugería una mezcla de energía, agresividad, modales impecables y simplicidad infantil. Tras echar una mirada a su alrededor y comprobar que se hallaban en un anexo al salón de fumadores y que no había nadie más, Warner se sintió aliviado. Staunton sostenía en la mano la tarjeta de visita de Warner y lo miraba con suspicacia.

—Me gustaría saber a qué atenerme, señor —ladró—. ¿Se trata de una visita oficial?

—Lo es en el sentido de que estoy de servicio, señor —respondió Warner—, y debo disculparme porque lo más probable es que haya venido a molestarle sin necesidad, pero tengo la esperanza de que pueda proporcionarnos una información que sería de ayuda para mi

departamento.

Esta meditada presentación tuvo una recepción favorable.

—Estaré encantado de ayudarles si está en mi mano. Tengo en mucha estima a la policía, en mucha estima. Un cuerpo de hombres competentes, muy educados y serviciales. ¿De qué se trata? Siéntese, inspector jefe, siéntese.

—Se trata de un asunto enteramente confidencial, señor. He estado intentando ponerme en contacto con un hombre que tiene la costumbre de marcharse sin dejar ninguna dirección. Resulta que ese hombre ha escrito bastante acerca del archipiélago malayo, el golfo de Siam y el mar de China. Sabía que era usted una autoridad en lo referente a esos lugares, y al descubrir que tanto usted como aquel con el que intentaba contactar eran socios del mismo club, me he decidido a pedirle que responda a algunas preguntas.

—¡Ejem! ¿Está usted buscando a Michael Ashe?

La brusquedad de la pregunta hizo que Warner sonriera para sus adentros.

—No en el sentido tradicional del término, señor. Simplemente quiero ponerme en contacto con él para pedirle cierta información.

—¡Ejem! Bueno, me ha dicho usted que esta conversación sería confidencial. Entiendo que nos obliga a las dos partes. No quiero que me acusen de difamación.

—No se preocupe por eso, caballero —respondió Warner—. Lo que me diga no saldrá de aquí.

—Me alegra oírlo. Lo que puedo decirle es que Ashe es, probablemente, un maldito canalla. No tengo pruebas, pero lo sospecho. Cuando un hombre no tiene más que sospechas en que apoyarse, debería tener la prudencia de callar, pero cuando se trata de una investigación policial, maldita sea, entonces debe decir lo que piensa, siempre entendiendo que se refiere a conjeturas, no a hechos.

—Ya. Entiendo perfectamente, señor —asintió Warner—. Si me puede dar cualquier información sobre Ashe, estaré encantado de oírla. Me encuentro en una disyuntiva, porque tengo ciertas sospechas en cuanto a su persona, y quiero averiguar si es el hombre que estoy buscando.

—¡Ejem! ¿Qué sabe de él?

—Nada en absoluto, excepto que desde hace dos años ha saltado a la palestra como escritor y parece que escribe con conocimiento.

—En eso tiene razón. Ashe sabe de lo que escribe y nadie está más autorizado que yo para hacerle una crítica. Bueno, le cuento mi historia. En 1924 yo estaba jubilado, se habían deshecho de mí, en pocas palabras. Tras veinticinco años de servicio en el Escuadrón de China, regresaba a Inglaterra desde Hong Kong. Si ha leído los libros de Ashe, y los míos, sabrá lo que es un tifón. Entre Hong Kong y Singapur nos desviamos de nuestra ruta para evitar encontrarnos con un temporal que barría la parte oriental del mar de China. No voy a abrumarle con detalles sobre nuestro rumbo, pero digamos que estábamos a medio camino entre la costa de Annam y las islas Filipinas: 15 grados latitud norte y 115 grados longitud este, para que se haga una idea. El cielo estaba despejado y el barómetro en alza, soplaba poco viento y el mar estaba en calma. A eso del mediodía divisamos una pequeña embarcación a estribor. Nos encontrábamos a más de cien millas de la ruta comercial y el avistamiento de una pequeña embarcación en esas aguas solo podía querer decir una cosa. Corregimos el rumbo, dejamos el barco al pairo y colocamos en la mar un bote auxiliar para acercarnos a averiguar qué pasaba. Había cinco hombres a bordo, y el único que parecía con vida era un tipo alto que sujetaba con firmeza el timón; se aferraba a él, aunque ya no estaba en condiciones de mantener el rumbo. Era un hombre blanco, y otro blanco estaba atravesado sobre las bancadas de la embarcación. De los tres restantes, indonesios, había uno con vida, pero se volvió loco de furia cuando recobró el conocimiento. Bueno, cuando el blanco pudo responder a nuestras preguntas, nos contó su historia. Era uno de los tripulantes del S. S. Flores, que hacía la travesía entre Manila y Singapur con un cargamento de cáñamo. El Flores se topó con el tifón y atravesaron momentos muy difíciles. Cuando ya creían que lo peor había pasado, se les rompió el eje de la hélice. ¿Le sugiere algo esto?

Warner sonrió.

—Puedo usar mi imaginación, señor. ¿No es cierto que en un tifón lo correcto es navegar en la dirección del viento?

—Navegar en la dirección del viento a cuarenta y cinco grados por estribor —vociferó Staunton—. En ese caso el viento cambió y la tormenta había empezado a virar hacia el este. No podían dejar el barco al pairo y les cayó encima una lluvia torrencial. El navío estaba inutilizado, le entraba agua por todas partes, y finalmente el capitán dio órdenes de usar los botes auxiliares. Lo que no logro entender es cómo ese bote sobrevivió a una tormenta así, pero ahí estaba, con el primer oficial, un marino blanco y media docena de indonesios a bordo. Cuando pasó lo peor, descubrieron que no tenían agua en los barriles. En resumen, llevaban cuatro días sin beber agua. El oficial se abrió la cabeza cuando bajaron el bote a la mar y el sol hizo el resto. Dos de los indonesios bebieron agua de mar y enloquecieron. Saltaron al agua, o eso nos dijo el oficial. Es posible. El marinero blanco se había unido al Flores en Manila. Se llamaba Thomas Browne.

—¡Dios santo! —exclamó Warner, y a continuación se disculpó por la interrupción.

—Puede creerme si le digo que es una historia curiosa. Una historia muy curiosa, diablos —gruñó Staunton—. No era asunto mío, yo no dirigía una comisión de investigación; eso llegó más tarde en Singapur, pero había algo que no me convencía. Aquel tal Browne era demasiado estúpido, no tenía idea de nada. No pertenecía al mundo náutico, solo se había embarcado para llegar a Singapur. Cuando bajaron la barca auxiliar, ayudó al oficial a separarla del Flores; no querían que se rompiera al impactar contra el costado del barco. Apenas hubieron subido a los botes, el Flores empezó a hundirse por la popa. Habían bajado otras dos embarcaciones a la mar, el capitán iba en la segunda, pero las perdieron de vista en medio de la tormenta.

»Bien, supongo que la comisión de investigación hizo lo que pudo. Las otras dos barcas no se recuperaron y Brown era el único testigo que tenían. No se puede esperar de un marino que te diga por qué el capitán hizo eso o lo otro, ni la posición exacta de la embarcación en un momento dado. No. Pero le doy mi palabra, señor, de que algo olía mal en ese asunto.

De repente miró con atención a Warner y rio entre dientes.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con usted? Una embarcación llamada Flores, con bandera tailandesa, queda destrozada por un tifón en el mar de China y se va a pique. No se salva nadie a excepción de un hombre, el único que puede relatar lo ocurrido. Le parece que estoy diciendo tonterías, ¿eh? Es posible. Pero al hombre que sobrevivió le ha ido bien en la vida. Ahora se hace llamar Michael Ashe.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Warner, y su interlocutor asintió con la cabeza.

—Ya lo puede decir. ¿Cómo cree que lo reconocí? El hombre que vi en el barco tenía barba, estaba en los huesos y quemado por el sol; iba vestido con prendas sueltas cedidas por nuestra tripulación al subirlo a bordo. Fui a hablar con él, no de forma oficial, porque no era más que un pasajero en aquella travesía, pero me interesaba saber lo que había ocurrido. Una de las cosas que me llamó la atención fue una larga cicatriz, desde la muñeca hasta el codo, en su antebrazo izquierdo. Y resulta que un día Ashe estaba hablando aquí sobre lucha libre, y él y otro tipo se quitaron las chaquetas para enseñarse una llave o algo así. Mientras luchaban, a Ashe se le hizo un desgarrón en la manga de la camisa. Al ver la cicatriz entendí por qué había algo en él que me resultaba familiar, aunque no había sido capaz de decir qué. Entonces supe que era el hombre que conocí a bordo del Oranga. Era Thomas Browne.

—¿Le preguntó si era él?

—¿Que si le pregunté? Ya lo creo que lo hice. Y lo negó. Me mintió. Ya le digo que no puedo probarlo, pero es la verdad.

Staunton se inclinó hacia Warner y lo señaló con un dedo como si lo acusara.

—Ese tal Browne fingió ser un marino zafio y sin educación, con un vocabulario de cien palabras y el cerebro de un mosquito; fingió ser un tipo estúpido y lento, el hijo tonto de un cocinero de barco borracho, un maldito imbécil que no servía ni para alimentar la caldera del barco, el tipo de marino inútil que solo ocupaba espacio a bordo, y ocho años más tarde me lo encuentro como socio de un club literario. ¡Maldita sea! Es evidente que es un canalla, ¿no le parece?

—Usted tiene más datos que yo para formarse una opinión, señor —dijo Warner—. Supongo que la comisión de investigación averiguaría quién se enroló en Manila..., se conocía la compañía del barco, ¿no?

—Sí, sí, eso estaba claro. Thomas Browne había acabado su contrato con una embarcación mercante que hacía la ruta entre Surabaya y Manila. Se enroló en el Flores en el último momento porque uno de sus ayudantes se había puesto enfermo. Lo que yo creo es que los propietarios del Flores querían hundir el barco. La embarcación contaba con un buen seguro, y la compañía aseguradora tuvo que pagar. Ha habido trabajos sucios como este en el pasado y los volverá a haber, pero lo interesante de esta historia es la reaparición de Thomas Browne como Michael Ashe.

Sumido en sus reflexiones, Warner intentaba encajar las piezas del rompecabezas. Tenía la sensación de que cada vez que trataba de colocar una nueva pieza se veía obligado a desmontarlo todo para volver a empezar.

Staunton fumaba tranquilamente su apestosa pipa. De repente dijo:

—Supongo que no es el tipo de historia que esperaba oír, ¿verdad?

Warner volvió de golpe a la realidad.

—Pues no, señor. No exactamente. Le agradezco mucho que me haya contado esta historia, porque en mi trabajo estamos siempre recogiendo pequeñas pruebas para intentar encajarlas unas con otras. Lo que quiero ahora es ponerme en contacto con Ashe, pero por lo que usted me ha dicho parece que es una tarea endiablada. Es uno de esos hombres capaces de llevar una doble vida. Si quiere desaparecer, puede volver a convertirse en un marinero. El único problema es que hay tantos marineros desempleados que no tendría muchas oportunidades de conseguir un trabajo. Sin embargo, si conoce a gente en varios puertos, siempre podrán encontrarle algún apaño. ¿Cuánto hace que usted le preguntó si era Thomas Browne?

—Tres semanas, y apenas le he visto desde entonces. Fingió que se lo tomaba a broma, pero no le gustó nada mi pregunta, me di perfecta cuenta.

—¿Cómo le planteó la pregunta?

—Pues de la forma más simple. Le dije: «¡Vaya! ¿A ti no te rescató el Oranga después de que tu barco se hundiera en el mar de China?». Me miró como si hubiera visto al demonio en persona.

—Seguro que pensó que era usted el demonio en persona —dijo Warner, riendo entre dientes.

—¡Ejem!... Habrá oído decir que pensaba irse a Mallorca, ¿verdad? Bueno, pues creo que será el último lugar donde vaya. En mi opinión, es más probable encontrarlo en Honolulu o en las islas Andamán.

—En algún momento tendrá que volver —dijo Warner—. Ahora que se ha convertido en Michael Ashe necesitaría una razón de peso para abandonar este personaje tan rentable.

—Tal vez tiene una razón de peso —gruñó Staunton—. Me parece que lo puse bastante nervioso. Avíseme si lo encuentra.

—Lo haré —prometió Warner.

CAPÍTULO XII

Warner y Bond estaban de nuevo reunidos para hablar de «El caso del escritor desaparecido» —así había titulado la prensa el misterio de Vivian Lestrange—, a fin de «informar de los avances» o de su ausencia, como sugirió Bond con su habitual escepticismo.

—La palabra clave de esta reunión es «coordinación» —dijo animadamente Warner—. Es una palabra preciosa, que sugiere una suerte de creatividad ordenada, una evolución emergente, ya sabe. Queremos vincular «al ermitaño de Temple Grove», como lo denominó el autor de la instructiva carta, con el tipo hallado en la chimenea de Kirkham. Por cierto, lograron que la investigación pasara bastante desapercibida y la aplazaron «a la espera de futuras investigaciones» antes de que la prensa local tuviera oportunidad de comprender lo jugoso de la ocasión. Aunque cuanto más lo pienso, más confío en lo que dijo Vargon de que nuestra auténtica presa son los hermanos Merstham. Y para dar un título alternativo a los hermanos Merstham estoy dispuesto a leer a Vivian Lestrange y a Michael Ashe. Lea usted el informe penitenciario sobre Edward Merstham. Los puntos destacados son los siguientes: Nacido en 1884. Altura: 1,80 m. Excelente dentadura. Manos y pies muy grandes. Índice cefalométrico: 74,5. Peso en 1924: 86,5 kg. Cuando le mostré a la señorita Clarke una de las fotografías que le habían tomado a Edward Merstham en la cárcel, se apresuró a decir que no lo reconocía, pero eso no quiere decir nada. En la foto Merstham está afeitado y lleva el pelo muy corto. Lestrange llevaba barba, iba descuidado y tenía diez años más. Es normal que no reconociera el rostro inexpresivo y duro de la fotografía de la prisión. De momento, los detalles sobre los colores y las huellas dactilares no nos sirven, pero las dimensiones del cadáver son las mismas que las de James o Edward Merstham, los dos eran de la misma talla. Ahora, además del informe oficial de las autoridades de la cárcel sobre Edward

Merstham, tengo esta carta del sacerdote que era capellán en Maidstone cuando Merstham estaba en prisión. Léalo usted mismo.

Bond tomó la carta que le tendía Warner y la leyó.

> Recuerdo perfectamente a Merstham, mantuve muchas conversaciones con él. Durante los primeros meses en la cárcel se mostraba taciturno y le molestaban mis esfuerzos por comunicarme con él. Más adelante, se fue acostumbrando a la situación y se volvió más accesible, pero siempre se mostró resentido. Repetía machaconamente que su condena era injusta, aunque más adelante su pensamiento tomó unos derroteros filosóficos y le dio por hablar sobre la ética del castigo. Mantenía que, puesto que había sido injustamente castigado, tenía todo el derecho de infligir el mismo castigo al responsable de su desdicha. Insistía en este tema cada vez que conversábamos. Tenía un interés exagerado, por ejemplo, por el libro de Job, y la verdad es que sus investigaciones bíblicas me resultaban incómodas porque siempre me pedía mi opinión sobre los durísimos castigos impuestos a Ananias y a Safira, la mujer de Lot, los delatores de Daniel y otros.

Bond soltó una carcajada.

—Supongo que al capellán no le resultaría fácil explicar el tema de «La venganza es mía» a un hombre sobre el que había recaído la dura venganza del Estado –observó.

La carta continuaba:

> Aparte de esa obsesión, yo diría que uno de los pocos beneficios que la cárcel tuvo sobre él fue el de empujarle a leer en serio por primera vez en su vida. Leyó un buen número de obras de peso: Gibbon y Macaulay, así como los libros de Addison, Steele y Swift. Más adelante le dio por ensayistas más actuales y sus razonamientos ganaron en agudeza. Era también un buen artesano; se convirtió en un experto encuadernador y llegó a dominar los secretos de la composición tipográfica. Podría haberse beneficiado de la máxima reducción de condena, pero lo descubrieron ayudando a otro preso a escaparse. Tras ese

incidente se volvió más problemático. A la menor oportunidad, incumplía las normas y se comunicaba con sus compañeros de prisión.

Nadie lo venía a ver, no escribía ni recibía cartas. Al acabar su condena, cuando fui a verle para desearle suerte y ofrecerme a ayudarle en lo que pudiera, me dijo que por lo menos salía de la cárcel con un firme propósito, y me temo que no se trataba de nada bueno.

En conclusión, diría que era un hombre de una capacidad intelectual por encima de lo común pero lleno de amargura, un hombre al que era imposible devolver al buen camino.

—Humm. Muy interesante, aunque no se puede decir que sea informativo, señor —dijo Bond.

—Aquí es donde tenemos que utilizar la imaginación y asignar partes de esta información al caso que investigamos —respondió Warner—. Esta descripción bien podría aplicarse a Vivian Lestrange, en cuyo caso nos lo tenemos que imaginar (alias Edward Merstham) como el hombre que, manteniéndose oculto, se instala en Temple Grove esperando la oportunidad de encontrar a James, mientras este último viaja por todo el mundo, atento a cualquier indicio de su hermano Edward.

—Si aceptamos esta hipótesis, supongo que el hermano James sentía que nunca estaría totalmente a salvo mientras Edward siguiera con vida y pudiera testificar contra él —musitó Bond—. Esto parece lógico, porque el miedo a menudo trae consigo la violencia. En tal caso, usted cree que James, alias Michael Ashe, escribió esta carta por pura *joie de vivre*, por así decirlo.

Warner rio entre dientes.

—Apuesto a que disfrutó mucho escribiéndola —comentó.

Bond siguió con su exposición.

—Es una línea de argumentación muy buena para explicar los hechos, señor, aunque todo depende de que atrapemos a Michael Ashe y podamos identificarlo como James Merstham. Mientras tanto, ¿qué pasa con el ama de llaves?

—De nuevo, aquí solo caben suposiciones —respondió Warner—. El viejo «esto o lo otro». O bien la señora Fife ayudó al asesino, o bien la

mataron al mismo tiempo que a Lestrange. Me inclino por la primera opción, porque deshacerse de dos cadáveres hubiera supuesto mucho trabajo para un solo asesino. Pero si invierte las piezas de modo que haya dos cadáveres y un solo asesino, el asunto es mucho más simple.

Ahora fue Bond el que rio entre dientes.

—Hay otra variante que permitiría dos parejas, tanto de cadáveres como de asesinos —dijo—. Tenemos a los actores necesarios para ello: Lestrange y la señora Fife, por un lado, y la señorita Clarke y Michael Ashe, por el otro.

—Mientras tanto, lo que hemos de hacer es encontrar a Michael Ashe —dijo Warner—. No hay indicios de que tuviera un alojamiento permanente, pero tenía un coche. He puesto un anuncio buscándolo. Es un Vauxhall Cadet de 1934, un sedán descapotable con neumáticos Dunlop. Matrícula AB7469X.

—¡Caramba! —exclamó Bond—. Por fin contaremos con algunos hechos en lugar de hacer suposiciones. He estado volviendo locos a los vecinos de Temple Grove con mis preguntas sobre coches y no he obtenido respuesta hasta esta mañana, cuando han llegado los Malling de su viaje al extranjero; recuerde, los de la casa contigua a Temple Grove. He echado un vistazo a su propiedad para asegurarme de que todo estaba bien. Tienen garaje, pero no había ningún coche. Supuse que se lo habían llevado al extranjero, pero es una tontería hacer suposiciones, porque hoy he sabido que no tienen coche. Sin embargo, recientemente había uno en su garaje y además tenía neumáticos Dunlop, prácticamente sin usar.

—Es una historia fascinante —dijo pensativo Warner—. Al principio parecía tan complicada, y ahora es como si fuera a resolverse por sí sola con la mayor naturalidad. Una vez que hubo dado con Lestrange, Ashe comprendió que matarlo le resultaría sencillo, precisamente a causa de la vida aislada y solitaria que llevaba. Sé que parece una conclusión precipitada, pero estimo que hay un punto que corrobora mi actual teoría, y es que tanto Michael Ashe como Vivian Lestrange permanecieron invisibles hasta el pasado fin de semana. Lo último que sé de Ashe es que se marchó el sábado del club Addison en su propio coche y con un par de maletas, diciendo que se iba al extranjero y se llevaba el coche consigo. Por lo que sé, no cumplió esa parte del plan, porque las autoridades portuarias del Canal no tienen registrado ningún

Vauxhall.

—No obstante, siguen siendo un montón de exasperantes suposiciones, señor —dijo Bond—. Seguimos sin pruebas de que una de esas conjeturas sea cierta. Si quiere una lista de hechos puros y duros, sin teorías de ningún tipo, esto es lo que tenemos:

(1) Un cadáver sin identificar, con una bala en el cráneo y restos d cuaderno de notas de Lestrange cerca de él.
(2) Un paquete de pagarés del Tesoro, retirados del banco con cheque de Lestrange, remitido a la señorita Clarke por correo.
(3) Una carta escrita por alguien con imaginación que conocía adem el calibre de la bala en el cráneo del cadáver.

»Maldita sea. Es como "La casa que Juan construyó".

—Mientras usted vuelve machaconamente a los hechos puros y duros, yo persigo las invenciones de la mente, como dice el salmo —respondió Warner—. No puedo evitar pensar que ese tal Ashe está implicado en el caso. Resulta sospechoso que tuviera tanto interés en averiguar cosas sobre Lestrange, y aunque soy consciente de que los neumáticos Dunlop son de lo más corriente, sigo convencido de que el señor Ashe le hizo una visita a Lestrange aquel sábado y llevó a cabo su ajuste de cuentas. Lo curioso es que tanto Lestrange como Ashe parecen carecer de pasado. Fui al Foreign Office pensando que podría conseguir una foto de Ashe de sus pasaportes renovados, pero nunca se ha sacado el pasaporte en este país. Eso no significa gran cosa, porque puede haberse sacado el pasaporte en otros países de la Corona, o en un consulado del extranjero. Cualquier bribón puede sacarse un pasaporte, solo necesita que alguien le firme una solicitud. Y volviendo a la teoría de los Merstham, digamos que, si James Merstham se convirtió en Michael Ashe, es probable que abandonara el país en un barco de ganado o en otra embarcación similar hasta que lo ascendieran a marinero en algún lugar del mar de China, según la teoría de Staunton. Es curioso que se hiciera llamar Thomas Browne. Ese es otro dato que los vincula, ¿entiende? Tal vez a los dos hermanos les gustaba el libro de Thomas Hughes, *Tom Brown's School Days*..., salvo que Edward hubiera caído bajo el embrujo de *Religio Medici*,[6]

mientras estaba en la trena.

Para alivio de Bond, a quien no le entusiasmaban las divagaciones del inspector jefe, el timbre del teléfono cortó en seco el discurso de Warner. No tardó en enterarse de cuál era el mensaje.

—El coche de Ashe está en un garaje de Southampton —dijo Warner en un breve aparte a Bond durante la larga conversación telefónica. En cuanto colgó el auricular, dijo—: El Vauxhall se encuentra en un garaje cercano a los muelles desde la mañana del lunes 16 de abril. Lo aparcó allí el propio Ashe, al parecer. Me voy a Southampton. Quiero ponerme en contacto con Ashe, creo que es nuestra única esperanza. ¿Se da cuenta de que, aparte de él, no tenemos ni idea de quién puede estar detrás de esta historia?

Bond emitió una especie de bufido que podría interpretarse como una risa ahogada o una expresión de disgusto, o tal vez una mezcla de las dos.

—No me importa tratar con auténticos delincuentes, pero espero no tener que volver a trabajar con novelistas, señor —se lamentó—. Para esos vendedores de novelas de misterio no hay nada demasiado escabroso. A lo mejor se cansaron de limitarse a escribir sobre cadáveres y ahora les da por robarlos. Son capaces de haber puesto el de Kirkham simplemente por el placer de observar de cerca los métodos policiales... Encontrará pruebas de que Michael Ashe estaba en Tombuctú el fin de semana que nos interesa, y probablemente no tardará en aparecer una nueva novela de Lestrange en Estados Unidos, *Juego de policías*, con la anotación «Todos los personajes de esta novela son ficticios». Si no me necesita para nada más, señor, voy a seguir con mi trabajo. Tengo un pequeño caso de robos en buzones de correo.

—Es usted un tipo peculiar, Bond —dijo Warner—. Tiene imaginación, pero no confía en ella.

—No, por Dios, no confío en absoluto —dijo Bond—. En este caso hay demasiada imaginación revoloteando por ahí. He estado investigando la vida de un hombre al que no ha visto nadie excepto su secretaria, y también la vida de una secretaria sobre la que nada se puede averiguar porque las únicas personas que podrían responder a las preguntas han fallecido y sus amistades actuales no saben prácticamente nada sobre ella. Lo único que he podido confirmar es

que, mientras los Malling estaban en el extranjero, había un coche aparcado en su garaje, y si esto es el producto de una broma literaria, no me extrañaría que uno de ellos lo hubiera puesto allí para adornar un poco la historia.

—*Dum spiro spero*[7] —dijo Warner—. Buena suerte con los buzones.

Al llegar a Southampton, Warner se dirigió al garaje de Lecky, cercano a los muelles y los trenes que conectaban con el puerto. El propietario, un hombrecillo rechoncho, saludó efusivamente al inspector jefe y le invitó a pasar a su «despacho», un cuartucho con paredes de madera para separarlo del resto del garaje. Sacó una silla para Warner y la colocó junto a la mesa de trabajo, cubierta de un sorprendente batiburrillo de papeles y objetos varios, se sentó en la mesa y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Es un coche robado?

—No, que yo sepa —respondió Warner—. La única razón por la que puse el anuncio es que queremos contactar con el propietario para hacerle algunas preguntas. Al parecer se ha marchado al extranjero y no lo localizamos. Explíqueme exactamente lo que ocurrió cuando les trajo este coche.

—Fue un lunes por la mañana, el día 16, a las once y media —respondió al momento Lecky—. El hombre que lo conducía, un tipo grande, lo aparcó aquí delante y entró. Era evidente que tenía mucha prisa. Tenía el alerón partido, el estribo astillado y varios arañazos en la pintura. Me dijo que había rozado el poste de una cancela y que eso le retrasó cuando se dirigía a toda prisa al muelle para embarcar. Se iba un par de semanas y quería dejar aquí el coche para que le hiciéramos una revisión y reparáramos los desperfectos. Lo recogería a la vuelta... A mí me pareció bien —dijo Lecky con un guiño—. Es un bonito coche, la verdad es que me gusta este modelo; es lo que podríamos llamar una buena fianza. No pienso devolverle el coche hasta que me pague el trabajo, ¿entiende?

—Sí, lo entiendo —dijo Warner, con esa agradable sonrisa que tanto le ayudaba a la hora de hablar con los testigos—. ¿Puede describirme al tipo en cuestión? Descríbamelo con todo el detalle posible.

—Diría que medía un metro ochenta, o se acercaba mucho —dijo Lecky—. Llevaba una chaqueta Burberry gris y un elegante sombrero Trilby. Buenos guantes de cuero y una bufanda de seda de rayas

alrededor del cuello. Iba bien afeitado, tenía el pelo tirando a rubio, un poco canoso..., ojos claros y cejas espesas... Bronceado, buena dentadura... Es todo lo que puedo decirle. Era lo que podríamos llamar un hombre atractivo. La edad, unos cincuenta años.

—Ha hecho usted una descripción mucho mejor que las de la mayoría de la gente —lo elogió Warner, animándole a seguir—. ¿Llevaba algún equipaje?

—Únicamente una maleta, la sacó él mismo del maletero y se la llevó. Me dio su tarjeta de visita, aquí la tiene, y me dijo que volvería dentro de tres semanas y que esperaba que para entonces el coche estuviera listo. Le dije que desde luego lo estaría, y se fue. Desde aquí a los muelles hay menos de doscientos metros, ¿sabe?

—¿Qué tal caminaba? ¿Cojeaba un poco?

—No, no lo creo. ¡Oiga! No me diga que el tipo no es el dueño del cochazo, ¿no? Supongo que yo tendré que cobrar igual. He tenido que comprar un nuevo alerón, porque el otro estaba totalmente arrugado y hecho trizas...

—No creo que tenga de qué preocuparse —respondió Warner—. La descripción que me ha hecho encaja con el dueño del coche. Ahora déjeme echar una ojeada al Vauxhall.

—No vaya a estropear mi trabajo de pintura —rogó Lecky—. Ahí tiene el coche. Oh, por cierto, saqué todas las cosas sueltas y las guardé bajo llave. En un sitio así nunca se sabe.

—¿Qué clase de cosas sueltas?

—Oh, mantas, un viejo abrigo, mapas y un libro de la Asociación del Automóvil. Están en el armario de la esquina.

Warner siguió a Lecky hasta la esquina indicada, al otro lado del garaje, y echó un vistazo a las «cosas sueltas». Lo primero que examinó fue un mapa de Herefordshire, donde aparecía Ross y alrededores. Había otros mapas que abarcaban todo el sur de Inglaterra, así como un horario continental. El abrigo era un viejo Aquascutum, con el nombre de Ashe dentro del bolsillo y un papelito arrugado, el recibo de una comida en un restaurante de París de dos años atrás. Había también dos mantas grandes y gastadas, de un color oscuro. Warner procedió a examinar el interior del Vauxhall y, como no esperaba encontrar nada, no se quedó frustrado. Una cosa era segura, y es que era el coche de Ashe, contenía sus pertenencias y, según

Lecky, lo habían dejado en el garaje el lunes 16 por la mañana.

—Bueno, ¿qué le parece? —preguntó el propietario del garaje.

—Es un coche muy bonito y usted ha hecho un buen trabajo —dijo Warner—. Creo que me llevaré esos mapas y el libro de la Asociación del Automóvil. Le firmaré un recibo. Si Ashe se presenta antes de lo previsto, dígale que los mapas se han perdido, nadie con sentido común deja objetos dentro de un coche, y en cuanto él se vaya, diríjase a la comisaría más cercana y dígales que Ashe está aquí. Ya sabe que no es necesario que llene el depósito del coche. Hay algo más, por cierto —añadió Warner mientras emprendía el camino de regreso a la pequeña oficina—. Le he dicho que quiero ver al señor Ashe para pedirle información, pero no se imagine cosas raras porque me haya quedado con los mapas y no le diga nada a nadie al respecto. Si el señor Ashe regresa y se entera de que ha estado usted comentando que le busca la policía, no será bueno para su negocio, por no hablar del riesgo de diversas demandas por difamación.

—De acuerdo. No soy tan idiota como parezco —replicó Lecky sin ofenderse—. No quiero problemas con la policía ni me apetece que el señor Ashe me dé un puñetazo en el mentón, pero dígame, entre nosotros, si de verdad cree que volverá a recoger su coche.

—Creo que sí —dijo Warner—. No tengo razones para creer lo contrario. Dudo mucho que le haya dejado un coche en perfectas condiciones como regalo personal, ¿no le parece?

—No lo sé. Siempre me parece un poco sospechoso que la policía quiera hablar conmigo. El tipo le metió a su coche una buena piña, y no creo que chocara contra el poste de una cancela. Algunos de estos tipos no tienen conciencia, ya sabe, y son capaces de llevarse a alguien por delante y no detenerse a ver si le han hecho daño o no.

—En eso le doy toda la razón —dijo Warner, que entendió perfectamente a qué se refería—. Bueno, muchas gracias por su ayuda. Cuando el señor Ashe venga a recoger su Vauxhall, hágaselo saber al superintendente de forma confidencial.

—De acuerdo. Así lo haré —respondió Lecky.

Warner pasó unas horas más en Southampton, pero no consiguió averiguar nada más acerca del tipo alto con un gabán Burberry de color gris. Sin embargo, pudo recoger amplia información sobre los barcos que zarparon de Southampton el lunes 16, y habló con la policía local

para pedirles su colaboración.

Aprovechó el viaje de regreso a Londres en tren para meditar sobre los datos que había obtenido.

Ashe no se había esforzado por ocultar que dejaba el Vauxhall en el garaje, lo que resultaba totalmente lógico. Si había matado a Lestrange, seguramente estaba convencido de que no había nada que pudiera vincularlo con el asesinato. Así pues, regresaría a Inglaterra y recogería su coche cuando estuviera seguro de que no había ningún peligro para él. Warner comprendía las razones de Ashe para sentirse a salvo. Por el momento, nadie había visto el Vauxhall cerca de Temple Grove, y nadie podía identificar el cadáver de Kirkham Barns.

La principal esperanza de vincular a Ashe con el asesinato radicaba en que uno de sus antiguos conocidos lo identificara como James Merstham. La acusación podría entonces deducir que Lestrange era Edward Merstham, pero quedaban todavía muchas lagunas. Las pruebas eran únicamente circunstanciales, en gran parte meras conjeturas, y de momento no había nada más.

«Me pregunto si hay otra manera de enfocarlo —se dijo Warner—. Si nos atenemos únicamente a las pruebas, nos pueden llevar a dos conclusiones diferentes, y no me imagino al abogado defensor esgrimiendo las ideas de Bond e intentando probar que Vivian Lestrange no era más que un producto de la imaginación de Eleanor Clarke. Entretanto, no podemos hacer nada más que esperar hasta que Michael Ashe se convenza de que no corre peligro y vuelva a aparecer en público o a escribir otro libro... Sería trágico perder a Ashe y a Lestrange al mismo tiempo, dos autores que sobresalen en su género por encima de todos los demás».

---

6. Se refiere a una obra de Thomas Browne, autor del siglo XVII.
7. «Mientras tenga aliento, tengo esperanza».

CAPÍTULO XIII

Warner acababa de llegar a la oficina, al día siguiente de su visita a Southampton, cuando recibió una llamada de Andrew Marriott.

—La última vez que estuvo aquí parecía usted obsesionado por Michael Ashe —le dijo—. Creo que le interesará saber que acabo de recibir noticias de él. Me ha enviado una carta desde Génova.

«¡Gracias a Dios!», exclamó Warner para sus adentros, pero a Marriott le dijo:

—Estupendo. Es un tema que me tenía un poco preocupado. ¿Qué le parece si voy a la editorial para ver esa carta?

—Desde luego —respondió Marriott—, aunque me temo que no le aporte gran cosa; no es más que una nota sobre un error que acaba de ver en las pruebas.

—Lo importante es el hecho de que haya escrito —dijo Warner—. ¿Tiene el sobre con el que ha llegado la carta?

—Desde luego.

—Guárdelo, por favor —dijo Warner—. Estaré allí dentro de unos minutos.

Cuando Warner entró en la oficina de Marriott, el editor lo miró con aire divertido.

—Buenos días, inspector jefe —dijo—. Me tranquilizó mucho recibir esta carta de Ashe. Parecía usted convencido de que había desaparecido para siempre. Si esa fuera su intención, no me enviaría una carta sobre errores en las pruebas; como ya le he dicho, dudo que la carta le interese.

Warner tomó la carta y la leyó.

Estimado Marriott:

He leído por encima mis pruebas de *Al pie del mástil* y he detectado otro error que no había visto antes. En la página 257, línea 10, la palabra «navegando» debería sustituirse por «navegación». Si ya es demasiado tarde para corregirlo en la primera edición, le ruego que se asegure de que se rectifique en posteriores ediciones.

Atentamente,

MICHAEL ASHE

En la carta no constaba dirección ni fecha. Era una nota garabateada en un pedazo de papel pautado. En el sobre aparecía claramente la fecha del registro en Correos. El sello era italiano, y se leía con claridad el timbrado «Génova 4-5-34».

—Permítame que le pregunte —dijo quejoso Marriott—. ¿Me habría escrito Ashe si tuviera intención de salir huyendo? Cierto que no indica ninguna dirección, es típico de él, pero el timbrado de Correos es perfectamente legible.

—Así es —reconoció Warner—. Dígame, ¿está totalmente seguro de que esta carta es de Ashe? ¿No puede ser una falsificación?

Marriott exhaló un suspiro.

—¿Cree usted que esta letra sería fácil de falsificar? Yo no lo creo. Estoy dispuesto a jurar que no es una falsificación. Además, se refiere a las pruebas de su último libro. Al autor se le envían dos ejemplares de pruebas, una ya ha pasado por un corrector y el autor hace en ella sus correcciones y luego nos la envía. El otro ejemplar se lo queda el autor. Nadie más que Ashe podía haberse referido a la paginación del ejemplar de prueba, porque nadie más tiene un ejemplar..., salvo que usted quiera extender sus investigaciones a la imprenta, por supuesto. Tanto el papel como el sobre son similares a otros que he recibido recientemente de Ashe. En resumen, esta carta es de Ashe y de nadie más.

Warner volvió a examinar el sobre.

—¿Es habitual que escriba a máquina en los sobres pero no en las cartas? —preguntó.

Y Marriott le respondió:

—A veces mecanografía el sobre y la carta, y a veces ni uno ni

otra. No suelo guardar sus sobres, lo lamento, pero aquí tengo varias cartas suyas, si le interesan.

Marriott abrió un mueble bajo en una esquina del despacho y sacó una carpeta llena de cartas. Warner, que lo observaba, dijo de repente:

—¿Puedo ver los sobres escritos a mano, por favor?

El editor asintió de nuevo y Warner comparó dos de ellos, uno escrito a mano y otro mecanografiado.

—Tengo que pedirle que me permita llevarme estos dos. Su contenido será tratado como confidencial, por supuesto, y se los devolveremos a su debido tiempo.

Marriott suspiró de nuevo.

—Muy bien —dijo—. Comprendo que mis protestas no servirían de gran cosa, de modo que no perderé el tiempo con ellas, pero puede creerme cuando le doy mi palabra de que la carta no es una falsificación.

—Estoy convencido de ello —dijo Warner en voz queda.

Y el tono de seriedad de su voz hizo que el editor lo mirara con aire preocupado.

—He intentado no acribillarle a preguntas —dijo—, pero comprenderá que sienta auténtico interés por el caso que tiene entre manos. ¿Puede darme alguna pista sobre el curso de la investigación? Sobre Lestrange, por ejemplo.

—Puedo darle una respuesta muy clara —respondió Warner—. Nuestras pesquisas en torno a la identidad de Vivian Lestrange no han dado resultado. Conjeturas aparte, no sé más sobre él que lo que sabía cuando leí el informe de su desaparición. Ya le digo que Bond no ha abandonado su idea de que Eleanor Clarke le está tomando el pelo a la policía, y aunque no estoy de acuerdo con él, no tengo pruebas de lo contrario. Hemos recibido muchas cartas anónimas, algunas bastante originales, pero todavía vamos a tientas.

—¿Y sus tanteos le conducen en esta dirección? —preguntó Marriott con cierta aspereza, señalando las cartas que Warner tenía en la mano.

—Eso parece —reconoció el inspector jefe, y añadió—: Mire, se lo explicaré así. Sabemos que se ha cometido un asesinato, y las

pruebas nos llevan a sospechar que Lestrange y Ashe tienen relación con ese crimen. No podría decirle qué papel ha desempeñado cada uno, pero quiero encontrarlos. Además, a usted le interesa que lo haga, porque no creo que reciba más manuscritos de ninguno de los dos hasta que se resuelva el caso.

—¡Los dos autores de más éxito que hemos tenido nunca! —se lamentó Marriott—. Es sencillamente desesperante.

Warner dejó al afligido editor moviendo la cabeza mientras meditaba sobre la perversidad del destino y volvió rápidamente a Scotland Yard, deseoso de averiguar si sus poderes de observación le habían conducido al error. Subió corriendo los escalones que llevaban a su despacho, abrió un cajón cerrado con llave, extrajo la carta firmada como «Un producto del sistema penitenciario» y la comparó con la escritura a máquina de las cartas de Ashe y el sobre con el timbre de Génova. Warner no se había equivocado: la escritura de la máquina, con las pequeñas irregularidades debido al desgaste, era idéntica. Warner se recostó en la silla, con las cartas en la mesa frente a él y encendió un cigarrillo. Exhalando una larga bocanada de humo, cómodamente instalado en el asiento, pensó en lo que sabía e intentó poner sus ideas en orden.

Su primer impulso fue ir en persona a Génova, pero no tardó en descartar la idea como inútil. No hablaba italiano y nunca había visto a Michael Ashe. Con la descripción que les enviaría, la policía italiana haría el mismo trabajo con él que sin él. Su sistema de registro de los extranjeros era muy estricto, como bien sabía Warner. Mientras organizaba la contratación de un intérprete y buscaba una línea telefónica libre para hablar con el continente, Warner se dijo que las probabilidades de atrapar a su presa eran escasas. Especialmente en Génova, con su red de comunicaciones por tierra y por mar. Hacía ya tres días que la carta había sido enviada, y Ashe podía estar ahora mismo en cualquier lugar de Europa, África o incluso Asia o la cuenca oriental del Mediterráneo. Había tenido tiempo de regresar a Inglaterra o de estar ya navegando en un barco mercante con rumbo a Sudamérica. Si lo que contaba Staunton sobre las pasadas aventuras de Ashe era cierto, era posible que tuviera una segunda personalidad a mano, y un hombre que ya se había enrolado como

marinero en el barco de una ruta comercial en el archipiélago malayo estaría a sus anchas en cualquier puerto del mundo.

No obstante, habían echado las redes para atraparlo. Siguiendo las instrucciones de Warner, se habían utilizado todos los medios, telégrafo, conferencia telefónica y radio, para enviar una descripción de Michael Ashe a todo el mundo civilizado, a las autoridades policiales y portuarias, a los barcos en alta mar, a las empresas consignatarias de buques.

—Un día tras otro dice su palabra; noche tras noche anuncia su conocimiento —dijo Warner, recordando de repente la analogía utilizada en la carta anónima—. Se lo he puesto tan difícil como he podido, y ya está.

Mientras se tomaba un breve descanso frente a una taza de té, le comunicaron que un tal señor Vargon preguntaba por él. Warner dio la bienvenida a la interrupción que suponía la visita inesperada del abogado.

—¡Estoy encantado de verle, señor! —exclamó cuando el visitante entró en su despacho—. He estado tremendamente atareado estas últimas horas, pero ha llegado usted en el mejor momento, justo cuando hago un receso. ¿Una taza de té? Me temo que está demasiado fuerte, pero aquí les gusta el té muy negro.

—¡Santo cielo! No, muchas gracias —rugió Vargon con su voz profunda—. Siento demasiado respeto por las únicas tripas que me quedan. Estaba en la ciudad para unos asuntos y he pensado pasar a verle para contarle ciertas cosas que he averiguado sobre los Merstham, salvo que ya haya desechado esa teoría por completo.

—Nada de eso —respondió Warner—. De hecho, lo considero a usted como nuestra última esperanza para llegar a una solución razonable que nos permita salir del tremendo embrollo en el que nos hemos metido. Supongo que querrá saber lo que hemos estado haciendo desde nuestro último encuentro, de modo que allá va.

El viejo abogado escuchó con atención las explicaciones de Warner. Cuando leyó la famosa carta firmada por «Un producto del sistema penitenciario», sus cejas se alzaron formando un arco todavía más pronunciado sobre la prominente nariz, su mandíbula sobresalía y sus orejas parecían vibrar de interés. Cuando acabó de

examinar las cartas de Michael Ashe, se las devolvió a Warner diciendo:

—Bueno, usted lo llamará un tremendo embrollo. Yo, por el contrario, creo que ya tiene suficientes pruebas para solucionar el caso.

—¿Quiere decir que Ashe mató a Lestrange? Eso parece, aunque no sé si me he contagiado del escepticismo de Bond, pero el caso es que sigo buscando indicios de alguna burla. Una cosa es segura, y es que la máquina de escribir, una Corona portátil con la que Ashe escribió sus cartas, es la misma utilizada por nuestro «Producto del sistema penitenciario» en su carta.

—Esto es una prueba irrebatible, ¿no le parece?

—Es indiscutible que la máquina de escribir es la misma, pero la podrían haber utilizado otras personas. Marriott, el editor, por ejemplo. Podría haberse inventado las anteriores cartas de Ashe, lo mismo que las posteriores, podría haber ideado toda esta broma. No es que lo piense en serio, pero tengo el hábito de contemplar siempre todas las posibilidades.

—¿Y cómo vincula a Marriott con Kirkham Barns?

—No puedo, de momento. Ya le he dicho que confío en que Kirkham nos ofrezca una salida a este embrollo. Pensemos, por ejemplo, en esa teoría de los Merstham. Tenemos dos hombres, Ashe y Lestrange, que encajan con la descripción de James y Edward Merstham. Lo más probable es que Ashe sea James y Lestrange sea Edward. Si hemos de creer a Staunton, y parece convencido de lo que dice, Ashe recorría los mares mientras Edward Merstham cumplía condena en la prisión de Parkhurst, de modo que aquí queda claro quién es quién en su nueva etapa. Hay algo que me desconcierta, sin embargo. Si Ashe era James Merstham, ¿por qué demonios iría al encuentro de su hermano Edward? Primero pensé que Ashe podía haber reconocido algo en los libros de Lestrange que le indicara que se trataba de su hermano. Sin embargo, si había alguien en el mundo al que Ashe debía evitar era su hermano. Edward tenía razones para ir en busca de James, pero no al contrario.

—Sí, tiene usted razón, salvo que James sintiera que nunca

estaría a salvo mientras Edward siguiera con vida.

—Dejar que las cosas sigan su curso es una buena divisa, pero tengo otra teoría. Es evidente que Ashe hizo un poco de trabajo de investigación sobre Eleanor Clarke, y tal vez eso fue su perdición. Imaginemos que, decidido a conocer la verdad sobre Lestrange, Ashe sigue la pista que le lleva a Temple Grove y entra en la casa, ya sea con una artimaña o por la fuerza bruta, para encontrarse cara a cara con su hermano Edward. ¡Menuda sorpresa para los dos!

—¡Cielo santo, sí! ¡Ya lo tiene! —ladró Vargon—. En un caso así, el primero que duda pierde. Por lo que usted me ha dicho, Ashe no es un hombre que se lo piense dos veces cuando se ve amenazado. Disparó primero y pensó después qué hacer, y lo que pensó está perfectamente claro. El principal problema es: ¿qué hizo con el ama de llaves? Lo que me lleva a pensar que el disparo no fue tan accidental como sugiere usted es el hecho de que se deshace de ella. Resulta más convincente la idea de que Ashe se enterara de la verdadera identidad de Lestrange a través de alguno de sus libros. Se libró primero del ama de llaves y a continuación fue a por su hermano Edward. Eso, a mi modo de ver, es mucho más probable.

—¡Maldita sea! ¡Ashe no pudo haber creído que Lestrange era su hermano Edward! —exclamó Warner—. Recuerde la primera parte de la historia. Ashe fue a ver a Marriott y le pidió que le organizara una cena para que pudiera conocer a Lestrange. Acabo de caer en la cuenta, tonto de mí. Si Ashe hubiera sabido que Lestrange era Edward, no se habría arriesgado a cenar en casa de alguien con el hermano al que dejó en la estacada. Edward habría dicho: «Este tipo es un canalla, y se encuentra en búsqueda y captura. Llame a la policía». ¡Maldita sea! ¿No le parece?

Vargon rio.

—Es curioso cuánto tardamos a veces en percatarnos de lo obvio... Si pudiéramos cambiar los personajes y convertir a James en Lestrange y a Edward en Ashe, todo encajaría perfectamente.

—Estoy bastante seguro de que Ashe no es Edward —dijo Warner—. Los de huellas dactilares han estado trabajando en los mapas que había en el coche de Ashe y en estas cartas. Reconozco que para ellos es un trabajo del demonio. Los mapas están repletos

de manchas hechas por un hombre que se pone guantes para conducir, de modo que no ha quedado ni una línea clara, y las cartas han estado manoseadas por Marriott y su secretario hasta estar tan manchadas como los mapas. Sin embargo, no han encontrado nada que se parezca a las huellas dactilares de Edward. Algunas podrían ser de Ashe, pero eso no nos lleva a ninguna parte. Por otro lado, está el testimonio de Staunton.

Vargon, pensativo, estiraba una de sus enormes orejas.

—Sí, eso complica las cosas —dijo—, pero volvamos a Michael Ashe. Está claro que esta carta es de su puño y letra, y fue enviada desde Génova hace tres días, lo que indica que el tipo está vivo todavía, o lo estaba hace tres días. Creo que hemos de considerar como lo más probable que Ashe fue a Temple Grove, disparó contra Lestrange, trasladó el cadáver a Kirkham y fue en coche a Southampton para salir del país en espera de futuros acontecimientos.

—Es una forma muy clara de exponerlo —dijo Warner—, pero repasemos las fechas de los hechos principales. El lunes 16, Ashe deja su coche en el garaje de Southampton. El 26 de abril, alguien envió desde la oficina de Correos de Londres un paquete de pagarés del Tesoro a la señorita Clarke. El 4 de mayo por la tarde se envió la carta de «Un producto del sistema penitenciario», desde la misma oficina de Londres. Esa misma tarde, sin embargo, se envió la carta de Ashe desde Génova. En todas las misivas se empleó la misma máquina de escribir, pero no es posible que las dos últimas fueran enviadas por una misma persona.

—Sí, ya veo cuáles son los problemas —dijo pensativo Vargon—. ¿Está seguro de que la última carta de Ashe se envió desde Génova?

—Nuestros expertos son muy hábiles a la hora de detectar falsificaciones —respondió Warner—. Aseguran que tanto el sello como el matasellos son auténticos. Está claro que el sobre pasó por la oficina de correos de Génova y que el sello no está manipulado. La carta estaba esta mañana en el buzón de Langston's y probablemente fue repartida anoche, cuando la editorial ya estaba cerrada. Los tiempos son correctos y el matasellos es correcto. Todo indica que la misiva procede de Génova. La letra es de Michael Ashe,

el papel y el sobre son parecidos a los que normalmente utiliza, hay restos de huellas dactilares que coinciden con las de sus otras cartas, y el mecanografiado del sobre se hizo con la misma máquina de escribir que usó para otras cartas.

Vargon rio entre dientes.

—Parece bastante concluyente —dijo—. Quiere decir que si Ashe está en Génova tuvo que contar con un cómplice para echar al correo las cartas desde Londres, o viceversa.

—Es para volverse loco —dijo Warner—. Me imagino a Ashe haciendo un truco de magia en los ferrocarriles del continente, y solo Dios sabe dónde estará ahora. Es muy posible que esté en Londres, tranquilamente escondido en alguno de sus lugares secretos. De momento, he hecho cuanto he podido para tender las redes a fin de atraparle. Bueno, ¿y cuáles son sus novedades? Estoy ávido de noticias.

—Pensaba que había hecho un buen trabajo, pero después de lo que me ha contado seguramente no sirve de gran cosa —respondió Vargon—. Esperaba que Lestrange fuera en realidad James Merstham, y ahora que esta posibilidad parece desecharse, mis pesquisas no resultan demasiado útiles. Bien, le cuento lo que he hecho y ya me dirá qué le parece... He estado haciendo averiguaciones en la zona de Tintern, donde solían vivir los Merstham. Ya sé que la policía local está en ello, pero a veces un hombre como yo puede averiguar cosas que a la policía no le contarán.

—Lo sé —dijo Warner—. A mucha gente, en especial en las zonas rurales, no le gusta hablar con la policía. Tienen miedo de que los metan en algún lío.

—Así es —asintió Vargon—. En cambio confían en mí. Al parecer, James Merstham tuvo una historia con una mujer que vivía cerca de Tintern, la hija de un granjero. Era más o menos de la misma edad que James y de familia respetable. En el pueblo esperaban que James se casara con ella, porque aunque no pertenecía a la aristocracia rural, por emplear su expresión, su padre estaba bien situado. El caso es que se hablaba mucho de ella, pero de repente la joven abandonó la comarca sin que nadie supiera adónde había ido.

Algunos decían que James la tenía escondida en alguna parte, otros que se había ido para evitar la deshonra. Esto ocurrió poco después de la guerra, pero de la mujer, que se llamaba Alice Latimer, nada más se supo. Su padre nunca respondió a las preguntas sobre ella hasta su muerte. No hace falta que le diga cómo me pareció que la mujer encajaba en esa historia.

—Como la señora Fife —respondió Warner raudamente—. Esto se pone cada vez más interesante. Espere un minuto, a ver si puedo reordenar la historia.

Concentrado en sus pensamientos, se reclinó en la silla y empezó a fumar furiosamente con el ceño arrugado.

—¿Cómo encaja todo? —dijo al fin—. Olvidemos por un momento el testimonio de Staunton y volvamos a nuestra teoría original de que Lestrange era James Merstham, que se mantenía oculto porque pendía sobre él una orden de búsqueda y captura. Michael Ashe es Edward, el hermano vengador. James, bajo el nombre de Lestrange, se instaló en Temple Grove con su antiguo amor como ama de llaves, y Edward, como Michael Ashe, logró dar con él... ¿Qué le parece?

—Seguimos teniendo el mismo problema del ama de llaves —objetó Vargon—. Tendrá que aceptar que Ashe le tendió una trampa a la señora Fife y se deshizo de ella de modo que no ha quedado ni rastro en ninguna parte, y a continuación regresó para acabar con Lestrange. Sea cual sea la forma de encajar las piezas del rompecabezas, no queda más remedio que incluir un segundo asesinato.

Los dos hombres siguieron pensando en silencio. Como había dicho Warner, cada nuevo descubrimiento parecía enredar más la madeja, y no había manera de encajar en alguna parte al huidizo Lestrange.

—Mire —dijo finalmente el abogado—, no soy un buen detective, pero tengo mucha experiencia en ordenar las pruebas. Voy a poner los hechos probados por escrito a mi manera y veremos si tienen sentido. En primer lugar, haremos una lista de las personas implicadas. Usted me dicta y yo lo escribo.

—De acuerdo —dijo Warner animado—. Me parece bien.

Al cabo de unos minutos, Vargon leyó lo que había apuntado en la lista.

Personajes

1. *Vivian Lestrange*. No hay pruebas de su existencia salvo las dadas por...
2. *Eleanor Clarke*. Se sabe muy poco de ella a excepción de lo que ella misma cuenta.
3. *Señora Fife*. Una mujer de unos cincuenta años. De pocas palabras, eficiente y con educación.
4. *Andrew Marriott*. Conocido editor, muy respetado. Interesado en que tanto Ashe como Lestrange sigan produciendo novelas.
5. *Michael Ashe*. Únicamente conocido por el público a través de sus novelas.

Hechos probados

1. Posible agujero de bala en la ventana de Temple Grove.
2. Cadáver en Kirkham con bala de pistola del 45 en el cráneo y un cuaderno de notas.
3. Paquete de pagarés del Tesoro.
4. Carta de «Un producto del sistema penitenciario».
5. Carta de Ashe desde Génova. En 3, 4 y 5, mecanografía similar.
6. Coche de Ashe, con mapas de Hereford, en Southampton.

—Todo esto son hechos probados excepto el punto 1, sección 1 —dijo Warner—. Hay que admitir que Bond tiene razón cuando dice que la existencia del tal Vivian Lestrange se basa únicamente en el testimonio de Eleanor Clarke. Si la consideramos como sospechosa, nos encontramos con las posibilidades más extraordinarias. Lo que está claro es que Eleanor Clarke es el eslabón que conecta a todos los personajes entre sí. Compruébelo usted mismo.

—Eleanor Clarke conoce, o conocía, a Lestrange, a la señora Fife, a Andrew Marriott y a Michael Ashe —dijo Vargon.

—Exacto. A todo el grupo. Bueno, y también están las incógnitas

que encontramos desde el principio de la investigación. En primer lugar, la desaparición del ama de llaves. En segundo lugar, si querían cometer un acto delictivo, ¿por qué no telefonearon a la señorita Clarke para decirle que se tomara unos días de vacaciones? La respuesta es que los implicados querían que la policía estuviera informada, y esta razón se sostiene independientemente de si la señorita Clarke es cómplice o no. Siguiendo con esta idea estrictamente basada en los hechos probados, ahí va mi primera hipótesis. Michael Ashe está detrás de todo esto. Escribía bajo dos nombres, Vivian Lestrange y Michael Ashe. Con la complicidad de la señora Fife y de la señorita Clarke, creó el personaje de Vivian Lestrange, y en el momento apropiado cometió un asesinato encubriéndolo como el del tal Lestrange, para dar así una identidad al cadáver.

—En tal caso —dijo Vargon—, Eleanor Clarke es cómplice.

—No necesariamente de asesinato —replicó Warner—. Puede que su ayuda se limitara a tomarle el pelo a la policía a fin de estudiar sus métodos de cerca. ¡No me mire con esa cara, caballero! Es una idea muy original. Eleanor Clarke, fingiendo ser Lestrange, habla elogiosamente a Marriott sobre Michael Ashe. Y Ashe habla elogiosamente de Lestrange. Como consecuencia, una cena en la que todos se toman el pelo mutuamente y simulan una gran sorpresa. Más adelante, Ashe prepara su propio asesinato y da instrucciones al ama de llaves para que desaparezca, mientras a Eleanor Clarke le ordena acudir a la policía para denunciar la desaparición de Lestrange. Pone usted cara de asombro, pero es una teoría que podría funcionar, siempre que las dos mujeres fueran lo bastante leales a Ashe o recibieran una compensación adecuada. Eleanor Clarke es una mujer especial. Tiene pocos amigos y ningún pariente. Sería ideal para el papel. Es una auténtica secretaria y mecanógrafa y Temple Grove es un retiro apropiado para Ashe de vez en cuando.

Vargon ahogó una risa.

—La idea es buena, pero un poco demasiado fantástica para mí. Además, hay que tirar por la borda la idea de los hermanos Merstham...

—Nada de eso —replicó Warner—. Ashe encaja en el papel de cualquiera de los dos hermanos, y Alice Latimer se convierte en la señora Fife.

Vargon volvió la mirada hacia la lista que habían elaborado, como un hombre miraría una boya a la que agarrarse.

—La imaginación no es lo mío —gruñó—. Mirando esta lista, diría que es posible que cada uno o todos ellos estén implicados, pero eliminaría a Marriott. Es un hombre de negocios que ha llevado una vida fuera de toda sospecha y no puedo ver qué beneficio sacaría de este tipo de juegos. Una cosa es la publicidad y otra un asesinato. No cabe duda, sin embargo, de que Ashe está implicado de alguna manera, y probablemente alguno más con él. Pero ha cambiado usted de bando desde la última vez que nos vimos; entonces creía que Eleanor Clarke era inocente.

—Así es —respondió Warner—. Sigo creyendo que ha dicho la verdad, pero todos podemos equivocarnos, y cuanto más estudio los hechos, mejor comprendo que está relacionada con todos los demás. No sabemos hasta dónde estaría dispuesta a llegar una mujer por amor, por ejemplo, y es posible que esté enamorada de Michael Ashe..., pero volvamos a pisar suelo firme. Acaba de decir que «una cosa es la publicidad y otra un asesinato». Pienso aplicar este mismo razonamiento a Eleanor Clarke.

—¿En qué sentido?

—Le contaré algunos datos de la investigación. Si, como Bond, acepto que Eleanor Clarke nos puede estar gastando una broma, creo que detrás de esa broma está Ashe y que es posible que la señorita Clarke solo sea culpable de burlarse de la policía. Es posible que piense que todo es una broma. Le haré ver claramente que esto puede ser un encubrimiento de asesinato.

—¿Cree que puede haber sido utilizada por el asesino y que haya colaborado con el engaño sin sospechar nada?

—Exactamente.

—Bien, como quiera —dijo Vargon—. Tras leer todas las posibilidades, me inclino a pensar que Lestrange y Ashe son los hermanos Merstham, que Ashe mató a Lestrange de un disparo y que antes o después encontrará el cadáver del ama de llaves.

—En tal caso, Eleanor Clarke tiene que ser cómplice para explicar el envío de las misivas —dijo Warner.

—Es posible, pero no necesariamente. Pedirle a alguien que te envíe una carta por correo no tiene importancia. Ashe pudo darle la carta a alguno de sus amigos marinos para que la enviara desde Génova. Hay una pizca de esperanza para usted, y es que Ashe volverá a aparecer tarde o temprano, siempre que no publique sus sospechas sobre él. Escribió la carta de «Un producto del sistema penitenciario» para que supongamos que Lestrange ha muerto, pero el nombre de Michael Ashe es un reclamo que vale dinero.

—Sí, ya me doy cuenta —dijo Warner—. Si les doy alguna pista a los periódicos para que investiguen la historia de Ashe, es casi seguro que no lo veré nunca más. Tendría tiempo suficiente para poner pies en polvorosa.

—Mientras tanto, puede seguir inventando explicaciones fantásticas. —Rio Vargon—. Esta última estaba muy bien.

—Era fantástica, maldita sea —reconoció Warner—. Lo explicaba todo y hacía que todas las piezas encajaran con los hechos... Antes de someter mi cerebro a nuevos esfuerzos para intentar reconstruir lo ocurrido, visitaré de nuevo a la inteligente señorita Clarke y veré cómo reacciona ante algunas de mis pequeñas teorías.

CAPÍTULO XIV

Warner se vio obligado a aplazar su proyectada visita a Eleanor Clarke debido a la llegada de un informe de las autoridades de la Asociación del Automóvil acerca del coche de Michael Ashe, el Vauxhall Cadet de color verde que se encontraba en un garaje de Southampton.

Nada más salir del garaje de Lecky, Warner envió a la policía y a los clubs automovilísticos una descripción del Vauxhall con la esperanza de obtener información sobre los daños del vehículo, ya que parecía evidente que había sufrido una pequeña colisión. Si averiguaba el recorrido del Vauxhall, pensó, conocería los movimientos de Ashe el fin de semana en que Lestrange desapareció. Las noticias de la Asociación del Automóvil le llevaron a preguntarse si se habría equivocado al permitirse extrañas conjeturas y si Vargon estaría en lo cierto al opinar que se trataba de un caso sencillo en el que Ashe era el asesino. Desde luego, la información que le acababa de llegar sugería que Ashe se había dirigido a Ross en su coche. El informe decía lo siguiente:

El Vauxhall AB7469X fue visto en la carretera general Londres-Cheltenham, en el tramo entre Burford y Northleach, poco antes de la una de la noche del domingo 15 de abril. Para decirlo con más precisión, en la madrugada del lunes 16. Dos jóvenes que regresaban a Northleach tras pasar la tarde en Oxford habían tomado la carretera de Cheltenham. Viajaban en una motocicleta, uno de ellos en el asiento trasero, cuando sufrieron un accidente por esquivar a un vagabundo que había aparecido de repente en la carretera. La motocicleta chocó contra un poste telegráfico y el joven del asiento trasero, de nombre Martin, salió despedido y sufrió unos rasguños, pero el conductor, de nombre Thomson, se golpeó contra

el poste y quedó tendido inconsciente en el suelo. Era un tramo solitario y Martin estaba angustiado porque no sabía si dejar a su amigo para buscar ayuda en la casa más próxima o quedarse con él con la esperanza de que apareciera otro vehículo. Aunque a aquellas horas había poco tráfico, Martin se sintió aliviado al oír un coche y se colocó en medio de la calzada para hacerle señales de que parara. El conductor tuvo que reducir la velocidad ya que, con la motocicleta accidentada, que había ido a parar al centro de la carretera, Martin y el vagabundo, apenas quedaba espacio para circular.

—Oiga, hemos tenido un accidente —gritó Martin al conductor del vehículo, pero, para su sorpresa, el conductor no frenó. Martin saltó sobre el vehículo y le gritó a través de la ventanilla—: ¡Mi compañero está herido! Necesito que lo lleve en coche a ver un médico.

La única respuesta que obtuvo fue:

—¡Apártate!

—¡Maldita sea! No puede dejar a un hombre tirado en la carretera —protestó Martin.

Y recibió la misma respuesta:

—¡Fuera! ¡Bájate del estribo o verás!

El coche aceleró, y como Martin no quería dejar a su amigo solo en la carretera, saltó del estribo. Sin embargo, memorizó la matrícula porque tenía la idea de que se podía «denunciar» al conductor por no pararse a ayudar en esas circunstancias.

Un poco más tarde apareció un trabajador de la Asociación del Automóvil que resultó de gran ayuda y le explicó a Martin que no se podía «denunciar a una persona» por negarse a parar en la carretera después de la medianoche. De todas formas, el tipo se anotó el número de matrícula para comunicárselo a la asociación en el caso de que Thomson falleciera y hubiera que testificar. Puesto que Thomson se recuperó, no fue necesario dar más pasos en ese sentido.

Martin describió el coche correctamente: un Vauxhall tipo sedán de color verde. Describió al conductor como un hombre alto y bien afeitado, «no joven, pero no demasiado viejo», fue todo lo que pudo decir en cuanto a apariencia, pero encajaba con la de Ashe.

«Ahora ya podemos empezar a hacer un bosquejo de su ruta —se dijo Warner con cierta satisfacción—. Podemos suponer que salió de Londres y ver qué tal encaja».

Y todo encajaba bastante bien. Tomando como punto de partida el lugar y la hora en la que fue visto el Vauxhall, Warner elaboró un cuadro de rutas y horarios que parecía ajustarse al caso. La mejor manera de llegar de Londres a Ross era pasando por Oxford, Cheltenham y Gloucester, y el Vauxhall había sido visto en la carretera de Oxford a Cheltenham, en el tramo entre Burford y Northleach a las 12:45 de la madrugada del lunes. Como a esa hora no habría mucho tráfico, era razonable calcular que iría a una velocidad media de cuarenta y ocho kilómetros por hora, lo que daba como resultado lo siguiente:

Londres. Domingo a las 22:00.
Oxford. Medianoche.
Burford. Lunes a las 00:40.
Northleach. Lunes a la 1:00.
Cheltenham. Lunes a la 1:30.
Gloucester. Lunes a la 1:50.
Ross. Lunes a las 2:40.

Con esta lista a modo de guía aproximada, Warner dedujo que el Vauxhall habría llegado a la casa de Dick Barton por el camino del río a las 3:00. Calculando que al conductor le llevaría una hora y media trasladar el cadáver y deshacerse de él, podría haber regresado al coche hacia las 4:30, cuando todavía era de noche y faltaba mucho para que se levantara el más madrugador de los granjeros.

Warner volvió la mirada hacia sus mapas de carreteras. El Vauxhall fue depositado en el garaje de Southampton el lunes por la mañana, con lo que había tenido tiempo más que suficiente para llegar desde Ross. Si tomó la ruta de Gloucester, Cirencester, Swindon, Andover y Winchester, una distancia total de menos de ciento sesenta kilómetros, el conductor del Vauxhall tuvo tiempo

más que suficiente para desayunar *en route*, porque, como Warner sabía, «aunque haya cometido un crimen, un hombre tiene que comer, ya que no podría ponerse al volante si llevaba mucho tiempo en ayunas».

Por fin esta explicación concordaba con los hechos. Ashe fue en coche a Temple Grove, mató a Lestrange de un disparo, metió el cadáver en el maletero y a continuación se fue hasta Ross. Desde allí, se dirigió directamente a Southampton y se embarcó con destino al continente. Cuando habían pasado tres semanas sin noticias de que hubiera indagaciones policiales, consideró que podía escribir a Marriott una carta normal de trabajo, informándole a propósito de que estaba de vacaciones en el Mediterráneo, tal como le había anunciado. El siguiente paso era averiguar quién actuaba como cómplice en el envío de las misivas.

De nuevo, Warner se sumergió en sus pensamientos para ordenar sus ideas sobre la investigación. Ashe no era tonto y sin duda había contado con que la carta de «Un producto del sistema penitenciario» sería estudiada en detalle, lo mismo que el paquete enviado a Eleanor Clarke. Sin embargo, al parecer no había tenido en cuenta que la policía examinaría su correspondencia con Marriott. Warner se puso en el lugar de Ashe para imaginar cuáles habrían sido sus temores de que se estableciera un vínculo entre los dos autores. Estaba aquella cena, claro, pero aunque la policía conociera el evento, no podía suponer que había servido para que Ashe averiguara algo sobre Lestrange; solo había conocido a la secretaria. En cuanto al taxista que le dio a Ashe la dirección de Eleanor Clarke, ¿por qué iba a considerar la policía ese detalle?

Llegado a este nivel de conjeturas, Warner descargó de ceniza su pipa con un gesto de exasperación.

—¡Maldita sea! ¡Ese hombre es un idiota! Parece que quiera acabar en la horca portándose como un bobo... ¿O soy yo el bobo? ¿Por qué no compró una máquina de escribir nueva o utilizó la de otra persona?

De nuevo sonó el teléfono. Esta vez era la policía de Winchester, con pruebas que reforzaban la teoría de que Ashe y su Vauxhall habían hecho exactamente lo que Warner había pensado.

Tras una exhaustiva investigación, la policía rural averiguó que el Vauxhall había chocado con la carreta de un granjero en el tramo entre Andover y Winchester a las ocho de la mañana del lunes 16 de abril. El culpable había sido el conductor de la carreta, que no había sabido dominar al caballo. Al parecer, el animal se asustó cuando el coche y la carreta doblaban una esquina. El coche estaba pegado a la izquierda, pero el caballo se desbocó y la pesada rueda de la carreta chocó contra el alerón y el estribo del coche. Cuando el granjero logró dominar al caballo, regresó para hablar con el conductor del automóvil. Estaba seguro de que le pondría problemas porque la culpa del accidente era suya, pero el conductor, que bajó del coche para inspeccionar los daños, se contentó con gritarle que era un patán borracho y volvió a subir al Vauxhall alegando que no tenía tiempo para discusiones. En las dos ocasiones en que alguien había reparado en el Vauxhall, observó Warner, el conductor había hecho justamente lo que se hubiera esperado de Ashe en esas circunstancias: salir de allí lo más rápido posible, confiando sin duda en que nadie hubiera anotado su matrícula.

«Bueno, puede que sea un escritor fantástico y que sepa escribir cartas anónimas muy originales, pero desde luego es un conductor temerario, demonios —masculló Warner para sus adentros—. Aunque solo fuera por eso, deberíamos detenerlo...».

No sería tan sencillo, sin embargo. Con sus conocimientos sobre barcos y navegación, Ashe sería probablemente una de las personas más difíciles de atrapar. Sabía cómo moverse en cualquier puerto y cómo escabullirse de un sitio a otro. Era evidente que tenía muchos lugares donde esconderse. El nombre «Michael Ashe» podía ser tan solo uno de sus numerosos alias.

Justo cuando iba a coger el sombrero para visitar a Eleanor Clarke, según lo previsto, Warner se quedó inmóvil. Se había encendido una idea en su mente, una idea tan sencilla que le sorprendía no haberla tenido antes. Se quedó inmóvil en el centro de la habitación, con el rostro contorsionado por la concentración y la mirada perdida, fija en la pared de enfrente, mientras murmuraba para sus adentros: «¡Dios bendito! Eso encajaría». Seguía inmóvil, todavía cautivado por su gran idea, cuando un golpecito en la puerta

le anunció la llegada del inspector Bond. Warner se limitó a mirarlo sin reconocerlo, sumergido en sus pensamientos, hasta que Bond dijo:

—Buenos días, señor. He estado pensando.

Warner rompió a reír.

—Yo también —dijo—. Y mis pensamientos me llevaban muy lejos, como diría el poeta. Lo que me sugieren, en resumen, es que nunca encontraré la solución a este caso aunque me rompa la cabeza repasando una y otra vez todas las posibilidades. El problema, Bond, son estos *nom-de-plume* de los autores, la doble personalidad y todo eso. Si elevara una petición al Parlamento para que promulgaran una ley prohibiendo escribir bajo un alias y obligando a reproducir las huellas dactilares en la página de créditos, ¿cree que la aceptarían, Bond?

—No, señor. No lo creo —respondió secamente Bond—. Tengo entendido que algunos autores escriben hasta bajo seis nombres distintos: los crímenes como A, las novelas románticas como B, los cuentos de hadas como C, los ensayos literarios como D, las novelas costumbristas como E y los ensayos económicos como F.

—No debería estar permitido —masculló Warner—. En mi opinión son delincuentes habituales..., reincidentes, los llamaría yo. ¿Qué novedades me trae, Bond? Dígame algo nuevo. Yo sigo recolocando las mismas piezas, y cada nueva conclusión a la que llego parece adecuada..., pero no sé cuál es la buena.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo Bond—. Pienso en las mismas cosas una y otra vez, hasta que me obsesiono con ellas. Pienso en Lestrange, sueño con Lestrange y lo hago todo con Lestrange, salvo comer. Puedo decirle lo que él, o ella, pagaba de impuestos, el precio de su alquiler y las tasas, lo que pagaba en salarios y en gastos de la casa. He mirado todos los libros de cuentas de sus proveedores y los he analizado con mi señora.

—¡Recórcholis! —exclamó Warner—. ¡Esa sí que es una idea genial!

—Quería averiguar si compraban comida suficiente para un hombre y una mujer y media —explicó Bond—. Por eso le pedí a mi mujer que me echara una mano. Es una buena ama de casa. Bien,

pues en Temple Grove gastaban de media cuatro libras a la semana, incluyendo vino y cerveza. No creo que la señora Fife y la señorita Clarke, que solamente merendaba y se quedaba a comer de vez en cuando, pudieran dar cuenta de tanta manduca. Les gustaba comer bien: pollo y caza de vez en cuando, salmón y espárragos cuando era la temporada, pero según mi mujer sabían comprar y no hacían tonterías ni se permitían extravagancias. Mi mujer encontró el libro de recetas de la señora Fife en la cocina y tomó nota de las recetas que estaban señaladas. Entre nosotros, le puede decir exactamente lo que le gustaba a Lestrange para comer: riñones a la diabla, gambas al curri, empanada de pichón, lenguado cocinado al vino blanco...

—¡No parecen platos para dos mujeres! —exclamó Warner.

—No —dijo Bond con un suspiro—. Si comían todo eso, debían de tener buen apetito..., aunque no es imposible —añadió con firmeza—. Sobre todo si querían crear el efecto de que había un hombre en la casa. Hay otra cosa que quiero comentarle. Desde que apareció el cadáver he logrado que el director del banco me hiciera caso y he revisado los movimientos de las cuentas de Lestrange durante los últimos tres años. Hay muchas entradas de dinero sin justificar. Lestrange retiraba a menudo importantes cantidades de dinero; el mantenimiento de la casa junto con los sueldos y los impuestos no le suponían ni la mitad de lo que ganaba como escritor. El resto o bien lo gastaba en algo que desconocemos, o bien lo transfería a otra parte, y era bastante dinero, unos cuantos cientos de libras en total.

—¿Pagaba un chantaje, tenía otra casa, o tal vez depositaba sus ahorros en otra parte? —preguntó Warner.

Bond se encogió de hombros.

—Lo mire por donde lo mire —explicó con su acostumbrada cautela— tenemos el problema del ama de llaves desaparecida. En caso de que la señorita Clarke tenga algo que ver con este embrollo, deduzco que el ama de llaves está con ella. Si la señorita Clarke ha dicho la verdad y Lestrange ha sido asesinado, sigo pensando que el ama de llaves era cómplice. Pero ¿dónde puede estar? Usted acaba de referirse a otra vivienda. ¿Y si la señora Fife se hubiera retirado a

otro lugar donde previamente tenía otra identidad? ¿Un lugar donde pudiera regresar tranquilamente sin que nadie la considerara una foránea ni le hiciera preguntas?

—Una posibilidad bastante sensata —admitió Warner—, pero lo endiablado del asunto es que no sabemos por dónde empezar a investigar.

—Tenemos esto —dijo Bond, y se sacó del bolsillo el cepillo de dientes más repugnante que Warner había visto en su vida.

—Continúe —dijo el inspector jefe—. Le conozco lo bastante bien como para saber que no me está gastando una broma.

—Bueno, eso es lo que pensé —dijo Bond—. Si la señora Fife se había creado una doble personalidad, solo podía haberlo hecho durante las vacaciones de verano, cuando Temple Grove estaba cerrado, como sabemos. Puede que tuviera una casita en alguna parte, o un apartamento, y pasara allí las vacaciones. Ya sé que son solo conjeturas —admitió con expresión avergonzada, pero Warner le interrumpió:

—Maldita sea, yo no tengo nada más que conjeturas. Es la única manera de avanzar en este maldito enredo. ¡Continúe!

—Me pareció que la señora Fife habría tenido especial cuidado en no dejar ninguna huella en su retiro privado —siguió Bond—, pero a veces, cuando uno va de vacaciones, se trae algún cachivache sin querer, por decirlo de alguna manera. Años más tarde lo encuentra y se dice: «Vaya, si esto me lo compré en Bognor». Confiaba en que hubiéramos pasado por alto algo así cuando registramos a fondo Temple Grove. Le prometo —dijo Bond en un súbito arrebato de emoción— que busqué y rebusqué en esa casa hasta casi enloquecer. No hubo objeto que no examinara..., y al final, cuando miré en todos los botes y en todos los artículos de limpieza, encontré las cosas para limpiar la plata, el blanqueador y todo eso, y allí estaba este cepillo, que es como los cepillos de dientes viejos que mi mujer emplea para pulir la plata. —Bond hizo una pausa y tomó el repugnante cepillo de dientes—. Este era un buen cepillo de dientes —dijo—. Tiene el nombre del fabricante, ¿ve? Está comprado en Meads Street, Eastbourne.

—¡Bravo, Bond! —exclamó Warner, y el otro rompió a reír.

—¡Me imagino a esa señora limpiando la casa y asegurándose de que no quedara ni una maldita cosa que pudiera implicarla! —dijo con más entusiasmo del que Warner le había oído nunca—. Hizo un trabajo tremendamente cuidadoso. Pero dígame —continuó—, si ella o Lestrange no compraron este cepillo en Eastbourne, ¿cómo llegó el objeto hasta allí? No me imagino a la señorita Clarke trayéndole al ama de llaves sus viejos cepillos de dientes para limpiar la plata, y aparte de la señorita Clarke nadie más entraba allí. No tenían ninguna señora de la limpieza. Y puesto que estaba buscando alguna pista acerca del posible escondite de la señora Fife, ¿no le parece que puede tratarse de Eastbourne?

—Desde luego —dijo Warner.

Y Bond continuó:

—Hay algo más. Cuando fui a ver a la señorita Clarke para hablar acerca del paquete de pagarés del Tesoro, me sugirió por propia iniciativa que buscara en su casa para ver si podía encontrar una máquina de escribir...

—Qué sensata es esta mujer —murmuró Warner, y Bond enrojeció.

—¡Sí, caramba! —exclamó irritado—. Siempre hace lo correcto. ¿Cómo es eso que dicen los franceses? *Donner le cafard*. Eso es lo que me pasa con ella, que me deprime. Me pone de los nervios, diría yo. Bien, pues cuando me sugirió que echara un vistazo y registrara su casa no le dije que no, aunque sabía perfectamente que no encontraría allí la máquina de escribir. No obstante, hice un registro a conciencia.

—¡No me cabe la menor duda! —interpeló Warner.

Y Bond siguió explicando:

—Todo estaba limpio como una patena, justo como uno esperaría encontrar el piso de una mujer culta. Sin embargo, hubo una cosa que me guardé en la memoria por si acaso. Entre las páginas de un calendario normal y corriente encontré un par de fotos, sin enmarcar, y hasta hoy no he averiguado qué sale en ellas. Una es de la iglesia que hay en Eastbourne, la llaman la iglesia del barrio viejo, y la otra es de un viejo *pub* cercano, llamado The Lamb.

Durante unos instantes, los dos hombres se miraron en silencio.

—Y cree que la señora Fife puede estar retirada en Eastbourne, en algún lugar previamente acordado entre ella y la señorita Clarke —dijo al fin Warner.

—Es una posibilidad —dijo Bond—. Tenemos tan pocas pistas a las que agarrarnos en este caso que hemos de guiarnos por meras hipótesis.

—Veamos ahora cómo encajan nuestras hipótesis con las pruebas que hemos conseguido esta mañana —dijo Warner, y le explicó a Bond las novedades referentes a la máquina de escribir, la carta de Génova y el automóvil Vauxhall.

En el rostro de Bond apareció una absurda expresión de decepción.

—Michael Ashe —refunfuñó—. ¡Menudas piezas son esos escritores! ¿Y dónde cree que estaría la señora Fife en medio de este tinglado?

—Tengo dos suposiciones —respondió Warner—. La primera, que esté enterrada en alguna tumba solitaria. La segunda, que se encuentre en Eastbourne, lo que en mi opinión es lo más probable. Es muy posible que esté viviendo tan tranquila como señora Jones o señora Robinson, una mujer muy digna que ha estado siempre allí y a la que todo el mundo conoce.

—Entonces, ¿cree que está compinchada con Ashe? —preguntó Bond, y añadió con impaciencia—: ¿Y qué pasa con la señorita Clarke?

—Ah —dijo Warner—. Ahora hemos vuelto a la casilla de salida. En lo que a ella respecta, usted ha mantenido siempre un patrón congruente. Desde el principio pensó que estaba ocultando la realidad sobre el caso, y lo sigue pensando. Me temo que yo no he sido tan coherente. Al principio creía en ella plenamente, me parecía tan franca y natural, y la historia que contaba tenía sentido. Desde entonces, al comprobar que estaba implicada de alguna manera en todas las piezas del caso, que conocía a todos los personajes, por así decirlo, empecé a pensar como santo Tomás. Primero me parecía que su preocupación por su jefe era muy natural, «ese hombre tan amable», lo llamaba, pero ahora me pregunto si en el fondo quien le importaba era Michael Ashe, ya sabe que las mujeres tienden a

proteger al hombre que aman, sin importar lo que haya hecho. Todavía no sabría decirle cuál de mis hipótesis es cierta, y he elaborado tantas variantes al hilo de los hechos que iba conociendo que me avergüenza explicarlas... Me pregunto si a la señorita Clarke pueden haberla engañado. ¿Qué piensa, Bond?

—Si me pregunta mi opinión, le digo rotundamente que no —gruñó Bond—. Es una de esas personas que nunca revelan nada.

—No sé —dijo Warner—. No olvide que todavía no le hemos contado nuestros hallazgos más recientes. Lo sucedido en Kirkham no llegó a la prensa de Londres porque la policía local tuvo mucho cuidado en que no se filtrara nada de la investigación. Eleanor Clarke no podía saber nada del descubrimiento del cadáver salvo que leyera un periódico de la comarca, y no se habría arriesgado a que alguien se lo enviara. Podría contarle la historia, sin mencionar nombres. Le podría describir cómo dispararon en Temple Grove y trasladaron el cadáver en el Vauxhall para esconderlo más tarde en la casa de campo y todo eso, y luego de repente le digo que la señora Fife está viviendo tranquilamente en Eastbourne. Si la señorita Clarke está implicada en el asesinato, seguro que intentará avisar a la señora Fife. Puede que se delate si la vigilamos estrechamente.

Bond se encogió de hombros.

—Supongo que no es tan mala idea, señor —dijo—, aunque puedo imaginarla escuchándole con atención, modosita como un gato, expresando su consternación a medida que avanza la historia y finalmente invitándole a usted a leer todas las cartas de su escritorio y a registrarlo tan solo para protegerse.

Warner rio.

—Es curioso ver de qué forma tan diferente puede afectarnos la actitud de una persona. Su seriedad y su forma lógica de razonar me llevan a mí a creerla, y a usted a desconfiar de ella. Bueno, ya veremos. Voy a telefonearla para comprobar si está en su casa, para no hacer el trayecto a Clare Court en vano.

—Bien, solo espero que la encuentre cuando necesite encontrarla —dijo Bond—. Cada mañana cuando me despierto me pregunto si será el día en que nos avisen de que se ha esfumado. Está muy bien decir que la están vigilando, pero ya sabemos que la vigilancia no es

infalible, señor. Es bastante fácil tener vigilada a una persona por un tiempo limitado, pero cuando se convierte en semanas, es otra cosa. El vigilante se cansa, se acostumbra al trabajo y acaba bajando la guardia.

—Sí, tiene usted razón —asintió Warner—. Y también pienso que una mujer como Eleanor Clarke puede encontrar la forma de despistar a sus vigilantes y escapar de ellos, pero eso no significa que sea fácil esconderse por mucho tiempo. En cualquier caso, no creo que necesite salir corriendo. Ya sea inocente o culpable, hasta ahora su método ha consistido en quedarse quieta y fingir su disposición a colaborar.

Warner descolgó el teléfono para pedir una llamada. Un momento más tarde miró sonriente a Bond.

—Está en casa. ¡De momento podemos tachar la huida!

—No cabe duda de que es usted un optimista, señor —dijo Bond.

CAPÍTULO XV

Warner tocó el timbre del apartamento de Eleanor Clarke. Al no recibir respuesta, dejó escapar un suave silbido y volvió a pulsar el timbre. Seguía sin haber respuesta, de modo que bajó pensativo por las escaleras esperando encontrar al conserje en el vestíbulo. Al llegar a la planta baja, sin embargo, vio a una persona conocida, Farling, del Departamento de Investigación Criminal, cuya misión consistía en tener a la señorita Clarke bajo vigilancia. La expresión de su rostro explicaba por sí misma lo ocurrido.

—La he perdido, señor —dijo Farling en el tono de quien acaba de suspender un examen.

Warner no perdió el tiempo en reproches.

—Rápido, explíqueme lo que ha pasado —dijo—. Estaba en su casa hace cuarenta minutos.

—Así es, señor. Salió de su casa a la una y media y giró hacia la derecha. Caminaba sin prisas y la seguí hasta Holly Walk, una callecita tranquila a unos cinco minutos de aquí. Ha estado allí otras veces, creo que tiene una amiga en el número 14. El caso es que fue allí y llamó al timbre. Yo esperaba unas cuantas puertas más allá. De repente llegó un taxi. Ella bajó los escalones y subió rápidamente al taxi, que arrancó enseguida. No pude hacer nada. No había taxis a la vista, no había ningún coche ni camioneta en las cercanías. Anoté la matrícula, eso fue todo lo que pude hacer. El automóvil dobló la esquina en un abrir y cerrar de ojos.

—Así son las cosas —dijo Warner—. Es algo que siempre puede pasar en un trabajo como el suyo. Lo mejor será que localice las paradas de taxi más cercanas para intentar encontrar al taxista. ¿Cuánto hace que la perdió de vista?

—No más de diez minutos, señor.

Warner se concentró. Cuando habló con Eleanor Clarke por teléfono, ella se limitó a responder «De acuerdo. Puede venir ahora mismo, no hay ningún problema», y acto seguido puso en marcha su plan para deshacerse del vigilante que, según le explicó el propio Warner, le habían asignado para protegerla de posibles peligros. ¿Y adónde se dirigía? De forma natural y, a falta de otras ideas, Warner recordó la historia de Bond y su sugerencia de un retiro en Eastbourne. Valía la pena investigar esa opción, por lo menos. Mientras no localizaran al taxista, nada se podía hacer por encontrar a Eleanor Clarke, y Warner temía que el taxista tampoco fuera de gran ayuda. Eleanor Clarke solo utilizaría el taxi para alejarse rápidamente del lugar, era demasiado inteligente para dejar pistas. Warner se volvió hacia Farling.

—Avise a todas las comisarías de que buscamos al taxista. Pasarán el mensaje a los agentes que controlan la circulación, y así lo encontrarán antes. Luego pruebe con las paradas de taxis. En cuanto tenga novedades, telefonee a Scotland Yard y al inspector Bond. Todas las informaciones deben enviarse a la central, yo también me mantendré en contacto con ellos.

Usando el aparato telefónico del vestíbulo, Warner llamó a Bond y le explicó lo que había ocurrido.

—¡Precisamente lo que me temía, señor! —masculló Bond.

—Envíe un aviso general y una descripción —dijo el inspector jefe —. Le volveré a llamar más tarde.

Acabada la conversación, Warner se volvió hacia Farling.

—¿Cómo iba vestida? ¿Llevaba consigo un bolso de viaje?

—Ninguna bolsa, señor, solamente un bolso de mano. Iba vestida de azul marino, con sombrerito azul marino, medias grises y zapatos negros.

—Humm. Correcta pero discreta —dijo Warner—. Póngase a localizar ese taxi y en cuanto sepa algo infórmeme. Es posible que regrese, después de todo.

Unos minutos más tarde, Warner iba en un taxi camino de Victoria Station. No tenía mucha fe, pero valía la pena intentarlo. Si había algo de cierto en la idea de Eastbourne (aunque la probabilidad era tan remota que a Warner le produciría risa creer en

ella), no cabía descartar que Eleanor Clarke hubiera decidido escapar y esconderse en un hipotético hogar de esa ciudad. En tal caso, iría directa a la estación y se subiría a un tren antes de que Warner pudiera detenerla.

Warner echó un vistazo al reloj y comprobó que solo habían pasado veinte minutos desde que Farling había visto al objeto de su vigilancia salir huyendo en el taxi, pero estaba convencido de que Eleanor Clarke se habría bajado en un punto cercano, seguramente cerca de una parada de autobús o de metro. A partir de ahí tomaría una ruta indirecta para llegar a su destino. Si quería ir a Eastbourne, el mejor punto de partida era Victoria Station. A estas horas estaba mucho más abarrotada que el puente de Londres, de modo que podría pasar desapercibida. De nuevo, Warner rio para sus adentros.

«Es como querer atrapar una estrella fugaz. ¡Y las únicas pistas que tenemos son un viejo cepillo de dientes y un par de instantáneas!».

Sin embargo, en cuanto su taxi se detuvo frente a Victoria Station, Warner vio a Eleanor Clarke en persona. Acababa de bajar de un autobús número 16 y esperaba la oportunidad para cruzar desde la parada hasta la ventanilla de billetes. Acababa de verla cuando Eleanor Clarke giró la cabeza y volvió a perderse entre la multitud junto a los autobuses.

«¡Maldita sea! —se dijo Warner—. Me ha visto». Pagó al taxista y atravesó corriendo el patio de maniobras, pero, en cuanto consiguió abrirse camino entre los autobuses, su fugitiva había desaparecido; probablemente se subió en el último momento al autobús que asomaba por la puerta sur para iniciar su trayecto. Warner salió corriendo al cruce de Victoria Street y atisbó el número del autobús, el 25, que giró hacia la izquierda de Grosvenor Gardens. En lugar de seguirlo, Warner atravesó de nuevo el patio de maniobras para salir por la puerta norte y llegó a tiempo de ver reaparecer el autobús 25, porque daba la vuelta a la rotonda de Grosvenor Gardens.

«Pero Dios no estaba en el viento»,[8] murmuró Warner para sí. La avispada dama se había bajado del bus justo en el momento en que él lo perdió de vista.

«La verdad es que nadie podría encontrar un mejor lugar donde jugar al escondite», pensó Warner cuando pasó por delante de las tiendas que se encontraban al fondo de la estación. Había tres entradas al patio de maniobras, aparte de la que conducía al nivel inferior, donde llegaba la línea de metro de Victoria Station. Estaba también la del hotel Grosvenor, que contaba con su propia salida a la estación y a la calle, además de las puertas que daban a Buckingham Palace Road y la que llevaba a los trenes con destino al continente.

Warner decidió no perder más tiempo jugando al escondite entre las abarrotadas entradas y salidas de Southern Railway y concentrarse en el próximo tren con destino a Eastbourne. Si Eleanor Clarke había aparecido en Victoria Station, era probable que el cepillo de dientes y las fotografías fueran las mejores cartas que jugar.

A las 15:10 salía un tren con destino a Eastbourne, y Warner decidió que era mejor apostarse en un lugar desde donde pudiera vigilar el andén sin ser visto. El tren salía del andén número 16, y la barrera de acceso estaba justo al lado de la entrada a Buckingham Palace Road. Tenía unos minutos para pedir ayuda en la comisaría de policía y darles una descripción de la elegante señorita vestida de azul marino que había visto subiendo al autobús en la estación. Cuando por fin se ocultó en la sombría entrada de la oficina de Aduanas, justo enfrente de la barrera del andén número 16, Warner se dijo que de todas formas era poco probable que viera a su fugitiva. Fue muy mala suerte que Eleanor Clarke le hubiera visto —de eso no cabía duda— cuando se bajó del taxi.

Iban a dar las tres de la tarde cuando volvió a verla, ahora ataviada con un impermeable ligero y un blando sombrero de fieltro, pero Warner no tuvo ningún problema en reconocer su bien delineado perfil cuando la vio correr por el andén que discurría paralelo al número 16. Warner salió como despedido de su lugar de observación. En el andén número 15 estaba estacionado el tren que iba directo a Brighton, que efectuaría su salida a las 15:00. Cuando Warner cruzó corriendo la valla de donde salían los taxis, vio a Eleanor Clarke subir de un salto al tren de Brighton, justo a la hora

de partida. Warner logró subir al compartimento más cercano cuando el tren ya se había puesto en marcha y miró por la ventanilla, temiendo que su fugitiva se bajara en el último momento y le dejara en la estacada. Cuando el tren eléctrico aceleró y se alejó un poco del andén, comprobó que Eleanor Clarke no se encontraba allí.

Con un suspiro de alivio, salió al pasillo y se dirigió al vagón del revisor, quien le confirmó lo que Warner ya sabía: el tren no paraba en ninguna estación antes de Brighton, donde llegaría en una hora. Nadie podía bajarse antes de la estación de destino.

Warner se identificó ante el revisor y le solicitó su colaboración. Le mostró una fotografía de Eleanor Clarke (una muy buena que había hecho el propio Bond por su cuenta) y le pidió que recorriera el tren y averiguara dónde estaba sentada la dama. El revisor regresó unos minutos más tarde.

—Se encuentra en el primer vagón, señor. No tendrá problema en dar con ella.

—No quiero dar con ella —dijo Warner—, quiero seguirla. ¿Hay alguna forma de enviar un telegrama a Brighton para que uno de los policías me espere en la estación con un coche?

El revisor se quedó pensativo.

—Le diré lo que podemos hacer, señor. Cuando pasemos por la estación de Three Bridges, dejaré caer en el andén una carta para el jefe de estación. Alguno de los empleados en el andén verá la carta y el jefe de estación telefoneará a Brighton y les hará llegar el mensaje.

—Muy bien. Un plan excelente —dijo Warner, y se dispuso a escribir la carta explicando quién era él y lo que necesitaba.

Cuando llegaron a Brighton, Warner recorrió el pasillo, precedido por el revisor para no encontrarse cara a cara con Eleanor Clarke, y se sentó en el compartimento anterior al de ella. Apenas el tren se detuvo en la estación, Warner vio que Eleanor Clarke abría la portezuela, saltaba al andén y salía corriendo como alma que llevaba el diablo. La siguió tan de cerca como le pareció posible sin ser advertido, pero en lugar de dirigirse a la salida, ella giró bruscamente a la izquierda y atravesó el vestíbulo de la estación,

paralelo a las barreras de acceso a los andenes. Al otro lado de la barrera había mucha gente, y Warner tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre para seguirla, sin tiempo siquiera para buscar al detective que se suponía que le esperaba junto al revisor. La verdad es que Eleanor Clarke corría como un galgo, y Warner quería que siguiera corriendo sin sospechar que la seguían, porque en cuanto lo viera su persecución habría sido inútil. No podía arrestarla simplemente por haberse zafado de él.

Al llegar al extremo izquierdo de la estación, Eleanor Clarke entró en otro andén y se subió al tren allí estacionado justo cuando el revisor hacía sonar el silbato. Warner subió como pudo al último compartimento y el trenecito partió de Brighton sin que el inspector jefe tuviera ni la más remota idea de adónde se dirigía. Dado que no había nadie más en el compartimento, tuvo que mirar el mapa que colgaba en la pared de enfrente para hacerse una idea de su posible destino. Comprobó con satisfacción que había adivinado lo que buscaba la enérgica dama con sus maniobras: el tren iba de Brighton a Lewes, una estación por la que pasaban los trenes de Eastbourne.

Se acomodó en el asiento y fumó un cigarrillo pensando en lo molesto que se sentiría su colega de Brighton. Sus instrucciones en la carta eran: «Un hombre esperando en la valla, pero que no haga nada hasta nueva orden». Bueno, era una suerte que el policía de Brighton obedeciera sus instrucciones, porque si dos hombres hubieran empezado a perseguirla, no cabía duda de que la señorita Clarke se habría dado cuenta. Warner tenía los pies ligeros y esperaba haber pasado inadvertido.

El pequeño tren de vapor no tardó en dejar atrás las deprimentes hileras de casas grises que afean el paisaje ondulado y desnudo de árboles a las afueras de Brighton, ascendió con dificultad las colinas, asfixiándose en cada cuesta y sumergiéndose en túneles llenos de humo. Al divisar los baluartes semiderruidos de unos antiguos muros, Warner comprendió que estaban entrando en Lewes. Observó con atención a los pocos pasajeros que se apearon allí, pero ninguno de ellos tenía el más remoto parecido con Eleanor Clarke. Una vez más, pagó su billete y pidió consejo al revisor del

tren, un hombre sensato que se ofreció a examinar los billetes de todos los pasajeros. Una vez más, Warner confirmó que no había perdido a la fugitiva, que seguía a bordo del tren, dos coches por delante del suyo.

—¿Cuál es la próxima parada? —preguntó Warner.

—Newhaven y Seaford, señor —respondió el revisor.

Warner se reclinó en el asiento y dejó oír un silbido. ¡El puerto de Newhaven! ¿Tendría que perseguir a la esquiva dama hasta el barco de vapor que cruzaba el canal y desde allí a Génova, después de todo?

Sentado en el ruidoso trenecillo que atravesaba los amplios prados junto al río entre Lewes y Newhaven, Warner se enfadó consigo mismo. ¿Y si Bond había tenido razón desde el principio y Eleanor Clarke se había estado burlando de la justicia? Él mismo se había opuesto a esta idea. Al recordar la aparente sinceridad de la dama y la honestidad que parecía emanar de su persona, Warner se dijo que había sido un idiota. No podría volver a confiar en su propio juicio.

Esta autocrítica llegó a su fin cuando el tren llegó a la estación del puerto, prácticamente desierta a aquellas horas, porque el barco no zarpaba hasta la tarde, de modo que Warner pudo comprobar que Eleanor Clarke no se encontraba entre los pasajeros que se apeaban. Se quedó sentado en su sitio y se preguntó cuál sería el próximo paso.

¿Se iría hasta Seaford y mataría allí las horas hasta que llegara el momento de subir al barco? Esta vez no tardó mucho en averiguarlo. La siguiente parada era el apeadero de Bishopstone, y aquí Eleanor Clarke se bajó en el pequeño andén y se encaminó directamente a la salida. No había nadie al mando en la estación, y era el guardia quien recogía los billetes de los pasajeros que se apeaban. Warner le preguntó si le sería posible conseguir un coche.

—Aquí no, señor. Hay que llegar primero a Seaford.

—¿Cuánto tardará en llegar allí?

—Unos tres minutos, señor.

—Envíe un taxi desde la estación para que me recoja en la carretera principal que pasa por aquí, y hágalo lo más rápido

posible.

Dicho esto, Warner se apresuró a recorrer el estrecho camino que llevaba desde el apeadero hasta la carretera principal. Se estrujó el cerebro para tener una idea de dónde se encontraba, y cuando recordó que aquella carretera unía las ciudades de Brighton, Newhaven y Eastbourne, y por ella pasaban muchos autobuses, apresuró el paso para que no lo volvieran a dejar en la estacada. Si Eleanor Clarke se subía a un autobús, Warner esperaba que el taxi llegara a tiempo para seguirlo. Se sintió confiado al calcular que el tren tardaría tres minutos en llegar a Seaford y otros siete en recorrer el camino hasta el apeadero. Eleanor Clarke no llegaría muy lejos en tan poco tiempo, Warner vio crecer su optimismo a cada minuto que pasaba. Cuando llegó a la carretera principal, sin embargo, Eleanor Clarke no se detuvo a buscar un autobús, sino que caminó un par de centenares de metros en dirección a Seaford y luego tomó un desvío a la izquierda que llevaba al pueblo de Bishopstone. Warner, que la seguía a cierta distancia, ahogó una carcajada.

«Es una de esas personas sagaces que disponen de infinidad de recursos. ¿Intentará que le pierda la pista en medio de estos prados solitarios? Persecución por los acantilados de Dover. ¡Exclusiva! ¡Edición especial!».

Al cabo de unos instantes, Warner la vio atravesar el pórtico que llevaba a la pequeña iglesia normanda que sobresalía entre los tejados rojizos de la aldea. Warner se detuvo y se preguntó si habría otra puerta que llevara al cementerio, porque veía a la fugitiva muy capaz de trepar por la tapia del camposanto para escapar por el otro lado. Parecía conocer muy bien el terreno, mientras que él no. Finalmente entró por la misma puerta porticada, confiando en que no se encontraría a Eleanor Clarke cara a cara en la esquina de la iglesia. Todavía ignoraba si ella sabía que la seguían; la verdad era que no la había visto mirar ni una vez hacia atrás, ni cuando corrió a través de la estación de Brighton ni desde que se bajó del tren. Mientras deambulaba por el cementerio mirando las lápidas con mirada ausente, Warner empezó a inquietarse. La había perdido de vista y eso no le gustaba. Decidió arriesgarse y echar un vistazo al

otro lado del ábside. Como seguía sin ver a nadie, dio la vuelta al ábside con cautela y se asomó para examinar el otro lado del cementerio.

«Apuesto a que ha saltado la tapia —murmuró—. Esto es el juego de los idiotas. Ver sin ser visto, esperar en la iglesia, dejarme en la estacada..., oh, no me ha molestado... ¡Caramba! ¿Esto qué es?».

Se oía un coche que llegaba por la carretera.

«Otra vez el mismo juego», pensó Warner, corriendo hacia la puerta porticada. Podía haber alcanzado el coche antes de que acelerara, pero prefirió no hacerlo.

«Todo a su debido tiempo es un buen lema», se dijo riendo entre dientes mientras anotaba la matrícula del coche y la inscripción COCHE HACKNEY en una placa trasera. «Bien, si el guardia ha hecho lo que tenía que hacer, esta debería ser la última carrera», pensó mientras corría hacia la carretera principal. El guardia había cumplido y un taxi esperaba a Warner unos metros más allá en la carretera principal.

—Le ha enviado el guardia del puesto de Seaford —le dijo Warner al taxista—. Quiero que siga a un coche que acaba de salir del desvío de Bishopstone. Era un taxi número XX2259.

—Es el taxi de mi hermano —dijo el conductor mientras Warner se instalaba en el asiento junto a él—. Hace dos minutos que lo he visto. Iba en dirección a Eastbourne.

—Póngase en marcha a ver si podemos verlo —dijo Warner—, pero no se acerque demasiado y no intente adelantarlo.

—¿Adelantarlo? ¿Con este trasto? —respondió el conductor—. Ni por asomo. Tiene un Austin totalmente nuevo, y este es un Buick de 1920. Solo puedo seguirlo. En Seaford todos nos conocen, y pronto averiguaremos qué carretera ha tomado.

Pasaron por delante de Seaford y se detuvieron en la estación, donde el conductor le dio un grito al guardia que estaba dirigiendo el tráfico.

—¿Has visto pasar a Garge?

El agente señaló por encima de su hombro.

—Tomó la carretera de Eastbourne hará unos tres minutos.

El viejo automóvil volvió a traquetear furiosamente. Un poco más tarde, al llegar a una bifurcación, el ingenioso taxista preguntó a gritos al conductor de un camión:

—¿Has visto pasar a Garge?

—Sí. Ha tomado la carretera de Eastbourne.

—Muy bien, señor, a partir de aquí ya es fácil. No lo cogeremos pero podremos verlo subiendo por la montaña hasta más arriba de Exeat. Espero que mi viejo cacharro no se quede en el camino. Estas cuestas son empinadas y no suelo forzar el motor cuando las subo.

Al mirar la carretera ante ellos, Warner no pudo dejar de admirar la belleza de aquel paisaje ondulante. Bajaron al valle de Cuckmere, cruzaron por un curioso puentecillo de hierro y el conductor le señaló un coche que aparecía en lo alto de un cerro frente a ellos.

—Ese es Garge. Está pasando por delante de la iglesia de Friston.

Warner se sintió esperanzado. La distancia entre los dos coches no era mucha, pero el viejo Buick ascendía las empinadas cuestas a paso de caracol y el motor parecía asfixiarse por el esfuerzo. Parecía que tendría que detenerse antes de llegar arriba, pero tras una última sacudida y un petardeo, consiguió alcanzar la cima. Un autobús SOUTHDOWN que iba en dirección a Seaford esperaba junto al laguito donde se reflejaba la iglesia en lo alto de la loma, y de nuevo Warner oyó al conductor hacer la pregunta: «¿Has visto a Garge?», y el conductor del autobús le respondió: «Lo adelanté en Eastdean».

—¡Todos a bordo! —dijo el taxista riendo entre dientes—. Vamos bien. Los nuevos Austin son unos coches preciosos y funcionan de maravilla.

—¿Estaba usted en el garaje cuando su hermano recibió el encargo de ir a Bishopstone?

—¡Yo no estaba! Mi garaje se encuentra en Seaford. Garge está en Newhaven y hace muchos viajes para los trenes del puerto.

«¡Ya lo creo, maldita sea!», pensó Warner.

—Bueno, falta mucho para el barco. No zarpa hasta las seis y media.

—El caso es que hay un pequeño problema —confesó el taxista

al rato—. En Eastbourne hay dos carreteras. Una pasa por el centro del pueblo y la otra va directa a Meads. A menos que tengamos un poco de suerte, no sabremos cuál de las dos tomará.

Warner se quedó pensativo. Desde luego era un problema, y ahora sabía muy bien que no tenían ninguna posibilidad de alcanzar al Austin. Se preguntó si no sería preferible parar a otro coche y pedirle que le llevara hasta allí para ver si los alcanzaba. Le expuso esta posibilidad al taxista, que respondió:

—Como usted prefiera, señor, pero no lo conseguirá. Garge ya estará en Eastbourne.

Justo cuando habían rebasado Eastdean y bajaban de la loma se oyó un fuerte ruido y el Buick viró bruscamente hacia el centro de la carretera.

—Se ha roto —dijo el conductor—. Se ha pinchado un neumático.

Warner salió rápidamente del coche y miró hacia la carretera. El primer coche hizo caso omiso de su señal de que parara y aceleró por el lado opuesto de la carretera. El otro era un viejo Ford que iba demasiado lento. La situación quedó zanjada por un grito del conductor:

—Ahí viene Garge, señor. ¡Está de regreso!

El conductor de Seaford saltó al centro de la carretera y alzó la mano para indicarle a su hermano que parara.

—¡Policía! —se limitó a decir, señalando a Warner—. Quiere preguntar sobre tu pasajera. ¿Dónde la has dejado?

Garge se rascó la cabeza.

—En la iglesia del barrio viejo —dijo.

—¿Qué hizo la señora cuando bajó del taxi? —le preguntó Warner.

—Se fue, señor. Por la carretera. Puede que cogiera un autobús o puede que no. No lo sé.

—Creo que será mejor que me lleve a Eastbourne —dijo Warner —. Le hemos estado siguiendo desde Bishopstone. —Pagó al taxista del Buick y se subió al Austin—. ¿Cómo contactaron con usted para que fuera a Bishopstone? —preguntó en cuanto arrancaron.

—Una conferencia telefónica —respondió Garge—. Una señora me llamó un poco más tarde de las dos y me dijo que estuviera

frente a la iglesia de Bishopstone a las cinco de la tarde, y que no fallara. Así lo hice. La gente no pone conferencias porque sí. Me dijo que me diera prisa y así lo hice.

—Ya lo creo que sí —respondió Warner—. Tendría que haber cambiado de coche en Seaford para conseguir un vehículo que se moviera.

—No habría conseguido nada, señor. Allí no hay casi ningún coche de servicio que pueda darme alcance. En un cuarto de hora ya estaba en mi destino. Para cuando usted hubiera conseguido otro coche, yo ya no estaría.

—Es lo que pensaba —dijo Warner—. Con este coche puede alcanzar mucha velocidad.

—Este coche puede ponerse a noventa y cinco kilómetros por hora sin ningún problema, señor —dijo el orgulloso propietario—, y se come las cuestas.

Cuando llegaron a la iglesia del barrio viejo, en la primera colina que se levanta sobre Eastbourne, Warner hizo parar el taxi y le preguntó al guardia que dirigía el tráfico si había visto en qué dirección se fue la clienta de Garge al bajar del coche. El agente recordaba que el Austin había parado allí y vio a la señorita marcharse calle abajo. Probablemente había tomado un bus para ir a la ciudad.

—A la comisaría —ordenó Warner a Garge, y de nuevo se pusieron en marcha.

Al llegar a comisaría, Warner se empleó a fondo durante diez minutos para explicar por qué estaba allí y para describir a las personas que estaba buscando. Luego se volvió hacia el sargento que estaba al mando con el guiño de complicidad que le hacía tan simpático.

—Entiendo que buscar visitantes en Eastbourne es como buscar una aguja en un pajar, pero creo que las personas a las que busco son una pareja. El hombre es alto, de unos cincuenta años, con el pelo gris, rostro afeitado. Su mujer es aproximadamente de la misma edad, corpulenta, de pelo negro, ojos castaños y un rostro ancho. Llevan aquí instalados desde el 19 de abril, más o menos.

—Vaya, es curioso —dijo el sargento—. ¿No se llamarán

Edwards?

—Es posible —dijo Warner—. No sé qué apellido habrán adoptado y nunca he visto a ninguno de los dos. La mujer, si mi intuición no me engaña, es el ama de llaves del caso Lestrange. La señorita a la que he estado siguiendo es su secretaria. ¿Por qué lo encuentra curioso y quiénes son los Edwards?

—Hay un matrimonio justo de la edad y la apariencia que me acaba de describir; desde el 19 de abril viven en una casa de huéspedes en Meads —siguió explicando el sargento—. Ayer chocaron contra un camión delante de la estación. La mujer falleció en el acto, al hombre lo llevaron al hospital, pero se está muriendo, dicen que solo le quedan unas horas. Fue un choque tremendo. Seguramente confundió el pedal del gas con el del freno, y el coche quedó destrozado...

—¿Dónde está el hospital? —preguntó Warner.

—Es el Princess May... Puedo ir con usted si lo cree conveniente.

—Desde luego que me parece conveniente —dijo Warner—. Y estoy bastante seguro de que también encontraremos allí a la señorita Clarke.

El sargento abrió los ojos como platos.

—Dicen que el pobre diablo no llegará con vida a mañana —dijo apesadumbrado.

—Mucho mejor para él. Si es quien creo que es, habría acabado en la horca —respondió Warner.

---

8. Una cita bíblica. Reyes 19, 11.

CAPÍTULO XVI

Cuando llegó al hospital Princess May, Warner solicitó hablar con la enfermera jefe; se identificó como inspector jefe de Scotland Yard y le comunicó que tenía que ver al señor Edwards.

La mujer lo miró sorprendida y respondió:

—Debe comprender que el hombre se está muriendo. No importa lo que quiera de él, solo le quedan unas horas de vida. Está con una visita, una tal señorita Clarke. Ayer por la tarde el señor Edwards me pidió que le escribiera una carta y creo que su único deseo era seguir con vida hasta que ella llegara. Ahora mismo le está dictando algo, con la enfermera como testigo. Supongo que prefiere esperar a que la señorita Clarke cumpla con los últimos deseos del señor Edwards.

—Creo que mi deber es ir a verle inmediatamente —respondió Warner—. No crea que no tengo sentimientos. La ley es impotente en presencia de la muerte, pero mientras ese hombre esté con vida, mi deber es comprobar si puedo identificarlo.

—De acuerdo. Le acompaño.

La enfermera jefe abrió la puerta de la habitación donde yacía el hombre agonizante, se detuvo y le hizo señal a Warner de que se quedara en el umbral. Al ver el rostro del hombre, Warner comprendió que no podría responder a ninguna pregunta. Su rostro anguloso mostraba ya la nobleza de la muerte. Un médico y una enfermera esperaban de pie al otro lado de la cama. Eleanor Clarke, sentada junto a la almohada, contemplaba con la cabeza inclinada el rostro inmóvil del herido.

El doctor se acercó a la enfermera jefe y le dijo en voz baja:

—El esfuerzo ha sido demasiado para él. Ha muerto justo cuando ustedes entraban en la habitación.

Warner salió sin hacer ruido de la habitación y cuando la enfermera jefe se reunió con él, le dijo:

—Me temo que debo quedarme para hablar con la señorita Clarke. ¿Puede asegurarse de que no salga del hospital hasta que haya hablado con ella?

La mujer lo miró con fría desaprobación.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que si es un asunto de la policía tendré que hacer lo que me pide.

—Me temo que sí —dijo Warner—. Y yo tengo que hacer mi trabajo, pero lo haré lo más decentemente que pueda.

No había pasado ni media hora cuando la puerta del cuartito donde Warner esperaba se abrió para dar paso a Eleanor Clarke, tan correcta y serena como siempre.

—Lamento haberle dado esquinazo de esa manera tan poco elegante —dijo con voz queda—, pero el señor Lestrange siempre ha sido muy amable conmigo. Justo antes de que usted me llamara por teléfono recibí una carta de la enfermera jefe del hospital. Me llegó en el correo de las doce y media. A lo mejor quiere leerla.

Warner tomó la carta que ella le tendía y la leyó.

Señora:

Le escribo en nombre del señor Edwards, que está en este hospital muriéndose debido a las heridas causadas por un accidente de coche. Dice que usted lo conoce como señor Thomas Browne, y le ruega que venga a verlo inmediatamente, porque no vivirá más de un día o dos. Dice que quiere explicarle algunos acontecimientos recientes. Sus palabras han sido: «Dígale que venga sola, ella lo entenderá. Quiero morir en paz»...

Warner le devolvió la carta, y Eleanor Clarke siguió hablando en un tono sereno:

—Sabía que me estaba siguiendo. Hice lo que hice para intentar cumplir el deseo del señor Lestrange. La carta de la enfermera jefe decía que se estaba muriendo, de modo que a usted ya no le era de

utilidad, pero si venía conmigo, habría sido un golpe para él. Si tiene algún cargo contra mí, estoy dispuesta a seguirle «sin oponer resistencia», como suele decirse. Pero no me arrepiento en absoluto.

Warner sonrió.

—No pende sobre usted ninguna acusación por haberme dado esquinazo —dijo—, pero quiero saber lo que ocurrió aquel sábado por la noche en Temple Grove.

Ella le tendió otro papel.

—¿Sabe leer taquigrafía? En cualquier caso, la enfermera que ha hecho de testigo podrá confirmarle que he reproducido exactamente las palabras que él ha dicho.

—No soy muy hábil leyendo apuntes que no sean los míos —respondió Warner— y ni siquiera entiendo los míos a veces, pero puedo decirle cuál es mi conclusión sobre el misterio de Lestrange y usted me dice si he acertado.

—No creo que pueda acertar —replicó ella.

—Usted piensa que somos unos idiotas, ¿verdad? —dijo Warner sin perder un ápice de su amabilidad—. Mire, durante mucho tiempo cometí el error de suponer que Michael Ashe mató a Vivian Lestrange. Pero lo cierto es que Vivian Lestrange mató a Michael Ashe, ¿no es cierto?

Eleanor Clarke asintió.

—Sí, lo explico todo aquí.

—Escúcheme unos minutos —dijo Warner—. Después de cómo me ha hecho correr, creo que me debe un poco de consideración. Vivian Lestrange se llamaba en otro tiempo Edward Merstham y Michael Ashe era su hermano James. Michael Ashe encontró a Lestrange porque la siguió a usted a su apartamento después de aquella famosa cena en casa de Marriott.

—En esto se equivoca —replicó ella—. El señor Lestrange comprendió que Ashe era su hermano a partir de algo que leyó en uno de sus libros. Aquel sábado por la tarde le telefoneó al club Addison y le pidió que se presentara en casa de Vivian Lestrange.

—Bueno, esa es una discrepancia menor —respondió Warner—. Cuando Ashe llegó, Lestrange lo mató de un disparo y, con la ayuda de la señora Fife, cargó el cadáver en el coche de Ashe. Más tarde

Lestrange fue en coche a Ross y colocó el cadáver en la chimenea de Kirkham Barns. Las siguientes acciones de Lestrange iban encaminadas a alimentar la impresión de que la víctima era él.

Eleanor Clarke asintió.

—Así es —dijo, y Warner detectó el cansancio en el tono apaciguado de su voz—. Puede usted sentirse satisfecho —continuó —. Supongo que es lo que se puede denominar un caso bien resuelto, salvo que no podrá enviar al asesino a la horca.

—Lo crea o no, detesto enviar gente a la horca —replicó Warner — y me gustaría abolirla, aunque solo sea por consideración hacia el verdugo. En este caso, el contador está a cero...

Se hizo un silencio que el inspector jefe rompió con una observación:

—Estará usted cansada y nerviosa con tanta agitación.

Pero ella lo cortó en seco:

—Eso no tiene importancia. Necesito una máquina de escribir para mecanografiar esta declaración y usted se la puede leer a la enfermera que actuó como testigo. Después quiero irme a casa, salvo que considere conveniente retenerme aquí.

—Vuelva a su casa, desde luego —dijo Warner—. Que yo sepa, no tenemos nada contra usted. No he creído ni por un momento que supiera algo más que lo que nos ha contado.

Eleanor Clarke le dedicó una rápida mirada.

—Me gustaría darle las gracias —dijo de repente— porque me creyó cuando le conté la verdad. Ya comprendía que era una verdad muy difícil de creer.

Warner soltó una carcajada.

—Todos tenemos nuestra parte de vanidad —dijo—. Yo la creí pero, para serle sincero, debo admitir que viví momentos de incredulidad. Si al final hubiera resultado que me había equivocado totalmente al creer en usted, mi amor propio habría sufrido un duro golpe. Para bien o para mal, resulta que mi buen juicio ha acertado, de momento... ¿Es otro ejemplo de lo que usted denomina vanidad masculina?

—Ni la vanidad ni la capacidad son monopolio del hombre —dijo ella riendo—. Todos tenemos una mezcla de ambas.

CAPÍTULO XVII

La declaración de Vivian Lestrange era un modelo de lucidez. Al día siguiente, Warner le entregó el documento a Bond para que lo leyera y comentó:

—Si en mi lecho de muerte conservo la lucidez que tiene este hombre, podré morir orgulloso y feliz. El pobre diablo lo explica todo con suma sencillez.

Bond se sumergió en la lectura del documento con expresión concentrada.

> Mi auténtico nombre es Edward Merstham. En 1924 me condenaron a prisión por un fraude que había cometido mi hermano, que logró librarse del arresto. Entonces juré que lo mataría.
>
> Tras siete años de cárcel en Parkhurst quedé en libertad y me fui a vivir con una mujer llamada Alice Latimer, que había sido maltratada por mi hermano James. Era una bellísima persona y me estuvo manteniendo hasta que empecé a ganar dinero como escritor. Hace dos años leí *Allende las islas Andamán*, de Michael Ashe, y comprendí que tras ese alias se encontraba mi hermano James.
>
> Gracias a la honestidad de dos mujeres —la señora Fife y la señorita Clarke— pude mantener oculta mi verdadera identidad y planear la muerte de James de la manera menos arriesgada para mí.
>
> El sábado 14 de abril telefoneé a Michael Ashe a su club y le pedí que esa misma tarde se presentara en la casa de Vivian Lestrange. Él no tenía ni idea de cuál era mi verdadera

identidad, y lo maté en cuanto entró en la habitación. Cargué su cadáver en el coche, aparcado delante de la cancela, y metí el coche en el garaje de los vecinos, ya que sabía que se habían marchado de vacaciones. En el coche encontré la máquina de escribir de James, así como una carta que envié a sus editores en un sobre que había conseguido por correo desde Génova. Con la ayuda de la señora Fife, limpié a fondo la casa de Temple Grove y practiqué un agujero en la ventana para que pareciera un disparo. El sábado por la noche llevé el cadáver de James en coche hasta Kirkham. Allí me esperaba la señora Fife, quien me ayudó a deshacerme del cadáver. Confiaba en que lo identificaran gracias a mi cuaderno de notas, que había dejado en el cadáver. Estuve conduciendo el domingo por la noche y el lunes de madrugada para llegar a Southampton, donde aparqué el coche en un garaje. Luego me reuní con la señora Fife en una casa de huéspedes en Eastbourne, donde nos conocían como el señor y la señora Edwards, ya que nos habíamos alojado allí en otras ocasiones. Usando la máquina de escribir de James, envié un paquete con pagarés del Tesoro a la señorita Clarke, así como una carta a la policía sobre la misteriosa muerte de Lestrange. Contaba con que la policía llegara a la conclusión de que Michael Ashe había matado a Vivian Lestrange.

La única persona que conocía estos hechos aquí relatados era la señora Fife. Ahora está muerta, por lo que esta declaración no puede afectarla.

A la declaración se añadía otra hoja mecanografiada.

Este es el testamento y las últimas voluntades de Edward Merstham, también conocido como Vivian Lestrange, escritor. Lego todo cuanto poseo en el momento de mi muerte y todos los derechos de autor que me correspondan por las obras escritas bajo el nombre de Vivian Lestrange a Eleanor Clarke, residente en Clare Court.

> Nombro a la susodicha Eleanor Clarke como mi albacea literaria y le concedo los poderes para hacer lo que considere oportuno con todos mis manuscritos.

—Bien, eso es todo —dijo Bond—. Me equivoqué desde el principio con esa señorita. Fue su maldita labia lo que me llevó a confundirme...

—Es una de las personas más difíciles de calibrar que me he encontrado jamás —dijo Warner—. Era evidente que veía mucho más allá que la mayoría de la gente, y esa misma claridad de pensamiento era lo que la hacía sospechosa. Resulta curioso que, en nuestra profesión, el hecho de que una persona tenga siempre razón y se apresure a hacer lo correcto sea precisamente lo que nos hace recelar de ella. Eleanor Clarke es la perfecta secretaria, sabe lo que debe hacer en cualquier circunstancia. Hay una cosa de la que puede estar satisfecho en este caso, Bond, y es el cepillo de dientes. Ese cepillo de dientes habría sido un factor decisivo si los acontecimientos no se hubieran precipitado.

Bond se encogió de hombros.

—¿Cómo le podría haber conducido el cepillo de dientes hasta Vivian Lestrange si estaba buscando a Michael Ashe?

—Es muy fácil adivinar la solución a toro pasado —respondió Warner—, pero lo crea o no, cuando seguía a Eleanor Clarke a Sussex, a quien confiaba encontrar al final del viaje era a Vivian Lestrange, y no a Michael Ashe. Las pruebas que apuntaban a Ashe eran dos: la máquina de escribir y la carta desde Génova. Si Ashe fue a Temple Grove en su propio coche, se habría llevado consigo la máquina de escribir además del equipaje. Debería haberlo comprendido antes. Ashe tenía intención de irse de viaje, y nunca se habría ido sin su máquina de escribir, ningún escritor viaja sin ella. De modo que si a Ashe lo hubieran matado en Temple Grove, la máquina de escribir habría caído en manos de su asesino. En cuanto a la carta de Génova, es cierto que era auténtica, la había escrito Ashe, y los sellos también. Sin embargo, el sobre no tenía originalmente la dirección mecanografiada de Langston’s. Imagino

que Lestrange escribió a algún hotel de Génova adjuntando un sobre para la respuesta escrito con tinta normal. Recibió la carta con sello y matasellos italianos, borró la dirección con un borrador de tinta normal, abrió el sobre con vapor, introdujo en él la carta de Ashe y lo cerró de nuevo. Cuando el sobre estuvo bien seco, escribió a máquina la dirección de la editorial y lo introdujo en el buzón de Langston's. Era una prueba muy convincente. La carta era auténtica, lo mismo que el sello, y el último detalle era el mecanografiado —dijo Warner sonriendo—. Puede que las técnicas de investigación en las novelas de Lestrange sean diferentes de las nuestras, mucho más caóticas, pero no cabe duda de que era un agudo observador de la naturaleza humana. Sabía que veríamos que la escritura era de la misma máquina, y que unos expertos examinarían la carta y el sello, y dedujo que la suma de estas coincidencias nos emocionaría tanto que nos precipitaríamos en extraer conclusiones, y tenía bastante razón. Vivian Lestrange no tenía un pelo de tonto.

Con el ceño fruncido, Bond contempló pensativo las hojas mecanografiadas.

—Lestrange sacó conclusiones un poco precipitadas al pensar que vincularíamos a Michael Ashe con el asesinato de Temple Grove, señor —dijo—. ¿Cómo estaba tan seguro de que íbamos a sospechar de Michael Ashe?

—Lestrange nos hizo un cumplido al pensar que haríamos correctamente nuestro trabajo —dijo Warner—. Nos puso sobre el rastro de una forma discreta, sin exagerar en nada. Sabía que investigaríamos en Kirkham y supuso que la historia de los Merstham nos llamaría la atención, probablemente confiaba en que alguien hubiera visto el coche de Ashe en los alrededores. Con todo, creo que lo hizo bastante bien y tuvo en cuenta que seríamos rigurosos en nuestras investigaciones. De hecho, lo único que exageró un poco fue en esa carta de «Un producto del sistema penitenciario». Ponía demasiado énfasis en que Vivian Lestrange había muerto. Eso despertó en mi mente la convicción de que Lestrange seguía con vida.

Bond sonrió ampliamente.

—Su escepticismo estaba justificado, señor, en tanto que el mío no

lo estaba —dijo.

A lo que Warner respondió:

—La esencia del trabajo de detective es el escepticismo o, como mínimo, el agnosticismo. En nuestro trabajo no podemos basarnos en la fe sin ninguna prueba, Bond.

Esta primera edición de *El caso del escritor desaparecido*, de E. C. R. Lorac, se terminó de imprimir en Grafica Veneta S.p.A. (Italia)
en septiembre de 2024.

Para la composición del texto se ha utilizado la tipografía FF Celeste, diseñada por Chris Burke en 1994 para la fundición FontFont.

Duomo ediciones es una empresa comprometida con el medio ambiente. El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados sostenibleme nte.

PEFC
PEFC/18-31-226

Este libro está impreso con el sol. La energía que ha hecho posible su impresión procede exclusivamente de paneles solares.
Grafica Veneta es la primera imprenta en
el mundo que no utiliza carbón.

OTROS LIBROS DE LA COLECCIÓN

LOS CLÁSICOS DE LA NOVELA NEGRA DE LA BRITISH LIBRARY

.....

Crimen en Cornualles,
de John Bude

El asesinato de Lady Gregor,
de Anthony Wynne

El asesinato de Santa Claus,
de Mavis Doriel Hay

Misterio en Londres,
de Mary Kelly

Muerte de un librero,
de Bernard J. Farmer